

J A I M E
B A R Y L K O



L O S H I J O S
Y L O S
LÍM I T E S

E N E C E

JAIME BARYLKO

Los hijos y los límites



EMECE EDITORES

DEL MISMO AUTOR
por nuestro sello editorial
EL MIEDO A LOS HIJOS
RELATOS PARA PADRES E HIJOS
ENVIDIA, SUEÑOS Y AMOR
SABIDURÍA DE LA VIDA
DAVID REY
CÁBALA DE LA LUZ

Digitalización y Corrección: Tav

Índice

Capítulo Uno El camino demarcado

Viajo en plena noche y pienso
Las rayas que delimitan el camino
¡Su majestad, el niño!
Todos somos jóvenes
El primer límite
A usted, ¿quién lo entiende?
Los límites facilitan la convivencia
Enseñanza del zorro al Principito
Amor es disciplina
Cómo hacer para que una rosa sea tu rosa
El camino demarcado orienta tu libertad, no la doblega
Sistema, poeta, sistema
Ícaro
El caballo de juguete
Hay que inventarlo todo
¿Qué es realidad?

Capítulo Dos La trama de la convivencia

Meditación del muro y la hiedra
Me pregunto
La trama que nos sostiene
Historia de los jeans ajustados
La revisión crítica del presente
Solamente padres e hijos confrontados son normales
Cuando el nene dice: "Yo hago lo que quiero..."
Los límites de la responsabilidad de cada cual
El arte de amar
Los roles disueltos te hacen más responsable aún
¿Y si nos equivocamos?
¿Para qué sirven los hermanitos?
Diálogo con una flaca
Si tienen orejas, oyen
Vivir es vincularse
La única internacional activa

Capítulo Tres Libertad versus licencia

¿Usted viajó alguna vez en primera?
Libertad versus licencia
¿Qué hago? El nene no me deja hablar
El televisor en el comedor
Los padres amigos de los hijos
Cuando a mamá se le mete una idea en la cabeza..."
Hay que ser un poco vago...
Yo no produzco nada, yo consumo
Qué es trabajo y qué es descanso
Cómo hacer para tener status
Yo soy yo y mis marcas famosas

Capítulo Cuatro La empinada subida hacia uno mismo

Maxi habla por teléfono
Yo soy así
El escorpión, la naturaleza y el hombre
Sea civilizado, por favor

En qué nos superan los animales
La persona y el personaje
El individuo y la persona
Nos comunican nuestros recíprocos deberes
Ejercicios musicales
Hablar — iqué descubrimiento!— se habla con otro
Repartamos la torta
Un hombre, un hijo y un burro
Las visibles raíces de nuestros conflictos
La salud del campo y el otro que tiene alergia
El yo enaltecido
Los de antes tenían contra qué luchar
El principio del espejo
Narciso
El hombre que sólo se ve a sí mismo
Se hace camino al andar con otros
El drama del lobo estepario
En lugar de padres somos terapeutas
Las falsas dulzuras
La esperanza que deberíamos cultivar
Mis amigos se llenaban los bolsillos
No llores por las nueces perdidas

Capítulo Cinco La felicidad y el éxito

El sueño más antiguo de la humanidad
Cómo valorar y cómo evaluar a nuestros hijos
La diferencia entre el vidrio normal y el espejo
Cómo hacer de cada encuentro un significado
El mundo interior decide el sentido del mundo
La música interior
Felicidad no es diversión
Cómo se busca y cómo se encuentra un tesoro
La gente busca divertirse y se olvida de ser feliz
Cultivar y esperar, esperar
Ulises y las sirenas
Las tentaciones de la vida
La verdad de la vida
Aprender a admirar
El mundo a domicilio

Capítulo Seis Diario íntimo de Juan Carlos Paternovo

Reflexiones del padre en el cumpleaños de la hija
¿Será creativa?
La aventura escolar
¡Qué suerte, es zurda la nena!
¡Viva el progreso!

Las composiciones de Mercedes sobre los pájaros

Capítulo Siete Todos somos jóvenes, todos

Los padres haciéndose adolescentes
El paddle y yo
El valor de la apariencia
Show, look
Te miran, ergo eres
¿Quién se acuerda de Dorian Gray?
El adentro del afuera
Elogio de la lasitud
El siglo de los bebés

Cuando nadie te ve
Dos maneras de enfrentar el mundo
Ser y parecer
El sol y los días nublados
El crecimiento de Buda
El iluminado, el que despertó
Somos nuestras contradicciones
¿Qué destino le espera a uno cuando nace?
Los significados de la vida
Los niños mimados, los niños desatendidos
¿Cuál ha de ser la finalidad de una buena educación?
Ideas de Keiserling
La juventud es centrífuga
Necesidad de diálogo
La desconocida seriedad de los jóvenes
La crisis de originalidad juvenil
Recuerdos de mi adolescencia
Que nada sea fácil, amigos padres
El placer del esfuerzo
Viva la existencia placentera
La ventana y el paisaje

Capítulo Ocho La permisividad nuestra de cada día
El juego de la familia
La madre, el padre, el nene intercambian roles teatrales
Los distintos papeles que cada uno representa
Aprenda a decir NO
Una corona de olivo
Valores lejanos, valores inmediatos
¿Para qué te educo, hijo?
Me duelen tus imperfecciones
Nuevos problemas, viejas soluciones
Diario de una adolescente
Esas ansias de ser superiores
¿Por qué la rivalidad?
El pecho bueno y el pecho malo
El hombre en el vientre de la ballena
Cábala del número 7
El árbol de la vida: el amor y la ley
Presencia de Dios en la vida del hombre
El número 2 es el primero
Quiero hijos equilibrados de corazón y razón

Capítulo Nueve Límites, reglas, costumbres
Lo que uno aprende en una cancha de fútbol
A los límites antes les decían ética
El marco y la pintura de Picasso
¿Por qué va la gente al templo?
Reglas de juego
La evolución de la persona, según Jean Piaget
Cómo hacer para comunicarnos mejor
Las reglas
Para dejar de mirarse el ombligo
El cuento de la billetera
"No fue esa mi intención"
Nuestro mundo actual es excesivamente palabrero
El miedo a los hijos

Capítulo Diez El facilismo

Frankenstein y el amor
El hijo malquerido
La necesidad de amar y ser amado
Progenitores que no son padres
Tu hijo es único
La paranoia de la estimulación
Acerca de los hijos que no hablan
La educación de Emilio
La metodología y el contenido del proceso educativo
¿Encontraste alguna vez un brillante?
El brillante y la confrontación de las generaciones
Releo y pienso la historia
¿Y qué más aprendo?

Capítulo Once Entre el placer y el deber

Somos problema
El principio de placer y el principio de realidad
La mujer de Putifar, famosa ella
El final de la historia de Putifar y los demás
Historia de Edipo
La adivinanza
¡A Edipo lo premian y lo casan con su madre!
¿Amor o rebelión?
En el principio fue la mujer
Cábala: los dos lados de la vida
El placer postergado
Las luchas interiores
La fraternidad
El misterioso uno mismo
Cada uno, hijo mío, no puede inventar su propia regla
Aislarse pero no insulizarse
La revolución Montessori
Advertencia a maestros y padres
El ambiente es el que forma
¿Por qué fracasan?
Un niño es un explorador
Los buenos modales, ¿para qué sirven?

Capítulo Doce El mundo mago

La mentira de "hacer lo que quieras"
El lema: ser uno mismo
Todos los sueños son extremistas
¿Cómo será el futuro de mis hijos?
Para pensar:
Historia de un hijo y de magia
Todos somos magos
La historia del hijo pródigo
Cuándo se llora y cuándo se ríe
Himno de esperanza

Capítulo Uno

El camino demarcado

Viajo en plena noche y pienso...

Viajo en plena noche y pienso: los límites, los límites.

Viajo en auto, y debo dar una conferencia sobre ese tema en un country fuera de la capital. ¿Qué les digo cuando me preguntan? ¿De qué hablo?

La gente está angustiada y saturada de tanto análisis y de tantas frases complicadas que explican todo y que no resuelven nada.

Aprendimos a hablar y a pronunciar discursos sofisticados. Pero no se modifica la vida con discursos, ése es el problema.

La gente aprendió a cargar sus propias frustraciones sobre hombros ajenos, la culpa del otro, la sociedad de consumo, la televisión, los juegos electrónicos, el stress...

No va más. La vida es la que debe cambiar, y con urgencia. Queremos vivir mejor. Bienestar, sí, y lo otro, estar bien.

El auto, raudo, recorre la carretera negra. La noche es oscura, la carretera se proyecta hacia adelante, se pierde en el horizonte. Miro por el parabrisas y me pregunto cómo verá el conductor el camino.

Yo tengo la vista confusa, titilan las luces de los vehículos y es un mar de focos y sombras que me nublan la visión en vez de aclararla. Me pregunto si los años no estarán haciendo lo suyo y mis ojos ya no son lo que eran. El oculista, pienso, el oculista... Y me resigno, y me deprimo un poco por este deterioro que el devenir del tiempo va generando en los cuerpos.

De pronto, despierto. Sucede algo extraño, todo se ilumina, y me relajo. Ahora veo perfecto. No, no son los ojos. Algo ocurrió afuera.

"¿Qué ha sucedido?", me pregunto.

Es la misma ruta, el mismo asfalto, la misma noche, pero todo es diferente.

"¿Qué ha sucedido?", insisto en averiguar.

Descubro el gran acontecimiento que ha derramado un haz de visión noble y segura sobre mis ojos. El problema no estaba en mí, estaba en la ruta.

Ahora la ruta, la misma ruta, tiene rayas blancas a los costados, demarcatorias, y una línea segmentada en el medio. La ruta está demarcada. Está el adentro, está el afuera y está el medio. ¡Así da gusto!

También el cerebro se me enciende. Descubrí en qué consisten los límites.

"¡Eureka!", grito hacia adentro, en memoria del glorioso griego.

Las rayas que delimitan el camino

Sin esas rayas a los costados, sin esos límites señalados, la gran libertad del camino era un caos de ceguera y miedo, incertidumbre y vacilación.

Ahora es distinto. Faltaban esas rayas. Ahora están, y los límites, lejos de oprimir al viajante, lo liberan, lo protegen.

Llegué a la conferencia y supe de qué hablar.

¿En qué consisten los límites? En eso, en delimitaciones del camino, en cercos protectores, en marcos contenedores y referenciales.

No son un fin en sí, son un instrumento para realizar fines. Cuando ellos están uno puede actuar y elegir. Hasta, si quiere, puede salirse del camino. También para salirse hay que conocer los límites.

Eso: los límites son para que pueda haber libertad. Justamente lo contrario de lo que podría pensarse: no cercenan la libertad, la otorgan.

Las rayas no son el camino; el camino está entre ellas, y dentro de ese estar entre ellas tú puedes elegir el ritmo, el movimiento, el desplazamiento, la velocidad, el rumbo, el qué, el cuándo, el cómo, y si quieres dejas de moverte, te detienes, y todo lo que tu fecunda imaginación te proponga. Lo puedes realizar sabiendo qué va adentro y qué va afuera de esos límites, de esas rayas. Y eliges.

Esa es tu libertad, y la tienes porque tienes límites.

iSu majestad, el niño!

El siglo XX se inauguró en calidad de "el siglo del niño".

En el pasado el valor era el anciano, la presencia de la tradición. La revolución de nuestro siglo colocó al niño en el centro de la nueva historia, que se presentaba como historia de lo nuevo.

Ya no es lo viejo lo que vale, sino lo nuevo; no es la conservación de las tradiciones lo que merece aplauso, sino el cambio, lo joven, que por el solo hecho de ser joven ya significa renovación, apertura hacia un futuro de progreso.

— ¡Libertad! — se dijo.

Que su majestad el niño determine cuál ha de ser su rumbo, su destino.

— ¡Libertad! — se clamó.

Entonces padres y maestros se corrieron a un costado para dejar pasar a su majestad el niño, el adolescente, el joven, el nuevo mundo y el mundo de lo nuevo.

Y más no hicimos que corrernos, creyendo que de esa manera les dábamos la tan preciada libertad.

También les dimos juguetes didácticos, y nos llenamos las bocas con teorías psicológicas, y creímos que hablando de libertad, de autorrealización, de ser uno mismo, mágicamente el mundo se transformaría y su majestad el niño construiría su imperio de belleza, bondad, liberación, bajo la advocación de la imagen de la paloma de Picasso.

Nos corrimos a un costado, y dijimos:

— Contemplemos la maravillosa marcha de la historia de seres auténticos, ya no constreñidos por padres autoritarios y castradores.

De paso nos fuimos haciendo niños también nosotros, los padres.

En el culto a la juventud como único y divino tesoro, entendimos que solamente vale lo joven y que, por lo tanto, no podíamos quedarnos fuera de ese ideal superior. Sí, todos somos jóvenes, y el que no lo es debe serlo o aparentar serlo.

Usando jogging, zapatillas, gym, y bailando hasta el café con leche matutino, uno se hace joven. También haciéndose el dadivoso, el comprensivo, el permisivo, uno aleja el peligro de la vejez. Y sonriendo, sonriendo siempre para que Dios nos ame más y mejor.

Como si la vida sonriera.

¿Sonríe la vida?

¿Sonrén, realmente, nuestros hijos con tanto bullicio juvenil por doquier?

Todos somos jóvenes

Este fue y sigue siendo el siglo de los jóvenes. Otro tipo de ser no hay. Se es menos joven o más joven, o no se es.

Prohibido prohibir, se escribió en mayo de 1968 en París. No se escribió, pero se supo y se sabe: prohibido no ser joven. En el medio caminaba su majestad el niño. Ese niño, a decir verdad, no creció más feliz ni alcanzó las alturas de la libertad que para él soñamos.

Creció en el vacío, sin límites, sin fronteras, sin carteles orientadores, sin sustento, sin apoyo. En consecuencia no creció.

Quisimos ser modernos, terminamos siendo nadie. "Nadie" es un ser difuso, desprovisto de una línea que demarque su identidad.

Los límites, lo que todos hemos perdido — nuestros hijos porque no los conocieron, nosotros porque nos desprendimos de ellos—, los límites son las coordenadas de los valores, de las creencias, de los modales, de las maneras y — en fin— de las reglas de la existencia y de la coexistencia. De la identidad. Por ellos uno es o puede llegar a ser "alguien".

Vivir es vivir entre límites, en algún encuadre, entre horizontes. Dentro de ese espacio germina y se desarrolla la libertad.

Interpretamos mal: creímos que la libertad se da. No es cierto: la libertad no se da, la libertad se toma, se arranca, se conquista, se logra, se esculpe, abatiendo esclavitudes, confrontándose con límites, aceptando unos, rechazando otros, pero usándolos como referentes en el camino.

Además la libertad es un medio, no un fin. Ahí la tienes, para hacer algo con ella, algo que tú elijas.

¿Y cómo se elige? Se elige entre opciones. Las opciones son los límites dentro de los cuales la libertad adquiere sentido, al rechazar unos y adoptar otros.

Es libre el que elige un proyecto de vida.

El primer límite

No hay hijos si los padres se borronean.

Tampoco hay juventud si los mayores se disfrazan de menores y además de la apariencia exterior, de piel lisa, de músculos lozanos, de aerobismo diurno y nocturno en recintos de música heavy, además de todo eso se creen realmente idénticos a sus hijos.

Ese límite, el de la edad, es el primero a restaurar.

¿Quién se opone a la apariencia hermosa, fresca, juvenil, rozagante? ¿Tan lejos he de llegar yo arrastrado por mi envidia porque no hago fierros y permito que mi abdomen se relaje y que el entorno de los ojos se vuelva traidora señal del tiempo transcurrido?

¿Tan lejos he de llegar que me opondré al jogging redentor y al walkman estremecedor en plena rutina de cuerpos rutilantes a los cuarenta, a los cincuenta, a los sesenta años, y de ahí a la eternidad en pos de una adolescencia que nunca se acaba?

No, no he de ser tan necio. La envidia, sí, me carcome. Pero debo controlarla. Me lo recomiendan en el diván y yo pago por esa recomendación. Debo respetarla.

En cambio digo que esos años que uno tiene, y que en la foto no se notan, están, y bien que están, y funcionan por dentro en arterias, cerebro, sensibilidad.

En consecuencia, hablemos claro: Somos, hijo mío, distintos y distantes en el tiempo, y ése es el primer límite de nuestra coexistencia, de tu educación, y no me digas que no te entiendo, porque la verdad es que tampoco me entiendes, y la otra verdad es que no tengo por qué imponerte un entendimiento que no me corresponde, y más aún: no estamos aquí para entendernos y no me aterra ni me da culpa el no entenderte.

A usted, ¿quién lo entiende?

A mí, nadie me entiende. Lo confieso públicamente y con toda impudicia. Es que, pensándolo bien, ¿qué pretensión es esa de que el otro descifre dentro de ti eso que ni tú mismo alcanzas a captar?

Creo que no estamos para entendernos. ¿Quién inventó esa farsa del entendimiento como fundamento esencial de nuestras relaciones?

Ahora el mundo entero llora, porque nadie se entiende con nadie. La crisis es de entendimiento.

— No me entiende... — dice la esposa sobre el esposo.

Algo semejante confiesa él en la oficina:

— Lo que pasa es que ella no me entiende...

Y los hijos sobre sus padres:

— ¿Quién entiende a los viejos?

Quizá desviamos el camino. No estamos para entendernos. Hay que desechar ese ideal, porque es falso, porque no es posible, porque entender es una práctica del intelecto referida hacia el mundo exterior, el de las cosas, el de la naturaleza, el de los astros, pero no es válida para el mundo humano.

Uno entiende o puede llegar a entender el funcionamiento de una máquina. La máquina, si está en buenas condiciones, funciona siempre igual. El hombre, si está en buenas condiciones, funciona siempre distinto. ¿Entenderlo? Imposible. Carece de manual de instrucciones.

El hombre es siempre algo que parece racional, pero que, como la luna, está lleno de fases oscuras, invisibles. Esta es nuestra condición, inentendible, es decir, imprevisible.

Tenía yo en Jerusalén un maestro de Cábala a quien un discípulo le preguntó si entendía los caminos de Dios. El maestro, anciano, pensativo, tartamudeando le respondió:

— Hace cincuenta años que vivo con mi esposa y aún no la conozco, ¿cómo pretendo que sepa algo de Dios?

Conocer, entender, son acciones relativas a cosas, a objetos, a aquello que nos es ajeno; los seres humanos no somos objetos, somos sujetos móviles, mudables, impredecibles. Misteriosos, en última instancia.

Por eso cabe decir:

— No viniste al mundo, hijo, para entenderme ni para que yo te entienda. No eres un objeto de estudio. Eres un sujeto viviente, creativo, lleno de potencias que ni tú ni yo conocemos a fondo. Pero estamos juntos para vivir y para ayudarnos recíprocamente a ser felices.

La felicidad no es entendimiento.

De la felicidad el entendimiento nada entiende. Pascal reflexionaba: "El corazón tiene razones que la razón desconoce".

Porque la felicidad, es privativa, de cada uno, intransferible — como fórmula, como receta— a otros.

Queremos amor, no entendimiento. Así de sencillo. A tal efecto, para amarnos, cada uno debe ser el que es, debe asumirse en su edad, en sus creencias, en sus ideas, en sus gustos, en sus vivencias.

— Para que seas tú mismo, hijo mío, debemos — tu mamá y yo— ser nosotros mismos.

Ahí está el límite, el gran límite primero. Un límite que nos separa y nos comunica a la vez.

De ahí se desprenderán todos los demás límites que son, desde "no metas las manitos en el plato", hasta "no es esa la manera de comportarse con una novia".

Claro que todo comienza con el no. No somos los mismos; no tenemos idénticos gustos ni preferencias; no es tu cuerpo el mío ni es tu sensibilidad la mía...

NO es el origen de la cultura, de cualquier sistema de convivencia humana. Tu diferencia con los demás te constituye en persona única e irreemplazable; gracias a esa diferencia, te comunicas, te enriqueces, te enamoras.

Del NO brota el SÍ; a partir de ahí ejerces tu libertad creadora y conformadora de nuevas normas.

Los límites facilitan la convivencia

Los límites son reglas de convivencia.

A menudo los jóvenes dicen que les falta comunicación con los padres, y dicen bien. ¿Cómo se van a comunicar si nunca están debidamente juntos?

Debidamente quiere decir en horarios compartidos, en situaciones compartidas, en relaciones compartidas.

Comer juntos en torno a la mesa es un límite versus el comer cada uno cuando quiera y donde le dé la gana.

— Hijo mío, debes saberlo: los humanos inventaron los almuerzos y las cenas no para alimentarse e ingerir proteínas y calcio, sino para... estar juntos.

Estando juntos en una de éas hablamos. Si hablamos, en una de éas nos comunicamos. Incluso puede ser que discutamos. La discusión de un tema es sumamente comunicativa.

Por otra parte, si cuando descansamos tú pones Guns & Roses en tu walkman y yo prendo la televisión, se nos hará difícil no sólo disfrutar de lo que escuchamos, sino simplemente convivir.

Eso es lo que compartimos. No las ideas, que cada cual tiene la suya.

Pero para discutirlas entre nosotros compartimos una serie de modales, y esos son los límites.

Vivir es vivir con otros. A tal efecto son indispensables los límites.

Al nene le dije, un domingo, entre raviol y raviol:

— Que pongas los pies sobre la mesa, hijo, no es malo ni es feo ni está prohibido por la ética, pero es la mesa en la que todos nosotros comemos, y conviene que la compartamos, porque más mesas no hay en casa. Entonces baja los piecitos, ¿sí?

Educar es señalizar el camino. El resto, como decía Machado, se hace al andar.

— A nosotros, los padres, nos compete educarte. A ti te compete crecer. Quizás estás en disconformidad con tus padres. Pero estar disconforme es pensar, es plantearse una alternativa, y eso ayuda a crecer. Y cuando crezcas mucho, hijo mío, cuando alcances niveles superiores de conciencia y de saber, podrás incluso decidir si esos límites serán los tuyos, o si te propones rebelarte contra ellos y modificarlos. Rebelarse es oponerse a un sistema de límites, y elegir otro en su lugar.

Domus, en latín, significaba hogar, la vida compartida. Hogar es también del latín *fogar*, relativo al fuego. Ese fuego que se enciende en días fríos y alrededor del cual nos sentamos para compartirlo.

Saint-Exupéry, basándose en el vocablo latino *domus*, que significa hogar, dice que amar es

domesticar.

Enseñanza del zorro al Principito

El Principito se encontró con el zorro y quiso jugar con él.

"— No puedo jugar contigo — dijo el zorro—. No estoy domesticado."

El Principito le preguntó qué era eso de estar domesticado.

"— Es una cosa demasiado olvidada — dijo el zorro—. Significa 'crear lazos'."

"— ¿Crear lazos?"

"— Sí — dijo el zorro—. Para mí no eres todavía más que un muchachito semejante a cien mil muchachitos. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo..."

Esta es la lección del zorro. Conviene revisarla, meditarla. Ser amigos es crear lazos. Lazo es lo que nos une. Lazo es una dependencia entre nosotros. A través de la convivencia uno se domestica, se hace cercano al otro, y de ese modo el otro se le vuelve necesario. Si no, el otro es uno entre millones. Para que sea algo relativo a mí, tiene que ser distinto, pero enlazado conmigo, y a través de ese lazo. Al casamiento, la sabiduría del lenguaje lo llama "enlace".

Escuchen al zorro:

"— Mi vida es monótona. Cazo gallinas, los hombres me cazan. Todas las gallinas se parecen y todos los hombres se parecen. Me aburro, pues, un poco. Pero si me domesticas, mi vida se llenará de sol. Conoceré un ruido de pasos que será diferente de todos los otros. Los otros pasos me hacen esconder bajo la tierra. El tuyo me llamará fuera de la madriguera, como una música."

Ser amigos es tener algo en común. Eso en común no es, imaginemos, tener los mismos gustos, amar la misma música, gustar de idénticos manjares. Eso es mera coincidencia.

Común es lo que construimos juntos, en nuestros lazos, en el mundo que no es ni mío ni tuyo sino de los dos. Eso me liga a ti, ese hacernos entre nosotros. Crecer juntos. Entonces uno no hace lo que mejor le parece, sino que limita ese egoísmo de "tengo ganas" y lo cambia por "lo mejor para ti y para mí, para nosotros".

Límites, limitarse dentro de los lazos y domesticarse unos con otros, si es que queremos querernos, claro está.

Claro que, sigue explicando el zorro, para domesticar, que es convivir, para conocer, es decir, hacer algo en conjunto, para ello se necesita tiempo.

"— Sólo se conocen las cosas que se domestican — dijo el zorro—. Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada.

Compran cosas hechas a los mercaderes. Pero como no existen mercaderes de amigos, los hombres ya no tienen amigos. Si quieres un amigo, idoméstícame!"

El Principito está ansioso por tener un amigo, por domesticar, domesticarse. Le pregunta al zorro

cómo se hace.

El zorro le enseña:

"— Hay que ser muy paciente — respondió el zorro—. Te sentarás al principio un poco lejos de mí, así, en la hierba. Te miraré de reojo y no dirás nada. La palabra es fuente de malentendidos. Pero, cada día, podrás sentarte un poco más cerca..."

No es hablando que se hacen amigos. Atiendan a la filosofía de la lengua: Se HACEN amigos...

No basta con sentir que me eres simpático. Debo hacerte, hacerme, debemos hacernos amigos. Es un trabajo, es un mundo que a medida que lo construimos lo compartimos, y eso nos comunica.

Es conviviendo. De lejos, y un poquito, cada vez más, de cerca. Mirándose. Haciéndose próximo el uno del otro para trazarse un lazo, una relación, una recíproca dependencia.

Elegir una novia, elegir un amigo, elegir tener hijos, es elegir un lazo, una dependencia.

El sentimiento es libre. El enamoramiento es libre. Nadie puede dictarte qué emoción ha de cursar tu pecho. Pero cuando lo pones en acción, cuando decides a partir de ahí establecer una relación, eliges el lazo, el límite, la dependencia. Inviertes en ello tu libertad.

La libertad es para elegir, para invertirla en lazos.

Amor es disciplina

Sentir no requiere disciplina. Es un estallido.

— ¡Me gusta!

— ¡Me enloquece! Siento un calor en el cuello, en el cuerpo...

Espontaneidad. Una flor que se abre y te llena de su color, de su olor.

Luego, si quieras conservarla, si deseas hacer del sentimiento una propuesta de convivencia... aparece la disciplina.

El zorro propone la disciplina, que como la palabra discípulo, de la misma raíz, indica aprendizaje con otro.

Vivir es aprender a vivir... contigo. Requiere, por lo tanto, de disciplina.

El zorro le dice al Principito que, si ha de visitarlo...

"— Hubiese sido mejor venir a la misma hora — dijo el zorro—. Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, comenzaré a ser feliz desde las tres... Pero si vienes a cualquier hora, nunca sabré a qué hora preparar mi corazón... Los ritos son necesarios."

La hora, el modo, el cómo, el cuándo. Estos son ritos. Sin ritos no hay lazos.

— Quizá no lo sepas, hijo mío, pero cuando beses a tu novia, cumplirás un rito. Algo que uno espera del otro.

Cómo hacer para que una rosa sea tu rosa

El Principito tiene una rosa en la mano.

Ahora se da cuenta de que esa rosa, que era como todas las rosas, no es como todas las rosas.

Porque esa rosa se acomodó a su mano, y su mano a esa rosa, y así es como se pertenecen recíprocamente. Se domesticó, se domesticaron el uno al otro.

Luego el zorro se despide y expresa:

"— Adiós. He aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos."

¿Y qué es lo esencial?

"— El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante."

La lección concluye con esta cima de la reflexión:

"Los hombres han olvidado esta verdad — dijo el zorro—. Pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa..."

Una relación es un lazo, es una dependencia. Un amor es una responsabilidad.

Y lo que crece entre nosotros, de ese modo, no es visible a los ojos; solamente el corazón lo percibe. Te amo porque eres tú, ese tú que se modeló en el nosotros, como este yo.

No es, el amor, ese chorro caliente de sentimiento que brota del alma. En todo caso esa efusión mística y cósmica del amor está dentro del lazo, expresada por él, manifestada en la conducta de responsabilidad recíproca por el hacernos recíprocos.

No eres mi hijo porque yo te haya procreado. Eres mi hijo porque luego de haber nacido te fui haciendo, me fuiste haciendo, nos hicimos en la relación padre e hijo, hijo y padre, nos enlazamos.

Buber decía: "Cuando se sabe por qué se ama, es que ya no se ama". El corazón no sabe; siente, vibra, porque está implicado en el corazón del otro a través de la vida convivida.

— La libertad, hijo mío, madura y produce el fruto de una elección. Elegir es responder por lo elegido.

Cuando libertad, elección, responsabilidad coinciden, se da eso que los poetas llaman felicidad.

El camino demarcado orienta tu libertad, no la doblega

La ruta delineada, demarcada, es un orden. El lazo, la relación, la más profunda, es un ordenamiento recíproco. Te espero, me llamas, nos encontramos. Nos vamos armando en nuestras propias e íntimas y privadas rutinas, es decir códigos rituales, para poder expresar justamente eso que es invisible a los ojos.

De la misma manera, la ruta no ha de ser ruta a menos que esté demarcada con rayas visibles a los costados, con señales, con carteles indicadores.

Todo ello te orienta, no te fuerza. Da lugar a la libertad. Luego eliges el objetivo, el camino dentro de la ruta, la velocidad, la música, el silencio.

Ni sabes qué elegirás, con precisión. Tienes una idea, una vaga idea, pero no puedes prever las ocurrencias, eso que le sale a uno al encuentro y lo desvía de la idea primigenia.

Es la aventura.

Esta es la realidad: aventura y orden, orden y aventura, que decía el poeta Apollinaire.

La aventura es lo creativo, lo impredecible, pero el orden la sostiene. La aventura es un cuadro de Dalí. No obstante, el genio tenía un orden, una disciplina, límites y reglas para pintar, y para desplegar, sobre ese sustento, su fantasía onírica y surrealista.

Sistema, poeta, sistema

Querer es una aventura, es tener miedo de perder, de ser perdido.

La aventura sucede aquí entre nosotros, en los pasos más cotidianos. No hay que ir a la selva ni internarse en territorios desconocidos. ¿Para qué? ¿Conoces algo más desconocido que yo, que yo y tú, que tú, yo, nuestros hijos? ¿Conoces una aventura mayor que un encuentro, aun con gente conocida, y en el cual, aparentemente, nada nuevo ha de suceder?

El orden es el de las normas, las fronteras, los límites; el orden es el sistema de las ideas y de las creencias en que una sociedad crece y sobre las cuales opera en cuanto a los fines de la existencia.

Ortega, no me canso de citarlo, enseñaba que no hay tela genial que no esté enmarcada. El marco no vale nada, pero sin él la tela no puede ser exhibida, disfrutada.

— Los límites, hijo mío, las normas de conducta, no son lo esencial, pero son aquello intrascendente, como el marco, que permite que lo esencial, tu creatividad, pueda patentizarse.

El orden es el modo, estilo, manera, costumbres, que manejaremos para concordar nuestro deseado encuentro — ir al cine, por ejemplo— y para conducirnos durante el encuentro. Luego, todo lo que suceda en el encuentro es aventura, espontaneidad pura. Aventura, gracias al orden.

Orden es a tal hora hay recreos en el colegio. Aventura, lo que suceda entre los niños durante el recreo.

Hay orden en la ciencia, hay orden en la religión, hay orden de composición y de combinación de colores, tonalidades, sombras, líneas en el mundo de las artes plásticas, hay orden en el aprendizaje de las teclas del piano.

Sobre ese orden se construye la aventura que es la creatividad, la fluencia de las potencias disidentes que hay en cada cual.

Frente al orden clásico compuso Schoenberg un nuevo orden, la revolución de su sistema dodecafónico. Sobre el orden clásico, produjeron los cubistas la revolución de sus delirios hermosos.

Pero hay algo que sigue conectando, a pesar de todas las rupturas con el pasado, a Dalí con Leonardo, a Leonardo con el Giotto, al Giotto con los que decoraron las cuevas de Altamira.

Eso permite justamente la continuidad y que se pueda hablar de arte como de algo transpersonal

que incluye a todas las personas, géneros, subversiones y que, sin embargo, está más allá de ellas, porque todas ellas, aun en su mayor subversión y rebeldía, están sujetas a ese orden y lo usan, si lo usan, para lograr sus objetivos iconoclastas.

— Esos son los límites, hijo mío. En tu vida privada, en tus relaciones humanas, en el estudio, en el trabajo, en la calle, en tu casa, en el extranjero, con tu novia, con el hombre que viaja a tu lado en el colectivo.

Y ese orden termina siendo siempre orden moral, es decir constitución de unas costumbres (*mores* en latín significa costumbres, y de ahí el término "moral") adoptadas por un grupo social, por un sector de la humanidad, en este caso nosotros, los de Occidente, y que refleja nuestras creencias, nuestros valores.

Incluso, cabe recordar, algo tan libre como la poesía necesita de un orden, de un sistema, como decía León Felipe:

"Sistema, poeta, sistema.

Empieza por contar las piedras, luego contarás las estrellas."

Ícaro

La tierra y el cielo. He ahí una antigua metáfora de la complementariedad de los factores últimos de la existencia.

El cielo para volar, para soñar, para diseñar con las nubes imágenes inéditas.

La tierra para subsistir, para hincar los pies y guardar cierta firmeza de continuidad.

La tierra es el orden, el cielo, la aventura. La tierra, los límites; el cielo, la creatividad rebelde y el desarrollo de todos tus mundos incubados en el misterio de tu nacimiento.

Sistema, poeta, sistema. Primero las piedritas que están a tus pies, sobre la tierra, lo inmediato. Eso requiere sistema. Nadie saltará al cielo de un solo envío; nadie, a menos que trabaje con disciplina aquí en la tierra.

Ni Rodin ni Charly García ni Gardel se sustentaron únicamente de la gracia divina y fueron y se radicaron en el cielo. No, siempre lo hacían, lo querían hacer, pero desde el duro trabajo de la tierra, con límites, con orden, con exigencia, que provenía primero de los demás, y que luego, internalizados, les funcionaban desde adentro.

— Hijo mío, sé lo que quieras ser; a tal efecto es indispensable que vayas construyendo los parámetros sobre los cuales podrías vislumbrar qué quieres ser. Déjate educar, y luego te educarás libre.

El clásico ejemplo está dado por la historia de Ícaro.

Dédalo era un herrero admirable y tenía un alumno, Talos, que se perfilaba brillantemente como para superar al maestro en el futuro.

Dédalo se puso celoso y un día decidió suprimir a esa promesa humana que lo desplazaría con el tiempo. El crimen se descubrió y lo desterraron. Dédalo se refugió en Cnosos, donde fue encerrado en un laberinto con su hijo, Ícaro.

Para huir del laberinto, el papá de Ícaro, el habiloso Dédalo, hizo un par de alas para sí y otro para su hijo, ya que sólo volando podrían evadirse de esa prisión. Estaban hechas con plumas de ave atadas con hilos y otras más pequeñas pegadas con cera.

Después de haber preparado el par de alas de Ícaro, le dijo con lágrimas en los ojos:

— Hijo mío, ten cuidado. No vuela a demasiada altura para que no se funda la cera por causa del sol; ni demasiado bajo para que el mar no humedezca las plumas.

Ambos emprendieron el vuelo de la libertad.

— Sígueme — le dijo —, y no tomes un rumbo propio.

En pleno vuelo, Ícaro desobedeció y comenzó a remontar su ruta hacia el sol. Dédalo se dio vuelta y ya no lo vio. Solamente alcanzó a percibir las alas que iban cayendo y flotaban en el agua; el sol había derretido la cera e Ícaro había caído trágicamente al mar.

Esta mítica parábola del universo griego ataca varios puntos de meditación.

Los griegos consideran la *hubris*, la soberbia del que desconoce sus límites y sus limitaciones, como el mal mayor. Ícaro fue presa de esa soberbia: él alcanzaría el sol.

Por otra parte, el relato alude claramente a la situación conflictiva entre padres e hijos: es deber del padre enseñar, decir "no te apartes de mi rumbo", y es tendencia natural de los hijos rebelarse y buscar el camino propio.

Ícaro podría haberlo practicado, pero siempre dentro de los límites de lo posible. Se perdió porque desconoció esos límites.

Volar, sí.

Educa a tus hijos en límites y con alas. Educarlos es ponerlos en contacto con la fragilidad de las alas, con la cera que se derrite y, por lo tanto, a favor de la vida, para que el vuelo produzca vida y no muerte.

El caballo de juguete

Tierra y cielo. Límites y alas. Fantasía, ilusión, sueño. Todo ello es el hombre, y sobre todo fantasía. Demarcar el camino, sí, pero no constituirlo, no atiborrarlo con cosas, con prefabricaciones de la sociedad de consumo.

Dejarle crecer, al hijo, sus propias alas. Ponerle límites, y sobre todo ponerse — yo, tú, nosotros, padres — límites.

Ayer vi en una estampa antigua la imagen de un caballo de juguete y me acordé de mi infancia.

Alguna vez, a los cuatro o cinco años estuve yo subido sobre un enorme caballo de juguete, de esos que estaban montados sobre dos maderas arqueadas que permitían mecerse, como si uno estuviera cabalgando.

Pero ese no era mi caballo, no. Ese me lo prestó un amigo de mi prima Amalia, que entonces era una señorita y me llevaba con ella cuando iba a visitar a sus amigos, pretendientes y novios, nunca supe exactamente por qué. Mejor dicho, sí lo supe y lo sé, me quería como una madre.

El hecho es que tenía un amigo que yo llamaba el tío Marcos, y que era el dueño de una juguetería donde Amalia, mi prima, trabajaba. En mis visitas, por tanto, disfrutaba yo de ese mar de juguetes de aquellos tiempos. Entre ellos, aquel magnífico caballo, casi troyano.

Sin embargo, insisto, mis caballos, y los de mis hijos y los de tantos otros chicos, no fueron de esa raza, caballos con forma de caballos, sino palos de escoba sobre los que, entre las piernas, cabalgábamos inflamados de ansias conquistadoras, de indios, de cosacos, entre los cuales el que más atrapado me tenía era Miguel Strogoff, el correo secreto del zar que, según me enteré después, era una criatura de Julio Verne.

¡Caballos, sí, eran los de antes, esos palos de escoba, qué lejos llegaban, qué raudos eran, qué epopeyas protagonizaban!

Creo que ya no hay más de éhos. Creo que actualmente la sofisticación del mundo del juguete impide que esos corceles de maravilla existan.

Porque, les digo yo, el mundo es interior, y no exterior. El caballo del exterior, el de madera, el de plástico, de película, anula el del interior, el de la imaginación, el del alma.

El error capital de los padres actuales es no conocer esa nimia ley de la psicología humana: el niño juega únicamente con sus fantasías. Los juguetes hechos y armados son inútiles.

Como dice Ernst Gombrich:

"La niña rechaza una muñeca perfectamente naturalista a favor de algún monigote monstruosamente abstracto, un trapo, un ovillo de lana. Esas son las mejores muñecas, las más profundas, las más queridas, las más privadas."

Hay que inventarlo todo

Hay que inventar la muñeca. Como inventábamos la famosa pelota de trapo. Y más inventábamos: se pelaba una naranja en cuatro cuartos, y con un cuarto de cáscara se la enrollaba y se jugaba a la pelota que, claro está, iba del pie de uno a la mano del otro.

Eso se llama jugar. Lo demás se llama usar juguetes. Termina siendo aburrido.

Por eso gritan tanto los chicos:

— Estoy aburrido, mamá, estoy aburrido...

¿Cómo puede estar aburrido un niño? Es el único que no puede aburrirse. Porque su mundo interior es tan rico, tan intenso, tan lleno de posibilidades que está constantemente creando realidades, modificándolas, viajando en ellas, escalando montañas, persiguiendo indios...

El tema es este:

— ¿Qué lugar deja el actual mundo exterior al mundo interior?

— ¿Qué espacios dan los padres a los hijos para que éstos desarrollen juegos de libre inventiva, absteniéndose de aplastarlos con juguetes manufacturados y sobre todo con aquellos llamados didácticos?

— En fin, ¿cuándo alcanzan los niños a respirar con sus propios pulmones?

¿Qué es realidad?

Este es un cuento de Oscar Wilde:

En una aldea de pescadores los hombres se reunían al anochecer, cuando regresaban del mar, de la tarea diaria, en una taberna, y allí bebían y hablaban y cada uno contaba historias.

Entre ellos había un pescador que al principio estaba sentado solo en un rincón, pero después de haber nutrido su cuerpo con varias copas de fuerte licor, se acercaba a la rueda de los amigos y tomaba parte activa en esos coloquios de fin de jornada.

Este pescador se entusiasmaba y cuando hablaba era para contar alguna historia fantástica. A la gente le gusta escuchar historias de maravillas, hayan sucedido o no. Él las contaba en primera persona:

— Yo vi, a mí me pasó, sucedió que cuando yo estaba con el bote en alta mar...

Los compadres lo oían con curiosidad e indulgencia. Sabían que nada de eso le había ocurrido, pero las historias estaban llenas de gracia y alimentaban dulcemente los ávidos oídos.

Faunos, fieras, sirenas, seres de otros planetas, aves mortíferas y ángeles beneficiosos, más cuerpos de amor inusitados poblaban sus relatos.

Un día estaba el pescador en su barquillo, en alta mar, y mientras tendía redes y recogía hilos de pronto brotó de entre las olas una figura majestuosa, increíble. Era una princesa, un rostro adorable, ojos de edén, y atrás, debajo de la espalda, una cola de pez con escamas que constituían un caleidoscopio de formas y colores en procesión.

El pescador estaba parado, paralizado, mudo. El ser aquel le sonrió y luego, suavemente, se dejó desaparecer entre las espumas esporádicas.

Esa noche llegó, como siempre, el pescador a la taberna. Se sentó en su rincón, bebió, una tras otra, varias copas de jengibre. La rueda de colegas lo esperaba, ansiosa. El no se movía de su lugar, bebía y sacudía la cabeza.

— ¡Vamos, ven, siéntate con nosotros y cuéntanos! — le gritaron.

— Algo te habrá pasado hoy de magnífico, ¿no? — le sugirieron.

— No te hagas rogar, ven, acércate y no nos prives de tus hazañas.

Él no se movía. Fueron hacia él, lo tomaron de brazos y pies, lo condujeron al centro del salón y ahí lo sentaron en una silla.

— Vamos, cuenta, qué viste hoy — le exhortaron.

Balbuceando, sin abrir los labios casi, alcanzó a musitar.

— Hoy... hoy no vi nada...

Capítulo Dos

La trama de la convivencia

Meditación del muro y la hiedra

En el contra-frente de mi casa tengo una amplia ventana. Frente a ella escribo, leo, medito. Se ve el cielo, edificios, el patio de una escuela, el busto de Sarmiento, desechos de bancos y hierros.

Pero enfrente, bien enfrente, veo el muro que separa mi edificio de la escuela. Este muro era hermoso cuando estaba tapizado por una hiedra intensa, espesa, verdísima. Uno entraba en la habitación y la hiedra esa, ese tapiz de naturaleza pura, salía al encuentro, y en días de primavera y de primorosa luz resplandecía de maravilla.

Un día abrí la puerta y vi que el muro era ladrillos, argamasa marrón, barrosa, muy poco estético para mi paladar, y me quedé triste, muy triste. Pregunté qué había pasado. Me informaron que los vecinos dueños del muro decidieron quitar la hiedra porque los animalitos se colaban por ella, y les producían muchos inconvenientes.

Desapareció la hiedra. Quedó el muro pelado, feo, cumpliendo la función estricta que le corresponde, el ser muro.

Con el tiempo fui disfrutando al ver que la naturaleza, como su raíz lo indica, es *natus*, nacimiento, renacimiento, y de los residuos de aquella hiedra y otros mecanismos que tienen las criaturas verdes para perpetuarse, nacieron arbustos que empezaron a recubrir el desnudo muro.

Pero ya no fue lo que era. Crecimientos caóticos, totalmente improvisados, ramas y hojas sueltas, individualistas, fuera de todo esquema, régimen, programa, celebrando la vida pero para cualquier lado.

Procuré acomodarme a la nueva visión, con ánimo hinduista y panteísta procurando ver lo que no veía, belleza.

Y ahí estamos y seguimos estando.

Pero anteayer hubo tormenta. Hoy salí al balcón y miré, y descubrí que debido a la tormenta parte del muro, una de sus esquinas, se había desplomado.

Medité: he ahí una venganza de la hiedra.

Me pregunto...

Me pregunto cuánta contención podría haber significado la hiedra, ordenada ella, totalmente armonizada y armonizante, para ese amontonamiento de pesados ladrillos, cemento, barro, cal y arena. La pobre hiedra más que belleza de telaraña ecológica no tiene. Y sin embargo, quiero soñar que de esa telaraña dependía el muro. Dicho en otros términos: era parte del muro, la más accidental, la más prescindible, pero parte, y por estética tal vez tenía alguna función especial en la supervivencia del muro.

En realidad la metáfora no vale para ese muro pero sí para los muros que son los continentes de

la cultura, de la coexistencia, de eso que llamamos vida y que no alude a la existencia biológica, y que no es lo contrario de muerte, sino más bien lo contrario de sinsentido y de azar desesperado o meramente tedioso.

La hiedra es la conexión semántica donde los fuertes y débiles y fantásticos y arrobadores momentos de la existencia se insertan, como los pedregullos sueltos dentro de algún diseño que luego sería el mosaico.

La trama que nos sostiene

Somos hiedra. Totalmente endeble, frágil, delicada. Somos las costumbres que somos, los hábitos, las rutinas comunicativas, los gestos y los gráficos sobre los que inscribimos nuestra creatividad, la novedad de nuestras rebeliones y la negación de los muros establecidos.

La hiedra es el código. La modernidad cumplió la fantástica misión de hacer ver la desnudez interna de tantos muros y tantas fronteras y tantos reinos y autoridades omnipotentes que reprimían la vida y la hundían en fangos de irracionalidad.

Es como arrojar al suelo todas las letras y las palabras de un libro que no sirve más. El libro es la hiedra, y merece nuevo contenido.

Si la hiedra también es arrojada nos quedamos totalmente desnudos, incomunicados y deberemos encarar la difícil tarea de inventar otra hiedra.

Eso no lo podemos hacer. El tiempo lo hace solo, la tradición, las creencias básicas que nos sostienen son telaraña tejida a través de generaciones.

La telaraña en uno de sus códigos decía "relación de hombre-mujer", y luego sostenía toda una normativa que resultó ser decadente, absurda y desecharable.

Después se arrojó del código los términos hombre-mujer. Queda la relación.

Ahora uno se pregunta, ¿por qué relación?

La hiedra se vino abajo, y detrás de ella el muro se va desgranando en pedazos, y nadie es más feliz.

De eso se trata, no hay que olvidarlo. El proyecto era ser más feliz o más contento o más uno mismo o más auténtico o más libre. Un más positivo y dichoso.

Estamos en el menos y hay que revisar el origen del déficit. Esto no lo harán los economistas. Es tiempo de pensadores.

Los arbustos sueltos siguen creciendo sobre el muro, luchando entre sí, porque son diferentes y, de una u otra manera, heterogéneos, enemigos, y no están dispuestos de ninguna manera a armar un nuevo tapiz. ¿Relación? Ninguna.

Y sin embargo, existo. Pero a diferencia de Descartes, no dudo. Para dudar hay que tener alternativas. Hasta las alternativas se borraron del horizonte.

Estoy haciendo un esfuerzo por ver en este caos de plantas, arbustos, hojas y el muro ya definitivamente inclinado, una imagen referida a algún nuevo sentido.

Por ahora, confieso, me cuesta. Y me duele.

Historia de los jeans ajustados

¿Que el orden cambia? ¡Por cierto que cambia! ¡Y cómo! ¡Qué trabajo que me dan estos cambios!

Lesuento:

Entré a comprarme un par de camisetas. No es lo que más me gusta hacer, pero en fin, no sólo de libros vive el hombre.

Me atendió una chica de esas que fluctúan entre los veinte y los treinta, y mientras se quitaba el esmalte de las uñas y mirando a la pared de enfrente, me preguntó:

— ¿En qué te puedo ser útil?

Yo me quedé, se imaginan ustedes, petrificado. Primero pensé que me conocía, de alguna conferencia tal vez. Pero luego me dije:

— Ni siquiera me miró, no me vio; en consecuencia, no es que me conoce...

El otro yo, uno de tantos que habitan en mí, dijo:

— Entonces ¿cómo es que te tuteó?

— Bueno, no hay que ponerse así — dijo el yo más joven de todos mis yoes, el más piola, el que está en la movida, el que me recrimina porque no hago pesas, porque no corro en Palermo, porque no asisto a los boliches y sobre todo porque no me visto como la gente.

— No hay que ponerse así — arguyó —, es que hoy todos nos tuteamos.

Tiene razón. Todos nos tuteamos.

Yo le dije a la chica:

— ¿Sabes qué? Lo que necesito es un par de camisetas.

Ella miró a la otra pared, pensó unos instantes, seguramente en el novio, y después me trajo la variedad de prendas que tenía.

— Elegí — me dijo o me ordenó, no sé...

Envalentonado, le expresé:

— No, che, éas son para viejos, a mí dame, ya sabes, bueno...

Me miró algo asombrada. Después me evaluó:

— No tenemos, volvé la semana que viene...

Ya no pude protestar y compré cualquier cosa. Pero la compra era lo de menos.

Iba por la calle — justo llovía— cantando bajo la lluvia e imitando alguno que otro paso de Gene Kelly. Era joven. Me tuteaban. Tuteaba.

En lugar de irme a casa, ingresé en otro negocio y le dije a la vendedora, que debía de ser la prima hermana de la vendedora anterior:

— Jeans, che.

Levantó la vista, como midiéndome, calculándome. Pasó el chicle de un carrillo al otro, hizo un globito, reventó el globito y preguntó:

— ¿Ajustados?

— Seguro... — respondí con tono canchero y súperjoven.

Me los llevé. Y por suerte llovía y volví a cantar y a bailar bajo la lluvia.

¿Qué más me faltaba? Me compré una gorrita, de esas que vienen con la visera para usarla en la nuca, la última moda.

He de comentarles que los jeans son demasiado ajustados. No obstante suelo usarlos ocasionalmente, a pesar de los riesgos, porque me gusta provocar envidia.

La revisión crítica del presente

Sí, hay un orden nuevo. Y así como revisamos el orden viejo, también debemos revisar el nuevo.

No todo tiempo pasado fue mejor, y tampoco todo tiempo presente es espléndido. El tuteo, los jeans, el lifting, los aritos masculinos no modifican el interior humano y el exterior de nuestras relaciones.

Los antiguos creían que porque tenían pancita y un reloj colgando, en semicírculo de cadena fina sobre ella, ya eran respetables. Falso.

Nosotros creemos que porque jugamos al desdibujamiento de las edades, de los lenguajes, de las apariencias, somos realmente iguales, y somos todos jóvenes y rozagantes. Falso.

— Libertad, hijo mío, es pensar, revisar críticamente qué somos, en qué estamos y con qué orden o límites nos movemos. No sea que abandonemos las coerciones de tiempos idos y no tomemos conciencia de las coerciones actuales.

Hoy te obligan a ser pibe. O pibe o nada, o nadie.

Y a tutearse, porque todos somos iguales y somos jóvenes y somos amigos.

Mientras existo, pienso. Y pienso que en última instancia ser pibe, tutear, ajustarse los jeans de tal manera que te salgan afuera los pensamientos más íntimos, nada de eso es malo.

Lo malo es creer que cuando uno adhiere a esas prácticas es libre. Peor es pensar que de esa forma uno manifiesta alguna rebeldía. No hace más que someterse a furiosas imposiciones — límites— de la actualidad social.

Lo malo es que todos nuestros valores se reduzcan a esa exterioridad.

¿Libres? Para nada. El libre elige. El que se somete a normas vendidas por afiches, por televisión, por radio, no es libre.

Libre es el que usa un camino, aunque podría usar otro. El que solamente sabe tutear no elige ni es libre. Está condenado a hacer lo que hace, a hablar como habla, a vivir como vive.

Necesitamos limitar las imposiciones de la moda, las de la ropa, las del lenguaje, las de los gestos, las de esta sociedad de masas que nos dice que somos todos libres pero nos quiere a todos uniformes, uniformados, en ropa, en ideas, en gustos, en gaseosas, en hamburguesas, en ruido...

Yo puedo hablar en lenguaje arrabalero y en lenguaje de salón y buenos modales. En consecuencia, elijo.

Hoy me visto como me sugieren las grandes marcas, perouento en mi riquísimo guardarropa con prendas que las grandes marcas mirarían con cierta repulsa. En consecuencia, elijo.

La sociedad impone límites, normas, prisiones. El hogar debe proporcionar alternativas, pensamiento crítico, ponerles límites internos a los límites externos.

Este es tu trabajo de madre, de padre; un trabajo, sí. Ayudar a tus hijos a revisar normas. Para ello necesitan tus normas. Y desde ellas podrán contemplar a las de afuera, y elegir.

Todos influyen en tus hijos, todos les dicen qué hacer, cómo moverse, qué pensar, dónde colgarse el arito, cuántas sexualidades ejercer, cómo ser felices, *¿por qué no has de intervenir también tú en sus vidas?*

Solamente padres e hijos confrontados son normales

Es normal que tu hijo se rebale contra ti. Es normal que a veces no coincida contigo; es normal que no te comprenda, que no lo comprendas. Es normal porque ustedes son diferentes, seres diferentes y de diferentes edades, y comprender al otro es, a veces, una tarea imposible...

Y además porque tú, de una u otra manera, aunque declares lo contrario, le estás imponiendo tu vida, tu educación, tus maneras, tus límites.

Eso es normal. No puede ser de otra manera. Nace en tu casa, crece en tu casa, en tu sociedad, y le transmites lo que tienes, tu lenguaje, tu moral, tus modales. ¿Qué otra cosa podrías transmitirle?

Al comienzo esa transmisión no puede ser sino de facto, sin democracia, sin parlamento: la niña tiene un año, dos años, tres años, y no está en condiciones de discutir normas y reglas. Corre todo por tu cuenta. Y luego cuando crezca será libre para revisar las normas que recibió de sus padres, para criticarlas, reemplazarlas o modificarlas.

En todo caso la confrontación requiere un punto de vista, y un punto de vista ha de ser elaborado, pensado.

Por eso es buena la confrontación: ayuda a pensar. Y pensar ayuda a vivir.

La gente dice:

— ¿Viste qué rebeldes que son los jóvenes hoy?

Yo les respondo:

— ¿Rebeldes? Para ser rebelde hay que oponerse a algo, a alguien, a una idea, a un límite, a una norma, a una pauta. Los padres permisivos no crían hijos rebeldes, sino que producen hijos que directamente ignoran a sus padres y hacen lo que otros les dictan, otros mucho más autoritarios: la sociedad, la televisión, la propaganda, la moda, los otros chicos.

Cuando trato este tema siempre me viene a la memoria una escena de la liturgia de la Pascua hebrea.

La Pascua, sabido es, aunque con diferentes contenidos, es común a judíos y cristianos. La Última Cena de Jesús, tan famosa por el cuadro de Leonardo, es la cena de pascua que Jesús celebra, al modo judaico, con sus discípulos.

En esa cena está sentada la familia en torno a la mesa y se lee un texto que habla de cuatro tipos de hijos: el bueno, el inocente, el ignorante y el malvado.

¿Quién es el malvado? El rebelde. El que se opone a las tradiciones y pregunta:

— ¿Qué es esto que ustedes hacen? ¿Qué sentido tiene?

Ese hijo es verídicamente rebelde. Ve un modelo de vida, de rituales, de límites, y está en desacuerdo, y lo expresa.

El que nada ve, el que no encuentra frente a sí modelos de creencia, de vida con sentido, de prácticas compartidas, no es rebelde, no puede serlo, y más bien crecerá con un alto grado de vacío en su identidad.

Si mi hijo se opone a mí por ideas, por adherir a otra corriente de pensamiento, por haber llegado a otros conceptos por los que se hace responsable, me pone triste por la no coincidencia, pero me pone alegre, feliz, muy feliz, porque PIENSA.

Cuando el nene dice: "Yo hago lo que quiero..."

Si hablásemos claro con nuestros hijos, previa conversación clara entre nosotros, los padres, implementaríamos un clima de responsabilidad compartida, puesto que nos necesitamos los unos a los otros, y cumpliendo con las normas nos ayudamos a vivir y a realizar mejor nuestras otras libertades, vocaciones, anhelos absolutamente individuales.

Eres individuo contigo mismo y eres persona con los demás. Estos dos ámbitos deben ser reconocidos.

— ¡Yo hago lo que quiero! — me dijo una vez Amir, adolescente él.

Yo lo miré y le respondí:

— ¡En ese caso también nosotros haremos lo que queremos!

Entonces tomó conciencia de que "hacer lo que quiero" no es buena fórmula para coexistir en familia.

El ser humano no se define como tal porque hace lo que quiere, sino porque hace lo que debe.

El "servicio" que los padres brindan a sus hijos no lo hacen por amor y efusión flamígera de sentimiento sino por deber.

— Por deber, hijo mío, has de cumplir ciertas funciones en esta casa. Porque los deberes son recíprocos, y todo ello endulza la vida y facilita la relación. Cuando arribes a la cumbre del Tupungato abre la boca y grita tu grito más fabuloso al cielo y al espacio. En casa, aquí, entre nosotros, no grites...

Los límites de la responsabilidad de cada cual

Hay problemas que son muy específicos de los tiempos en que vivimos. Otros, en cambio, son eternos porque derivan de la estructura psíquica del hombre, como ser la competencia entre las generaciones, las relaciones de amor y contradicción entre padres e hijos.

Se encuentran en la historia de David, el gran rey, el antecesor del Mesías, y sobre ello escribí un libro para leer y discutir en familia.

Se halla en las gestas homéricas y en las epopeyas nórdicas, en los mitos y en las historias de todos los tiempos, empezando por el propio y hoy tan famoso Edipo.

Ahora quiero traerles un caso menos famoso, pero sumamente duro e ilustrativo. Se trata de Alcestes.

Alcestes era la mujer de Admeto. Este señor había cumplido su ciclo vital y debía morir, pero Apolo les rogó a las Parcas que le prolongaran la vida. Para ello era necesario que otros dieran su vida y se la regalaran a Admeto.

El sujeto de la supervivencia espera que sus padres, ancianos, lo hagan. Ellos se niegan. Alcestes considera que su deber de esposa es sacrificarse por Admeto. Lo hace, pero su acto heroico es recompensado por los dioses que salvan su vida a último momento.

De la ingratitud posterior de Admeto les contaré en otra oportunidad, o pueden informarse solos leyendo las diversas versiones dramáticas que se han compuesto sobre el tema desde Eurípides.

Sí quiero citarles los versos de ese genio griego: "Innumerables y diversas son las formas de los acontecimientos suscitados por el destino. Lo que esperamos no se realiza y un dios trae, en cambio, cosas inesperadas."

Así es la vida, un destino inesperado tejido con los hilos de nuestras esperanzas.

En lo que hace a nuestro tema, es capital este diálogo de Admeto con su padre. El hijo le reprocha que su mujer, Alcestes, se haya inmolado y que su padre no estuviera dispuesto a sacrificarse por él. El padre le responde:

"No debo morir por ti, porque no es ley de los abuelos ni de la Hélade que los padres mueran por sus hijos. Tuyos son tu vida y tu destino, así en la dicha como en el infortunio. Cuanto podríamos darte nosotros ya lo posees..."

"No mueras por mí como yo no muero por ti. Si te place la luz del sol, ¿por qué has de pensar que a tu padre le disgusta verla?

"¿Y tú hablas de mi cobardía, tú que te has dejado vencer como el más indigno de los cobardes por esa mujer que ha querido morir por ti, por su bello marido? Puedes decir que has hallado un medio ingenioso de no morir nunca, si cada vez que te amenace la muerte logras persuadir a tu mujer del

momento de que sucumba por ti. ¡Y nos insultas a nosotros, los tuyos, y nos llamas cobardes cuando tú mismo te has conducido como tal!"

Es el principio establecido en la Biblia: "Los padres no serán castigados por los hijos ni los hijos por los padres, sino que cada uno cargará con su responsabilidad".

Son textos para reflexionar.

El arte de amar

Entre los factores que menciona Erich Fromm para ir ejercitando, es decir aprendiendo, el arte de amar (en su libro homónimo) figura la *paciencia*.

Es, la paciencia, la condición capital para la asunción de cualquier arte. El amor la requiere con urgencia.

Dice Fromm:

"Si aspiramos a obtener resultados rápidos, nunca aprenderemos un arte. Para el hombre moderno, sin embargo, es tan difícil practicar la paciencia como la disciplina y la concentración. Todo nuestro sistema industrial alienta precisamente lo contrario: la rapidez..."

"La máquina que puede producir la misma cantidad en la mitad del tiempo es muy superior a la más antigua y lenta. Naturalmente, hay para ello importantes razones económicas... El hombre moderno piensa que pierde algo — tiempo— cuando no actúa con rapidez; sin embargo no sabe qué hacer con el tiempo que gana — salvo matarlo—."

Paciencia, mucha paciencia se necesita para superar los egos antagónicos que somos.

Paciencia para compaginarlos. No digo para anularlos, porque sería iluso de parte de cualquier soñador. No se anulan los egos narcisistas, pero deben ser conocidos para manejarlos, limitarlos.

Porque el amor tiene eso, se ama al otro. Esta afirmación puede sonar obvia e inútil. Sin embargo los dramas de amor, justamente, suceden porque en pleno proceso de alma encandilada uno se olvida que el amor es al otro, y que esta referencia obliga frente al otro. En tiempo, en paciencia, en espera. En disciplina.

La llama del sentimiento ha de transformarse en forja paciente, trabajadora con el otro, y que retorna a uno, positivamente.

El vértigo de los tiempos actuales, como dice Fromm, se nos cuela por los poros, y lo que es bueno para la ruta y para los trenes bala y para las computadoras de última generación, no es bueno para las relaciones humanas.

Éstas requieren de lentitud, de una modelación que los años van produciendo.

A menudo padres o amantes esperan efectos inmediatos, y si no se dan se desesperan, como si estuvieran encendiendo un aparato y éste no reaccionara.

Paciencia, amigo, tu esposa no es un artilugio de la tecnología, y tampoco lo son tus hijos.

Por eso es tan complicado, y al mismo tiempo tan aventurero, tan creativo, amar... al otro.

Los roles disueltos te hacen más responsable aún

En tu casa, ¿quién cocina, quién lava los platos, quién barre el piso?

Somos modernos y posmodernos. No autorizamos la esclavitud de la mujer.

Antes, sabido es, en los tiempos del autoritarismo y del machismo entronizados, los platos eran cosa de mujer, de esposa, y a lo sumo de hija mayor.

Después, con la liberación femenina, se entendió que podría ser labor de mujeres o de hombres, quiero decir esposos o, como se dice en la posmodernidad, de parejas, ya que después de todo no está establecido en ninguna ley natural que lavar platos le quede mejor a la femineidad que a la masculinidad y después de todo somos todos iguales.

Pero habría que ir más lejos.

Ya que no hay roles predeterminados, ya que somos libres, estos niños que están al lado nuestro, ellos, ¿qué?, ¿disponen de inmunidad parlamentaria? ¿No discutimos a la par, no hablamos a la par, no nos respetamos a la par?

Este jovencito de diez años o su hermanita de siete años bien podrían entrenarse en esta noble tarea de lavar los platos y de ser parte de nuestro equipo, a menos que, claro está, tengan por esa tarea una profunda aversión y prefieran otras, más en concordancia con su personalidad o vocación.

Por ejemplo, limpiar el baño, lavar azulejos o barrer el balcón, regar las plantas y descolgar la ropa seca o llevar la ropa sucia al lavadero o, por ejemplo —¿por qué no?—, meterla en el lavarropas y apretar los botones pertinentes para que funcione.

¿Se le ocurrió que el respeto a los hijos es colocarlos a la altura de todos nosotros en todas las tareas, en todas las responsabilidades, en una vida realmente compartida donde los límites no son castigos sino un orden que nosotros componemos para vivir mejor y por lo tanto para amarnos con mayor comodidad?

— ¿Pero los niños no deben estudiar? ¿No es esa la función primordial que les compete? — replicará usted.

Sí, por cierto. Y yo, papá, debo trabajar, y tú, mujer, debes hacer miles de cosas, sea en el trabajo de afuera o en el de adentro, de entrecasa. Todos estamos atiborrados de obligaciones. Este niño también. En ello consiste su igualdad.

Los límites empiezan en:

— Vamos al supermercado a comprar alimentos, así me ayudas a cargar con ellos...

Puesto que no hay roles, cualquiera puede hacerlo, también yo, y acompañado por el nene o la nena.

Y lo planteé en términos de exigencia, de deber:

— Vamos al supermercado...

Nada de acariciarle la cabecita, sonreírle con amplitud cósmica y decirle:

— ¿No te gustaría acompañarme al supermercado?

Porque bien podría contestar:

— No, no me gustaría...

Y aquí no discutimos qué le gusta a cada cual, sino los deberes compartidos, independientes del gusto.

De modo que hablemos claro y con el tono correspondiente, y dejemos de mentir y de engañar y engañarnos pensando que una orden envuelta en moños y en frases dulces será psicológicamente más adecuada. Al contrario, será un mensaje contradictorio, y de ese tipo de mensajes más vale abstenerse.

En esas banalidades germina lo profundo de la vida, en quién lava los platos, en quién hace la cama y quién saca la basura. No es poético, lo sé. Es la prosa de la vida.

Desde esas superficies desciende hacia el fondo del alma la educación ética como vida compartida, en cuanto responsabilidades que todos asumimos en esa casa que ocupamos al unísono y llamamos "familia".

Así de sencillo. Así de profundo.

¿Y si nos equivocamos?

— ¿Y si nos equivocamos? — preguntan a menudo los padres, perplejos, temerosos, cuando se los invita a ser padres.

Ese interrogante parecería justificar la parálisis de muchos que persisten en el miedo a los hijos. Se escudan finamente detrás de esa reflexión sutil:

— ¿Y si nos equivocamos? — Así dicen y con ello creen que el tema concluye, y que cada cual se vaya por su lado.

Mi respuesta:

— También para eso estamos, colegas padres, para equivocarnos. Y no es una eventualidad correspondiente al ser padre o madre, sino que es la savia elemental de la vida humana. Vivir es acertar a veces y equivocarse otras. No habría divorcios de parejas si no hubiera gente que se equivocó. Y no obstante no podían saberlo antes de equivocarse.

Otros tal vez se casaron con incertidumbres, con miedos, y luego resultó ser que no se equivocaron, y viven juntos hasta el final de sus días.

¿Quién sabe qué en materia de relaciones humanas?

La incertidumbre es la raíz misma del devenir. El mejor acto, la más noble intención, puede producir efectos nefastos.

Yo le regalé, de joven, un ramo de flores a una muchacha que me gustaba, y ella cuando lo vio me odió para todas las eternidades. Era ecologista, la chica.

Usted nunca sabe cuándo se equivoca. Pero si se corre a un costado y se hace el desentendido y

no actúa, usted se equivoca seguro.

Como seres humanos, como padres, no nos queda otra opción que jugarnos, actuar. Claro que no a tontas y locas, sino con saber, con reflexión, y sobre todo con autenticidad.

Un padre que se equivoca en lo que realiza frente a sus hijos, pero lo hace desde su más íntima convicción, lejos de obtener repulsa, será amado y respetado por sus hijos.

La perpetua caricia — iahí no se equivoque!— no engendra perpetuo amor.

La autoridad funciona de persona a persona. Es diálogo, es confrontación, es libertad de los interlocutores, de cada uno, y cada uno decide lo suyo.

El autoritarismo es lo menos deseado, por cierto. Pero en el miedo al autoritarismo hay padres que se paralizan y no se atreven a intervenir en la vida de los hijos cuando éstos corren peligros de diversa índole, sobre todo los peligros morales y psíquicos, peligros de la evolución en cuanto persona.

Una mala compañía es un peligro para tu hijo, el adolescente. Es tu deber intervenir. Procura dialogar, no castigar. Pero no te quedes de brazos cruzados, mirando el panorama desde el puente, pensando:

— Es su vida, es libre, es su elección...

Eso no es respetarlo, es dejarlo solo, abandonado.

El amor interviene, procura modificar rumbos que considera erróneos, grita, protesta, exige. Yo con mis hijos, mis hijos frente a mí y mis defectos. Somos recíprocamente responsables los unos por los otros. Ese es el sentido básico, elemental, del amor.

Para eso estamos los padres. O si no, ¿para qué estamos?

¿Para qué sirven los hermanitos?

Dijo la nena:

"Mis padres a veces quieren salir y quieren que me quede con mi hermanito a cuidarlo. El psicólogo me dijo que hay que respetar los roles."

Tiene razón la nena, de quince años aproximadamente, ojos vivaces, pantalones ajustados y rotos, deshilachados, hablando a mil por hora.

Tiene razón, cada uno en su rol.

Pero pensemos un instante. Sospecho que la madre no le dijo que amamante al nene ni que le lave la ropita y menos que se la planche y seguramente le dejó preparada la mamadera o la papilla.

De modo que no le tocaba cumplir el rol de madre, se le pedía que cumpliera con el rol de hermana mayor. Que para eso son hermanos. ¿O son hermanos únicamente cuando ella quiere jugar con el nene y divertirse con él en momentos de supino aburrimiento, cuando fallan los amigos y Madonna ha dejado de contorsionarse en la pantalla chica?

¿Qué es un hermano? ¿Para qué sirve un hermano? Cualquiera que sea la respuesta tendrá que

decirse que hermano, hijo, padre, tío, vecino es una relación. No es una situación de uno solo. Uno no puede ser hermano a menos que tenga a otro que sea a su vez su hermano.

Y toda relación ¿qué es? O es un conjunto de fluencias, confianzas, límites y libertades entre unos y otros, o no es nada.

Una madre es alguien que tiene que hacer algo con eso que nació de su vientre. Mientras estaba dentro de su cuerpo no había relación; eran dos pero eran uno. Cuando sale afuera se vuelve otro, y se vuelve relación el llamarla hija a esa bebota de cachetes rosados, encantadora, o a esa otra a la que todo lo que le interesa hacer en los primeros meses es llorar, llorar y llorar vaya uno a saber por qué karma misterioso que la persigue.

El tipo de hijo no se elige, como tampoco se elige, por cierto, el tipo de padre. Pero la relación se elige. Cómo me voy a comportar con eso que he engendrado ya es un problema, y hay que elegir.

De manera que le dije a la niña:

— No se te pide que seas madre ni que seas padre; se te pide que seas la hermana que eres. Es tu deber.

Escuchó la palabra *deber* y los ojos se le oscurecieron, la boca se le abrió y me miró como a un monstruo fatídico, un protodinosaurio, con un asco metafísico que casi me conduce al suicidio.

— ¿Deber? Cómo podes hablar de deber. ¿Qué deber? ¡Eso es quitar la libertad!

Yo había pronunciado una palabra terrible, imperdonable: Deber.

Me olvidé de que no figuraba ya en el diccionario de los seres humanos posmodernos.

— ¿Cómo pude haber cometido torpeza tan grande? — me reprochaba.

Sonréí. Pero creo que no me salió la sonrisa pertinente. Le dije:

— Mira, flaca...

Para ponerme a tono, para hacerme el amigo de ella, para que me perdonara la vida. Pero no dio gran resultado.

Finalmente me cansé de mí mismo, de mis teatros, de mis miedos, de mis vacilaciones, y reflexioné que debería ser un poco consecuente conmigo mismo, y arriesgar la vida si fuera necesario, pero decirle la verdad, toda la verdad, o al menos una parte de ella.

Diálogo con una flaca

— Mira, flaca... no te asistes por la palabra deber. Deber es algo que cada uno tiene que hacer. Cuando tus amiguitas cumplen años ¿no les haces regalos, no lo festejas?

— Sí, pero no por deber, lo hago porque quiero — replicó sobradora.

— Claro, porque querés, por supuesto — me hice el bueno, el comprensivo—, desde luego, pero también porque aprendiste que hay que dar regalos, porque si no a lo mejor, no sé, imagínate que fueras a la casa y le dieras un beso y le regalaras un versito que le escribiste de todo corazón.

— Claro que puedo hacer eso, claro que sí.

— Pero ¿lo hiciste alguna vez?

— No... bueno, todo el mundo regala algo, ¿viste? No podes hacerte el gil y darle besitos y decirle que ese es tu regalo. Además ella vino a mi cumpleaños y me regaló alguna cosa, entonces, ¿captas...?

— Obvio, por supuesto, y creo que tenes razón, si ella te regaló vos tenes que regalarle.

— Viste que tengo razón, ¿viste?

— No, sí, claro... — procuro hablar como la gente de onda, medio entrecortado, incoherente, para que me entienda mejor—, y respeto lo que decís, pero todo eso es cumplir con un deber.

— ¿Qué cosa?

— Los regalos, esos, digo cumpleaños, toda esa historia...

— ¿Sabes qué? Con vos no se puede hablar, no sé qué tenes, mejor dicho tenes ideas muy cerradas y no agarras lo que se te dice.

— Puede ser, pero lo que te digo es que si vos a tu hermanito lo querés, que de eso hablábamos, deberías alguna que otra vez quedarte con él y que los viejos salgan a refrescarse un cacho, ¿viste? — le comuniqué en mi mejor léxico fraternal.

— Y yo ¿qué? ¿Que yo me pudra en casa un sábado a la noche? ¿Por qué, eh? ¿Quién lo trajo al mundo, yo o ellos?

No veo por qué tengo que sacrificarme yo, ique se sacrificuen ellos!

— Eso sí, pero digo solamente que habría que sacrificarse de vez en cuando... Fíjate, vos también estás en esa casa, y lo querés a tu hermanito y a los viejos ¿acaso no los querés?

— Yo los adoro a los viejos, son macanudísimos, charlamos siempre y casi siempre me entienden, por ejemplo...

— Sí, pero vos decís lo que ellos hacen por vos, que te entienden, y faltaría que vos los entendieras a ellos, ¿no?

— Ellos son grandes, che.

— Sí, pero viven juntos, necesitan compartir, ellos también tienen necesidades. Les gustaría salir un sábado a la noche, ellos también quieren vivir un poco, y vos podrías, no sé, si los querés tanto, hacer algo por ellos.

— ¿Quedándome con mi hermanito un sábado a la noche? Ni loca, ni loca, antes me muero...

Esa flaca, obviamente, fue malcriada. No tiene idea del deber, del límite al egoísmo privado que da lugar a una vida en común, a una comunidad de vida.

A diferencia de otra gente, yo no predico que dejemos de ser egoístas. No creo que eso sea posible. Somos y seremos egoístas, es nuestra natural condición. Pero somos humanos en cuanto

aprendemos a limitar el egoísmo en función de un bien mayor que el bien momentáneo de "me gusta", "tengo ganas de salir", "quiero comer".

En esa limitación radica el deseo de compartir la vida con alguien. Lazos, como decía *El Principito*.

Si tienen orejas, oyen

Por cierto que sí, que si tienen orejas oyen. Es lo más natural del mundo y está demasiado sobreentendido.

O quizá no. No siempre.

De los ídolos, por ejemplo, materia endiosada, está escrito en la Biblia que "tienen ojos pero no ven, tienen orejas pero no oyen...". Con los humanos también puede ocurrir, cuando caen en trampas de idolización que equivalen a tomar cosas o ideas y transformarlas en definiciones absolutas frente a las cuales uno se arrodilla ciegamente.

En este caso se puede tener orejas y no oír, al estilo del ídolo. Los sonidos pasan de largo. Trátense de Beethoven o de una frase que su compañero le dice y usted simplemente no la registra. Le roza el oído, pero no ingresa dentro de él. Entonces la frase se pierde, y puede que irremediablemente, que nunca regrese, que jamás el otro vuelva a pronunciarla después de la primera frustración.

La presencia de los sentidos, pues, oído, tacto, paladar, vista, etcétera, no garantiza nada sobre los registros que se produzcan en el terreno de esos específicos sentidos.

Pero el título yo no lo extraje de mi imaginación sino de un cuento de J. D. Salinger. En él se relata cómo dos hermanos mayorcitos, uno de ellos Seymour, dormían en una pieza, y al lado en otra habitación estaba la hermanita de diez meses que lloriqueaba, incapaz de conciliar el sueño. ¿Qué se hace con un bebé de diez meses que no duerme?

Hay diversas recetas al respecto practicadas por las amas de casa. Los muchachos apelan a ellas. Primero le dan el biberón, como corresponde. Pero Seymour afirma que la solución no fue eficaz, y que la nena al parecer no tenía hambre. ¿Qué hacer, pues?

"Avanzó (Seymour, de diecisiete años) en la oscuridad hasta los anaqueles y proyectó la luz balanceándola lentamente hacia atrás y hacia adelante. Me senté (dice el hermano, el narrador, entonces de quince años) en la cama.

"— ¿Qué vas a hacer? — pregunté.

"— Creo que voy a leerle algo — contestó Seymour, y tomó un libro.

"— Pero, por favor, si tiene diez meses — dije.

"— Ya lo sé — respondió Seymour—. Tienen orejas. Oyen."

Me encandiló, en la lectura, esta frase final: "Tienen orejas. Oyen".

Claro que nosotros, al igual que el hermano menor, el narrador, nos espeluznamos o estamos dispuestos a esbozar una sonrisa ante tanto quijotismo: ponerse a leerle cuentos a un bebé de diez meses. Absurdo, se diría.

La norma general dice que los niños a esa edad no entienden los cuentos. Sin embargo, según

nuestro relato, oyen. Esta apreciación tiene un sabor de profundidad. ¿Qué sentido tiene que Seymour le lea a su hermanita de diez meses complicadas historias? Que oiga. Que se le emparen los oídos. Que desde temprano le vaya penetrando en el alma la gota de la palabra fina, del pensamiento sutil.

Seymour no es tan tonto como para imaginar que su hermanita "comprende". Pero — dice — tiene orejas, oye.

Y el tiempo le dio la razón a Seymour.

"La historia que Seymour leyó a Franny aquella noche era una de sus favoritas, un cuento taoísta. Franny jura hasta hoy que se acuerda de Seymour leyéndoselo."

Eso es más absurdo aún. Y sin embargo es cierto. El cuento ese acompañó a Franny toda su vida. Si no su contenido, diría yo, la voz, la sugerencia, la intuición de la palabra que acaricia la piel del bebé y lo empapa espiritualmente, aunque sin contenidos precisos, comprensibles racionalmente.

Lo que recuerda Franny no es el relato sino que "se acuerda de Seymour leyéndoselo". Y eso vale más que el propio cuento, por cierto.

Eso es amor, y recuerdo de amor. El amor es la actitud, la voluntad, la apuesta y la confianza a favor del oído, del sentido, del sentimiento de tu hijo.

Vivir es vincularse

Dice H. A. Murena en el libro *La cárcel de la mente*: "Todos los seres normales practican en su adolescencia una desobediencia demoníaca que constituye el asesinato psicológico de sus padres. Necesitan seccionar el cordón umbilical que los ata a ese pasado frustrador, pues la vida es invención y no puede dejarse guiar por la experiencia, por ese pasado con que los padres anonadarían todo impulso." Dos, digamos, son los grandes procesos del crecimiento:

- Formar vínculos, aceptar deberes, internalizar normas.
- Deshacer vínculos, revisar principios, rehacer vínculos.

Seccionar el cordón umbilical.

Pero en sí no es una meta, es un medio, una vía para alcanzar proyectos personales.

El mal del siglo XX es que se predicó exclusivamente la ruptura con los padres, y no se dijo que toda ruptura tiene sentido en la medida en que es apoyo para una nueva conexión, un futuro compromiso.

La única internacional activa

El siglo XX amaneció como siglo del niño.

Así lo expresa Octavio Paz:

"En la segunda mitad del siglo XX la única internacional activa es la de los jóvenes. Es una internacional sin programa y sin dirigentes. Es fluida, amorfa y universal. La rebelión juvenil y la emancipación de la mujer son quizás las dos grandes transformaciones de nuestra época. (...) Rimbaud decía que deberíamos reinventar el amor..."

En otro momento de su libro *Corriente alterna*, considera Octavio Paz:

"Aunque todas las épocas han conocido *la querella de las generaciones* ninguna la había experimentado con la violencia de la nuestra. El muro que separaba a un capitalista de un comunista, a un cristiano de un ateo, ahora se interpone entre un hombre de cincuenta años y otro de veinte. Al nivelar o dulcificar las diferencias sociales, la sociedad industrial ha exasperado las diferencias biológicas... Los jóvenes ni odian ni desean; aspiran a la indiferencia. Ese es el valor supremo, el nirvana regresa.

"... En la época de la electrónica, los muchachos escogen el silencio como la forma más alta de expresión..."

"... La expresión de nuestra época es el fragmento... el acto espontáneo y aislado, el happening..."

"La nueva rebeldía exalta, como el budismo, al hombre errante, al desarraigado..."

Y fue buena la intención, magnífica la propuesta, de redimir a los niños de su situación de humillación, de homúnculos en camino hacia el otro, de pasajeros hacia la edad madura, la única que vale y sirve para algo.

Gran revolución aquella. Como toda revolución tuvo sus idealistas, sus fanáticos, sus inquisidores, sus traidores y sus discípulos, esos que se especializan siempre en divulgar las palabras del maestro y mientras tanto tergiversarlas.

Capítulo Tres

Libertad versus licencia

¿Usted viajó alguna vez en primera?

Yo, sí. La editorial me anunció que estaba lista mi gira por Venezuela, México, Colombia y países adyacentes, y que viajaríamos en avión, en primera. Cuando escuché esa noticia, francamente, un rayo de exaltación y de superioridad recorrió mi cerebro.

¡Los dioses me tocaban con su varita mágica!

Fui y les conté a mis amigos, que es lo primero que hay que hacer en casos así. No cabía en mí de la emoción. Y Jaia, por cierto, no estaba menos halagada. Los hijos, inclusive los hijos, entendieron que la cosa era algo grande, y nos hicieron una despedida, ¡ímagínese!

¿Usted viajó alguna vez en primera?

Aun si no lo hizo habrá visto películas, o alguien le habrá contado. Es una fiesta, uno se siente rey, califa, príncipe, ya que a cada instante sonrisas instaladas fijamente en dulces rostros le están ofreciendo cosas, caramelos, whisky, champagne, bocaditos, caviar, y paños calientes y otros elementos que yo, pudorosamente, en voz bajísima le consultaba a mi mujer, muy de mundo ella, para que me instruyera en el uso de esos artilugios de la buena vida.

Largas noches las pasé en desvelo imaginando ese avión, esa primera, esos asientos que son poltronas enormes, y los pies que se estiran, y el confort, eso que siempre les critico a los demás, pero que a un profesor, una vez en la vida, le cae tan bien, pero tan bien...

Hasta tuve un leve ataque de religión. Pensé en Dios que piensa en mí, y que le hace pensar a la editorial en la necesidad de difundir *El miedo a los hijos* en toda América Latina.

Llega el día, la hora, el momento. Ya estamos, nos acomodamos, no lo podemos creer, el cuerpo quiere revolcarse, disolverse en tanta molicie de acolchados viciosos.

Y antes, mientras estamos aún en tierra esperando que los de las clases inferiores se instalen en sus respectivos asientos, aglomerados, apretujados, empiezan a rondar y a rodar las mesitas de las exquisiteces, cositas, manjares, quesitos, canapés, copetines, para que uno no pierda el tiempo y abrace el placer desde los primeros minutos.

La miro a Jaia.

— ¿Contenta? — le pregunto con tono heroico, sugiriendo qué buena vida que le estoy dando en calidad de escritor.

Jaia me devuelve ojos ensorñados de felicidad.

La comida, las servilletas, las bebidas, y después la cena, que usted elige, deme de esto, de aquello no, un poquito, bueno.

Después la película, de rigor.

Uno duerme. Uno se despierta. Uno se despereza. Uno dice:

— Leamos algo.

El Súper-Yo no me deja vivir, ni siquiera cuando viajo en primera.

— Debes aprovechar el viaje — me susurra, con voz acusadora—, hay que leer, hay que preparar las conferencias.

Saco libros, papeles, lapiceras. Después de todo el viaje es largo y hay que matizar los placeres físicos con los espirituales.

Me predispongo a abrir *Dilemas*, de Gilbert Ryle. Siento que no puedo concentrarme. Después medito en qué me está pasando. Me doy cuenta de que el avión se mueve demasiado. Como si en primera se moviera más que en cuarta, mi categoría normal y natural, consuetudinaria.

— Jaia...

— ¿Sí?

Estaba dormida, la pobre. Pero yo estaba desesperado.

— El avión, Jaia.

— ¿Qué pasa, qué le pasa al avión?

— Se mueve, Jaia, se mueve mucho.

— No se mueve, tuviste una pesadilla, duérmete...

Se durmió. Yo nunca estuve tan despierto. Miré a mí alrededor. Todos dormían o leían o miraban el techo. Nadie, al parecer, percibía el estremecimiento de la nave aérea.

Me pregunté si andaba bien de salud, si no sufría mareos, si no me había bajado la presión.

Descubrí el secreto. Detrás de mi asiento, un niño de unos seis años sacudía la butaca de mi ser, la de primera, la divina, la hermosa, jugando a Tarzán, a Superan, a Batman y a otros que no conozco.

Estaba contentísima esa encantadora criatura de siete años, más o menos.

Busqué con los ojos a sus padres. Tenían una nena que dormía en otra fila sobre el regazo del padre. La madre, detrás de mi asiento, leía una revista.

Me di vuelta y lo miré al nene con semblante pedagógico y con ojos de víctima sufrida que pide un poco de piedad. Se calmó. Salió al pasillo. Corrió a la cabina del piloto a darle una mano en la conducción del avión. De ahí lo sacaron dos azafatas dándole palmas en la espalda y en la cabeza y con didáctica sonrisa.

Entonces corrió para atrás, a visitar otras selvas, otras junglas. Suspiré. Respiré. Me desinflé y me puse a leer. ¡Qué delicia! Luego sentí los párpados pesados, y el manto del benéfico sueño — como diría Hornero— se dispersó por mi cuerpo.

Estaba a punto de soñar con Segismundo cuando el avión se sacudió todo. Me desperté sobresaltado. Era el nene. Mi asiento era, desde atrás, un fantástico cohete espacial. Creo que se recorrió toda la órbita de la Vía Láctea.

Busqué al padre. Busqué a la madre. No lo veían. Viajaban plácidos, felices, cada uno metido en lo suyo.

Pensé en ese niño hiperactivo y en su futuro social, energético, exitoso. Tuve un intenso debate dentro de mí.

— ¿Le digo o no le digo?

Le dije:

— Nene...

Me miró asombrado y corrió nuevamente a colaborar con el piloto. Lo sacaron en andas.

El padre estaba despierto, la madre también, cada uno en otra fila, y todos contentos.

Finalmente hice de tripas corazón y le comuniqué a la joven mamá:

— Señora, el nene...

— Ah, sí — me dijo —, mire, yo no puedo con él. ¿Por qué no le dice usted algo, a ver si le hace caso?

¿Qué sentí yo? ¿A ver si adivinan?

Libertad versus licencia

El NENE ESE que marcó mi vida y todos mis ulteriores viajes en avión, o en lo que sea, porque ya no subo confiado a ningún transporte de larga distancia sin estudiar previamente el terreno y lo primero que hago es cotejar dónde hay nenes, dónde hay padres y qué hacen los nenes con los padres y los padres con los nenes, ESE NENE, les decía, era seguramente una monada, pero... estaba solo en el mundo.

Mi psicólogo me dijo, cuando le conté la historia, que lo que ese chico intentaba era encontrar en mí un compañero de juego, y que no debía encolerizarme. Cambié de psicólogo, se imaginan.

Volviendo al jovencito aquel que me arruinó el más anhelado viaje de mi devenir existencial, ese niño no es un ser criado en libertad, sino en abandono. Hace lo que se le antoja, lo que le viene en ganas. No tiene límites. Nunca se enteró de la existencia de los demás, límite de su propia existencia.

Tiene padres, pero ellos no lo conducen, no limitan las rutas por donde debe transitar con las debidas señales de rojo, amarillo, verde. Los padres permisivos no dan libertad, dan licencia, otorgan vacío para que el otro haga lo que quiera.

Hacer lo que se quiere es todo lo contrario de lo humano. Lo humano consiste en hacer lo que se quiere dentro de lo que se debe y como se puede.

A. S. Neill fue un gran pedagogo, un revolucionario de la educación en este siglo, y creó una

escuela que se llamaba Summerhill, donde los alumnos actuaban en libertad. Elegían. Y eso que elegía, la materia que querían, la actividad que preferían, se les tornaba un compromiso y una responsabilidad.

Él escribió:

"Lo que muchos padres no entienden es la diferencia entre libertad y licencia. En el hogar donde impera la disciplina, los niños no gozan de derechos. En el hogar donde se los consiente, el niño tiene todos los derechos. El hogar bien organizado es aquel en que los niños y los adultos disfrutan de iguales derechos."

He aquí una buena demarcación. Ni la disciplina autoritaria, ni la permisividad abandónica.

El nene tiene derecho a jugar. Yo tengo derecho a viajar sin que me sacudan catastróficamente el asiento. La madre se lo debía haber explicado y hecho practicar.

¿Por dónde pasa la línea, se preguntará usted, que distingue entre libertad y licencia?

No hay tal línea. Cada padre, cada hogar ha de conocer a sus hijos, y cada hijo merece su propia línea, en función de sus propias tendencias. La libertad que le das a un hijo firme, seguro, conocedor del mundo y que se las arregla solo para salir de situaciones problemáticas, no se la das a tu otro hijo o hija, de edad próxima a la del anterior, porque no puedes confiar en sus autodeterminaciones. Este necesita ser guiado.

Hay niños que suben a los aviones y nadie registra su presencia. Otros deben ser... Iba a decir "maniatados", pero la palabra correcta es "educados", limitados, cuidados en el respeto al prójimo, y en todo caso si tienen una necesidad compulsiva de sacudir poltronas de avión, comprarles una, llevarla a casa, y que se desahoguen en el hogar.

¿Qué hago? El nene no me deja hablar

Una señora le pregunta a A.S. Neill:

"Mi hijo de ocho años interrumpe constantemente mis conversaciones con mi esposo. No queremos acorralarlo y ahogar su personalidad. ¿Qué podemos hacer al respecto?"

Ante todo responde:

"Es difícil contestar cuando no sé qué clase de padres son ustedes. Lo más probable es que le hayan acordado a su hijo más licencia que libertad, y que ahora estén cosechando tempestades..."

"... Lo que digo en general a los padres es lo siguiente: No permitan que su hijo los domine, si ustedes no lo dominan a él. No dejen que los interrumpa, si ustedes no lo interrumpen a él... Los padres deben decir 'no' cuando el 'no' es necesario. No deben permitir que su hijo los intimide."

Por eso escribí el libro *El miedo a los hijos*. Los hijos intimidan a los padres, o los padres actúan como intimidados. Tienen miedo de expresarse libremente.

Eso no es darles libertad ni otorgarles respeto. Es engañarlos, mentirles. Y los hijos olfatean, y aprovechan ese miedo para dominar más, y luego se hace cada vez más difícil retener al nene para que deje de sacudir el avión.

La libertad — dice A. S. Neill — debe ser válida para ambas partes. El niño debe gozar de libertad para hablar sin que lo interrumpan, y el padre debe gozar de libertad para hablar sin que lo

interrumpan.

Regla de oro. Tan sólo hay que atreverse a aplicarla. No es fácil. Se dice fácilmente, pero no es fácil manejarse con ella en la realidad. Porque implica una ética de responsabilidad recíproca, y de límites para una y para otra parte.

Sólo padres con límites podrán transmitir el mensaje de los límites a sus hijos. Los límites no tienen temas ni sectores. Toda la vida los requiere como normas de conducta y de pensamiento.

La explosión momentánea no es libertad. Decir lo que quieras, cuando quieras, donde quieras y sobre todo como quieras, en el lenguaje que quieras, no es libertad, es explosión, repito, y puede valerte como liberación momentánea.

El tema de la responsabilidad es:

— ¿Te sirve? ¿Le sirve a otro? ¿Es bueno para alguien?

El televisor en el comedor

Uno dice:

— ¿Viste cómo son los chicos de hoy?

Los chicos de hoy, como los de ayer y los de mañana, no son. Alguien los hace, en algún lado se crían, de alguna atmósfera se nutren. Y no es de ellos la atmósfera, es de los otros, de los que los procrearon y los siguen procreando de

una u otra manera.

El inventor de la televisión, el fabricante de los televisores, no obliga a nadie a tener el televisor encima de las cabezas de los que están sentados juntos en el almuerzo o en la cena. Eso lo hacemos nosotros. Eso hacemos a nuestros chicos.

Ni siquiera cuando estamos juntos estamos juntos. En los restaurantes, en los cafés, adonde vamos solos, en pareja o con amigos, tienen miedo de que nos volvamos psicóticos si por un instante dejan de bombardearnos con ruido, con imágenes; entonces nos meten televisores, aparatos, músicas, gritos, noticiarios. El presupuesto parece ser:

- a) El grupo o la pareja, donde estén y aunque conversen, se aburren;
- b) Debemos salvarles la vida. Que nadie escuche a nadie, así si luego dicen que lo que priva es la incomunicación, sepan a qué se debe;
- c) Ergo, démosles ruido, mucho ruido, imágenes, pasatiempos, para que no se sientan tan solos cuando están juntos.

Si tuviera dinero invertiría en un bar o café o restaurante donde cada uno de los clientes fuera obsequiado — en préstamo, claro— con un walkman, un teléfono celular y un minitelevisor para que no se aburra, y para que, al mismo tiempo, cada uno maneje con libertad su propio ruido, su propio aturdimiento.

A los niños, como a los adultos, los hacen los otros, y en particular los otros anónimos, las radios, la publicidad, los programas que se llaman así porque te programan la vida.

No luchemos contra ellos, pero intentemos guardar márgenes de liberación, de autonomía.

Para hablar más claramente: en el café el dueño del café determina qué luz, qué aire, qué música debo yo respirar. Pero en nuestra casa los dueños somos nosotros.

En consecuencia, *nadie me obliga a tener el televisor en el comedor*. Y si tus hijos te dicen que todos los hijos del barrio y del universo disfrutan comiendo con televisión, puedes decirles:

— Todos, menos nosotros...

Aquí simplemente me doy el gusto de enojarme y de gritar al universo:

— ¡Quiten el televisor del comedor!

Úsenlo en la alcoba, si quieren, si se aburren. En el comedor, no.

— ¡Detengan en algún punto la marcha del embotamiento!

Comer puede o no ser un placer. ¡Estar juntos es lo único humano que nos queda!

¡Si estamos juntos y sin televisor mediante, en una de éas hablamos!

¡Y si en una de éas se habla, en una de éas nos comunicamos!

¡Y si en una de éas nos comunicamos, en una de éas nos sentimos mejor!

Los padres amigos de los hijos

Son unos plomos. Me refiero a los padres amigos de los hijos. Les están encima, se visten como ellos, procuran hablar en el lenguaje de ellos y decir las cosas que ellos dicen, y ver sus películas, y escuchar su música, y sonreír cuando esa música les perfora tímpanos y algo más, y mostrar buena cara, tener lo que se dice buena onda.

¿Usted tiene buena onda?

Es un tema que me preocupa. La mala onda no debe existir, ordenan los otros. Buena onda es ser joven, es ser energético y es ser saludable. Los que no funcionan así, reclaman, que se retiren del escenario.

Hay que estar divertido a toda costa, alegre, contento, joven.

Entonces los padres, para conquistar a sus hijos, tienen buena onda, buen jogging, buenas zapatillas de esas enormes que usan los chicos y se peinan para atrás con colita.

Amigos son los amigos, como dice un filósofo de la tele argentina. Amigos a toda costa.

Los pibes y las pibas, pobrecitos, huyen de nosotros, pero nosotros los perseguimos con nuestra amistad, contamos sus chistes, usamos sus palabras, y hasta procuramos ir a los boliches adonde ellos van.

Según Lawrence Wylie, "el padre norteamericano trata de convertirse en amigo de sus hijos, de modo que éstos deseen dirigirse a él en busca del consejo que les permita resolver sus problemas. A veces esa amistad es un hecho natural, y otras forzado".

Por cierto que una amistad forzada no es una amistad benéfica. Caer como plomo sobre los hijos para darles golpes en la espalda o en el hígado, suavecito, claro, mostrando que uno espiritualmente es de la misma edad, abrazarlos, y ser amigo de ellos, quiéranlo ellos o no, es una actitud bastante corriente no sólo entre los del Norte sino en cualquier lugar del mundo, inclusive en la Argentina.

No nos fue bien con ese amiguismo prefabricado, hay que reconocerlo.

En consecuencia, abandonemos esas ficciones y seamos cada cual lo que le corresponde ser.

La piel lisa no puede borrar las arrugas del alma, insisto en recordar. Debemos vaciarnos de prejuicios y de pre-recetas. La pre-pizza es bien posible y hasta sabrosa. La pre-vida es imposible, y si se la práctica es nefasta.

"Cuando a mamá se le mete una idea en la cabeza..."

Lawrence Wylie, en su ensayo sobre la juventud en Francia y en los Estados Unidos, nos trae esta sabrosa narración de Max Schulman:

"Fue una de esas retorcidas ideas de mi madre, y papá y yo luchamos contra ella, pero fue inútil, porque cuando a mamá se le mete una idea en la cabeza no es posible arrancársela ni con un cañón.

"Mamá le dijo a papá hace años que él no me dedicaba bastante tiempo.

"— Herbert — exclamó —, un hombre debe ser el compañero de su hijo. ¿Por qué no llevas a Dobbie a pasear los domingos por la mañana y le hablas de la naturaleza y de motores y de cosas por el estilo?"

El padre y el hijo se opusieron rotundamente. De nada sirvió, mamá que sabía más que todos de psicología moderna y de lo que hay que hacer cuando se es un padre moderno, los obligó a practicar ese ritual.

"Honestamente", comenta el protagonista, "los domingos por la mañana prefiero no hacer nada. Y a papá le gustaba quedarse durmiendo."

Pero mamá se impuso. Nada de vagar y de no hacer nada. ¡Hay que aprovechar el domingo para la amistad entre padre e hijo!

Y salieron el domingo, y caminaron por afuera de la ciudad.

"Al principio trató de hablarle de la naturaleza y los motores, pero el asunto no funcionó muy bien porque yo seguía pensando en mis cosas y él en su cama. Finalmente nos sentamos sobre un gran roble, en un lugar que domina el océano, y cavilamos hasta que fue la hora del almuerzo y pudimos regresar a casa."

Y así hicieron todos los domingos. Digamos que vagaban juntos y contentos. Seguramente, sin imposiciones, sin declaraciones previas, en plena libertad, en más de una ocasión hablaban, charlaban y se comunicaban sin saber que se estaban COMUNICANDO.

Creo que esto es importante: cuando uno se comunica, no sabe que se comunica. Simplemente después le queda algo grato en el paladar, cierta sensación de contento interior, y no puede ser que no sepa de dónde proviene...

Volviendo a la historia:

El nene se llevaba *Lolita* para leer bajo el árbol. El papá dormía como un bendito, al costado, y roncaba primorosamente.

"Cuando regresábamos a casa mamá nos miraba con orgullo, nos besaba y nos ofrecía un almuerzo especial en honor de nuestra camaradería."

En fin, no fueron los amigos que mamá quería, pero fueron amigos, en un intercambio de vagancia.

Hay que ser un poco vago...

Hablando de vagancia, defendámolas.

Vacaciones. Es el tiempo vacío. De la misma raíz proviene la voz "vago". Vacío. Vagos. Divago. Pensar. Vaguedad.

Acuéstese en un diván — puede ser en su casa, es gratis— y practique asociaciones de ideas, de reflexiones, que son las flexiones del alma y el fortalecimiento del diafragma de la mente. Usted debería ser un poco vaga, señora. Vaga creadora. Vaciarse de para llenarse de. ¿De qué? De mundo interior, por cierto. De usted misma. De poesía, de fantasía.

Porque usted es interior. Además de lo que muestra a los demás, me refiero al look del correspondiente show que todos hacemos.

Hay que vaciarse, enseña Krishnamurti.

No criemos hijos únicamente eficientes, ganadores, exitosos. La mente vagabunda es tan importante como el cerebro programador.

Los vagos pueden llegar a ser grandes creadores. Porque tienen mucho mundo interior, por eso no necesitan tanto del exterior.

Eso no significa que si su hijo es un vago usted se ponga a aplaudir de regocijo. Digámoslo así: todos los creadores requieren ser vagos, vacíos de otras ocupaciones, libres para pensar, para urdir la novedad de su mundo; pero, claro está, no todos los vagos son creadores.

Aristóteles decía que las matemáticas nacieron en Egipto porque ahí había una casta de sacerdotes que disfrutaban del tiempo vacío, es decir que eran vagos (recuerde, "vago" es vacío, con tiempo libre), y de aburridos no más se pusieron a divagar, a pensar, y terminaron inventando las matemáticas.

A usted padre, a usted madre, le toca verificar qué clase de vago o vaga le ha tocado en suerte.

De todos modos, lo que quiero insinuar es que tanto la vagancia extrema como la productividad a ultranza requieren de límites.

Esto es lo que critica Unamuno en sus *Soliloquios y conversaciones*:

"El trabajo es una cosa muy santa y muy buena, pero... Pero una vez se lamentaba amargamente delante de mí, un padre de lo que sus hijos habían salido. 'Después de mis sacrificios por ellos...', decía. Y sus sacrificios habían consistido en amasar una fortuna desatendiendo a sus propios hijos. Se pasaba en el escritorio horas que debió haber pasado con ellos. Creía que su obligación paterna se cifraba en dejar una fortuna a sus hijos... Y es que muchos censuran a los que no se proponen un fin en la vida, y

ellos a su vez tampoco se proponen fin alguno, sino que trabajan por trabajar, por no aburrirse."

El ocio, el ocio creativo, ese vagar que se torna divagar, debe ser estimulado tanto como el trabajo.

Los padres dan el ejemplo en todo.

Si solamente trabajan, LES FALTA ALGO.

Si solamente holgazanean, seguramente les faltará todo.

Yo no produzco nada, yo consumo

Dicen que ésta es una sociedad de consumo. Unamuno se opone a esa idea. Es una sociedad de productividad, porque, justamente, no sabe consumir.

Consumir sería hacer un buen uso, y obtener gozo de lo producido por unos o por otros.

Consumir sería cosa de paladar, de gusto, de deleite, y eso depende del ocio.

Lo que llamamos consumo es compra y venta. Constantemente compramos y vendemos, alternativamente.

Al personaje de Unamuno le preguntan:

"— ¿Y usted qué produce?

"— Yo no produzco nada, yo consumo.

"— ¿Escribe usted?

"— No, yo no escribo, yo admiro a los que escriben bien; mi oficio es el de admirador..."

Eso nos falta, ¿ven? Aprender a ser admiradores. Admirar es captar la maravilla de una margarita, de un atardecer, del sabor de cierta cerveza en cierta tarde de verano, de tu rostro, de la existencia.

Admirar es consumir belleza. Donde estuviere. Y no es, hijo mío, que ésta se plantee como alternativa: o produces o admirás. No. Tú mismo debes alternar entre el trabajo productivo y la actitud de fruición, de disfrutar; admirar es disfrutar. Tú decides de qué, hacia qué, por qué. No necesitas compartirla con nadie, es lo más privativo tuyo, justamente.

Tuercas, imagínate a Chaplin en *Tiempos modernos*, producimos todos por igual. Pero contemplar una tuerca y admirarla, eso ya es cosa privada, sumamente privada, y cuanto más privado tanto más placentero.

La persona que arriba a momentos de felicidad seguramente diría en esos instantes:

— Mi oficio es el de admirador...

Qué es trabajo y qué es descanso

De Pío Baroja cuentan esta anécdota: Estaba el escritor sentado, una tarde de primavera, junto a

su ventana, apoyado el mentón sobre el puño derecho, y el codo en el alféizar, contemplando el vacío del aire azul.

Pasó un amigo y se detuvo a charlar con él.

— ¿Qué está haciendo, don Pío?

— Ya lo ve, trabajo... — respondió Baroja.

En otra ocasión el mismo protagonista se encontraba en el huerto de su casa limpiando la maleza que amenazaba a sus espléndidos rosales.

Pasó un vecino y le dijo:

— ¿Qué tal, don Pío, qué está haciendo?

— Ya lo ve, descanso...

Cómo hacer para tener status

Sabemos trabajar, pero no sabemos descansar. Por eso tenemos hijos tan desasosegados. ¿Y por qué trabajamos? ¿Para sobrevivir? Eso en primera instancia, y por apariencia. Pero a menudo, cuando ya sobrevivimos holgadamente, seguimos trabajando de sol a sol y huimos de cualquier auténtico descanso. ¿Por qué?

— ¡Por el status!

— ¡Esa es la finalidad de nuestra existencia!

— Status, ser superior, ser bien visto, ser mirado y admirado y envidiado.

— ¡Por eso nos desvivimos!

No se moleste en contarle a su hija. Ella se dio cuenta desde que se le cayó el chupete y no volvió a recogerlo.

Esa es la palabra clave, el ser y la esencia de nuestro devenir temporal, el sueño preferido de las noches de desvelo, STATUS.

¡Ay, qué no daría yo por un poco de status! De chico me decían que en la vida hay que tener cultura. Años después empecé a oír nuevas voces.

— ¿Cultura? No está mal, no — opinaban los expertos—. Pero lo importante es llegar a ser alguien.

— Y ¿cómo se llega a ser alguien? — pregunté yo en la plenitud de mi inocencia.

— Ganando mucha plata — me dijeron.

Después supe que el atesoramiento de dinero, en sí, no era una finalidad. Era tan sólo un medio para llegar a ser alguien. Es decir para obtener status.

¿Qué es el status? Es una palabra latina que no figura en las obras completas de Virgilio, según los estudios por mí realizados, pero que es capital en el mundo actual.

Significa la dignidad que te dan ciertos elementos en la existencia, como ser el lugar donde pasas tus vacaciones, el auto que tanto cuidas para que no tenga un rayón, la marca de la ropa que usas, el chalecito y el lugar donde está ubicado y el círculo de amigos con quienes te codeas.

Los que tienen status huyen constantemente de los que no lo tienen y que los persiguen. Porque el que tiene status tiene un lugar muy reservado en el universo, un apartado, por así decir, y lo caracteriza cierta finura como la pátina que caracteriza a ciertos cuadros de famosos museos.

Entonces huyen de los de abajo, pobrecitos, desesperados por alcanzar a los de arriba. Huyen a playas que nadie conoce, pero que los fotógrafos de revistas especializadas conocen.

Para disimular viajan en autos del año 30, para pasar inadvertidos. Se ajustan unos jeans desvencijados, pero entre ellos, entre los del mismo status, saben reconocer la calidad y la distinción de esa indumentaria.

En fin, yo me resigné. Nunca tendré status. Tendré libros, esposa, hijos, playas, montañas y hasta jugaré al golf algún día, porque me lo tengo prometido, pero... Sospecho que el status, a medida que yo me le acerco, me rehúye.

De todos modos, si no alcanzo a entrar en la primera, digo yo, entremos en la segunda o, en fin, en la tercera... Ya estoy usando prendas de Cacharel, corbatas con diseños búlgaros y zapatillas de onda.

¿Se acuerdan de *Ricardo III*, de Shakespeare? Famosa es la escena en la que el rey está combatiendo contra sus enemigos y pierde su caballo y, entonces, desesperado grita:

- Un caballo, un caballo, imi reino por un caballo! Un humorista llamado Scholem Aleijem decía:
- Hay que empeñar todo lo que uno tiene, hipotecar todas las propiedades, itodo para llegar a ser rico!
- ¡Mi reino por una parcela de status!
- Venderlo todo, empeñarlo todo, hipotecarlo todo, mi biblioteca, mis discos, mis reproducciones de Rembrandt, para llegar a tener un pedacito de status.

iLa gente es capaz de sacrificar su vida, para tener un poco de satisfacción en la vida!

¿A quién, a qué persona bien nacida, bien educada y bien pensada, no le gustaría vivir en un chalet, con jardín y sobre todo con jardinero, más la correspondiente piscina, el huerto y al final el asador donde los huéspedes se servirán, directamente, las achuras?

Entre estos delirios y quimeras se crían nuestros hijos, a quienes damos todo lo que podemos dar, pero también les damos este sueño fanático de status y de falsos valores, en definitiva.

No porque yo me oponga al bienestar, a la riqueza, al prado verde, a la piscina con olor a asado. Al contrario, siempre busco amigos que dispongan de todos esos bienes. Mis amigos, en principio, todos tienen auto. Y teléfono celular, por supuesto.

Sería necio despreciar las hermosuras de la existencia. Pero también digo que es mucho más

necio que te mates por alcanzar ese ideal. No es un ideal. Puede ser un objetivo, pero no un ideal.

Marbella seguramente ha de ser fascinante, pero es un medio para mi enriquecimiento, no es un fin. Porque, te cuento: cada vez que voy a Marbella, a la playa nudista, me despojo de todo, pero sólo de mí mismo soy incapaz de despojarme.

El drama es que adonde uno vaya siempre se lleva a sí mismo. Si uno pudiera dejarse en casa sería otra cosa. Pero no puede. Se lleva a cuestas adonde vaya, al Kilimanjaro o a Saint Martin.

El ser es interior. El exterior puede ayudar a pasar el rato, a divertirse, pero no te modifica.

Ahora, si estás bien y vas a un hermoso lugar, a un hotel cinco estrellas, y te regalas con cielo y mar, o Alpes y *apfel-strudel*, estás realizando un buen plan de vida.

Todo lo exterior es medio, no es fin.

El fin soy yo, eres tú, hijo, hija. No confundamos medios con fines. No porque tengas las últimas zapatillas aparecidas en el mercado serás más veloz de mente, de sentimientos, de crecimiento. Son un adorno, y no satisfacen ninguna necesidad profunda. Ahora que ya lo sabes, toma la plata y cómpralas...

En eso consiste justamente la crisis contemporánea de la que tan a menudo se habla. En que sólo hay medios, zapatillas, aparatos, costas, montañas, esquíes, surf y modelos susurrantes. ¿Estamos para eso?

Yo soy yo y mis marcas famosas

Hay una extraña novela de los últimos tiempos, *American Psycho* se llama, sacudida de crímenes motivados por el sadismo del aburrimiento, pero que tiene la genialidad de construir a todos sus personajes a base de las marcas de las prendas que usan, de los nombres famosos de los lugares que visitan, de los restaurantes donde se alimentan, y así en todos los aspectos de la vida son ellos y sus marcas, los ilustres nombres que la sociedad de consumo consagra como los dioses de la actualidad.

La superioridad o inferioridad del status depende de esos dioses.

Les leo un párrafo sugestivo:

"Los tres, Todd Hamlin, George Reeves y yo, estamos sentados en el Harry's, y son poco más de las seis. Hamlin lleva un traje de Lubiam, una camisa a rayas y cuello largo muy bonita de Burberry, una corbata de seda de Resikeio y un cinturón de Ralph Lauren. Reeves lleva un traje cruzado de seis botones de Christian Dior, una camisa de algodón, una corbata estampada de Claiborne, zapatos perforados con cordones de Alien Edmonds, un pañuelo de algodón en el bolsillo, probablemente de Brooks Brothers; unas gafas de sol de Lafont Paris... Yo llevo un traje de franela a rayas... todo de Patrick Aubert, una corbata de seda con lunares de Bill Glass".

Si se les quita todo eso que lucen, gastan, enfundan, sería como abrir una cebolla capa por capa. Al final, en el fondo, no hay nada.

Es el peligro de los que viven por y para el status. Cuando la nada sobrenada, aparece la angustia. Y luego hay que calmarla...

Nosotros y nuestros hijos nos criamos entre marcas, nombres, diosecillos que requieren constantemente ofrendas en sus altares.

Lo sé, no lo podemos evitar. No nos iremos del mundo. Ni tenemos las alas de Ícaro ni otras para escapar del laberinto.

El tema es que uno se diga:

— ¡Hasta aquí! ¡Este es el límite! ¡En esto me someto, en aquello no!

Practica tú, colega madre, colega padre, los límites, y verás que tus hijos aprenderán a ejercer el sentido crítico.

Si no podemos modificar el mundo, ejercitemos la capacidad de enfrentarlo racionalmente tomando de él, como las abejas de las flores, aquello que nos da miel, y prescindiendo — paulatina, progresiva, lentamente, todo aprendizaje es lento, duro— de lo superfluo y falso.

Largo e intenso camino, lo sé, ipero vale la pena!

Capítulo Cuatro

La empinada subida hacia uno mismo

Maxi habla por teléfono

Maxi habla por teléfono. Tiene entre quince y diecisiete años. Está contento. Se sienta en la silla, tira la espalda para atrás, mira el techo, mientras cuelga los pies sobre la repisa donde está el teléfono, que está dentro de un mueble que es biblioteca.

Mamá le dice:

— Bajá los pies de los libros.

Maxi no la oye, no la ve.

Mamá le pega un grito:

— ¡Bajá los pies de los libros!

Maxi tapa el tubo emisor del teléfono y le dice a la mamá con tono cariñoso:

— Tómatelas, vieja, que estoy hablando con Teresita.

La mamá, antes de tomárselas, le da un golpecito a los borceguíes, número 43, para que se caigan de la biblioteca.

Maxi no registra. Maxi habla con Teresita y su voz alegre, llena de vida y enjundia, se oye en todo el edificio y es un reguero de regocijo para toda la humanidad.

Aparece un señor en pijama y le dice:

— Bajá la voz, Maxi, que el barrio no quiere enterarse de tus intimidades.

Maxi no toma nota de que le están hablando, está muy ensimismado. El señor tiene un registro de bajo profundo, y ensayando la mejor de sus posibilidades operísticas le repite la frase, pero esta vez ya con el dramatismo y la coloratura de un fragmento de Verdi:

— Maxi, la voz, bájala, ¿me oíste?

Maxi tapa el tubo, nuevamente se incorpora y replica dulcemente y en términos apenas audibles:

— Pero viejo, es Tere, ya sabés.

— Maxi, si seguís gritando, sigo gritando yo también, ya sabés.

— Es que, papá, yo soy así, yo hablo así.

— Lo único que te digo es que si gritás yo te sigo gritando.

Maxi lo mira y evalúa la opción de volver a afirmar su personalidad y su derecho a ser como es y

a gritar como grita ya que, al parecer, gritar es esencia de su personalidad y no puede eludirlo, es más fuerte que él. Pero Maxi conoce al viejo y sabe que esa voz de Chaplin aplicada a ese diálogo acaramelado que está manteniendo con la Tere puede arruinarle el levante, y decide regular los decibeles para abajo.

El edificio, el barrio, se levanta y aplaude. La mamá pasa, minutos más tarde u horas más tarde, y automáticamente le baja los borceguíes de la biblioteca.

Del otro lado del tubo Teresa, ¿qué hará? ¿Dónde tendrá apoyados los pies?

Yo soy así

— Yo soy así — dice Maxi.

Lo aprendió de la sociedad. Nadie dice nada propio, en principio. Siempre se repiten frases hechas, sentimientos hechos, reacciones hechas, gritos hechos, rebeldías hechas, insultos hechos, caricias hechas. Así estamos hechos, para aprendizajes de rutinas.

Maxi grita porque hay que gritar. Así hablan todos, así habla él. Es para garantizar la comunicación, que el otro oiga. El otro oye pero no escucha, y es en vano que le griten.

Pero la cultura del grito, de los decibeles en las alturas, está establecida. Es un valor.

Maxi cree que grita porque él quiere gritar. Y luego, cuando se le reprocha que sea tan dadivoso y que entregue su voz no solamente a su amada Teresa sino a todo el universo, se encrespa, se enoja, porque — dice Maxi— esa es su voz.

— Yo soy así, yo hablo así.

Maxi no tiene patente registrada sobre el yo soy ASI... Lo aprendió. Quizá de sus padres, de sus vecinos, de la tele, de la calle, de todos juntos.

Siempre, en algún momento, alguien se aparece con la legitimación:

Yo soy así... Lo lamento, pero no puedo evitarlo, soy así...

Como la famosísima fábula del escorpión que quería cruzar un río y le pidió a un sapo que lo llevara a cuestas y que le pagaría luego por el transporte.

El sapo le dijo:

— No puedo llevarte porque me vas a picar con tu veneno, y me matarás.

— No lo haré, te lo prometo, porque si te pico y te mato me hundo en el río, y entonces ¿qué gano?

El sapo se dejó convencer. Cargó con el escorpión y, en el medio del río, el otro lo picó.

El sapo le dice:

— Prometiste no hacerlo, ¿estás loco?

— Sí, pero no puedo con mi naturaleza, yo soy así...

Y se hunden los dos.

El escorpión, la naturaleza y el hombre

El escorpión es naturaleza, no puede realmente evitarlo, es más fuerte que él, lo domina, él es ese impulso, y lo demás es cuento.

El hombre se diferencia de sapos y escorpiones en que, como lo vimos anteriormente, es capaz de establecer sobre su natural naturaleza otra que no es natura, sino nurtura, la nurse de la cultura que lo educa y le establece límites, costumbres, modalidades de conducta.

La voz es naturaleza, por cierto. Algunos nacen soprano, otros tenores, otros bajos. Otros con voz para cantar, otros con voz para silbar bajito. Misterios de las cuerdas vocales.

El hombre no es naturaleza, es lo que él hace con su naturaleza.

La voz se modula. Y si alguien es dominado por su voz, será persona humana en cuanto logre dominarla a ella. Ni se habla bajo ni se grita por naturaleza, sino por educación.

— Lo dicho para la voz vale, hijo mío, para todas las conductas humanas. No tolero este YO SOY ASÍ que está inundando las calles y autorizando cualquier barbaridad.

Unos son violentos, y te llevan por delante porque son así.

Los otros te gritan, te insultan y dicen perdón, pero yo soy así.

Otros pican como escorpiones y luego bajan la vista culpables y admiten que son así.

Ni quiero que me pidan perdón, ni admito disculpas, ni mucho menos tolero y justifico que nadie sea así.

Y lo dicho vale para todas las edades, y para toda la sociedad.

Ese derecho fácil y mentiroso de YO SOY ASÍ es *barbarie*, para usar el lenguaje de Sarmiento.

Civilización no es ser así ni así, sino lo que corresponde ser y lo que debe ser.

Sea文明izado, por favor

Enseñaba Ortega y Gasset:

"¡Trámites, normas, cortesía, usos intermediarios, justicia, razón!

"¿Quién vino a inventar todo esto, crear tanta complicación?

"Se trata con todo ello de hacer posible la ciudad, la comunidad, la convivencia...

"Civilización es, antes que nada, voluntad de convivencia.

En esa voluntad de convivencia el yo soy así debe encuadrarse en el nosotros somos así y

queremos vivir así y no de otra forma, y tienes que adaptarte, al menos en lo exterior, en lo más superficial, a ese ser así de los demás, de la convención social.

Eso significa ser civilizado. Es decir ciudadano, hombre que comparte su ciudad, su territorio, con otra gente.

Las naciones más avanzadas, extrañamente, muy rebeldes y revolucionarias en miles de aspectos, conservan, sin embargo, el orden de las costumbres, del respeto por lo otro, ese fundamento de la civilización que consiste en no ser así, en ser como se debe ser.

— ¡Ser como la gente!

Así me decían cuando era chico y ahora entiendo qué es eso de "como la gente".

Xavier Rupert de Ventos se pregunta: ¿cómo es que justamente Inglaterra y Japón han llevado más lejos la etiqueta y el formalismo social?

Y a continuación contesta:

"Al borde siempre del conflicto, la cortesía y el deporte les han permitido durante mucho tiempo proteger a la sociedad civil de los hábitos predáticos adquiridos y ejercidos en el mercado libre o en la expansión colonial. Y la alternativa a esta ritualización social o codificación deportiva de la conducta competitiva la conocemos demasiado bien: la alternativa de la buena educación es el eficaz adoctrinamiento, como la alternativa del deporte es la marcha militar."

En qué nos superan los animales

Suena algo degradante pensar que los animales son superiores a nosotros, pero lo son. Por lo menos, lo son en ciertos aspectos donde les funciona el instinto que regula las relaciones entre ellos. Ese instinto, como tantos otros, en la evolución el ser humano lo ha perdido.

Por eso que pensamos, porque no obramos por instinto. Por eso debemos pensar.

Konrad Lorenz, estudió de las conductas, cuenta que en los animales hay mecanismos innatos de autorregulación o inhibición en los ataques y defensas, entre los individuos de la misma grey o manada. Por ejemplo, cuando dos lobos se enfrentan agresivamente, el más débil muestra al más fuerte su cuello, símbolo de sometimiento, pero en el otro se desconecta biológicamente la tendencia natural a morderlo. De otro modo la manada se autoexterminaría.

Al respecto comenta el sociólogo Norbert Elias, en un reportaje:

"Entre los seres humanos no existen tales mecanismos innatos de autorregulación. Venimos al mundo con instintos salvajes y no limitados. Si nos hicieramos adultos en el estado de unos niños gritones, no habría sociedad, no habría seres humanos. Debemos habituarnos a los modelos de limitación de los instintos, al control de los instintos."

¿Escucharon? Limitación de los instintos, control. Eso nos hace humanos. No la libre expresión, como muchos creen, el ser así como uno es. Eso es libre ser nadie. Nadie es como es. Los que gritan se educaron en el grito, y los que hablan en voz baja así se educaron. No hay genes para gritar o para moderar la voz.

La voz en principio es natural, y luego hay gente que se hace soprano, barítono, a través del control, justamente, de la educación.

— No sos así, Maxi, de ninguna manera. Te haces así. No hagas pasar por naturaleza lo que es capricho personal tuyo y total falta de respeto por los demás. Estás maleducado, como decía mi abuelito. Y tenes que reeducarte si pretendes vivir en el mundo no sólo con Tere y por un rato, hablando por teléfono.

Somos cultura, somos educación, y somos *lo* que hacemos a través de esa cultura y de esa educación con nuestra voz, con nuestra sed, con nuestro sexo, con nuestras sensaciones.

Educación. Por eso vamos a la escuela. No para aprender matemáticas. Menos hoy que todo el mundo dispone de maquinitas calculadoras. Y sin embargo la escuela es aún necesaria. ¿Para qué?

Responde Norbert Elias:

"¿Y qué es una escuela? Un niño de seis años no tiene en absoluto el impulso de sentarse en un pupitre y escuchar, luego, sin moverse, al maestro..."

Le pregunta un alumno a Elias:

¿Cuál es entonces el curso que sigue el proceso de civilización?

"Tiene dos sentidos. Hay avances y hay retrocesos. Los impulsos civilizatorios van acompañados de impulsos regresivos en el proceso de civilización. El problema consiste en saber en qué medida una de las dos direcciones resulta dominante."

Otra pregunta:

¿Es el hombre actualmente más libre?

Replica el maestro:

"Ningún hombre es libre. Libre es lo que suena tan bonito cuando se realizan elecciones... ¿Pero qué significa libertad para un empresario?"

"En el mejor de los casos que el Estado no lo moleste demasiado. Pero eso no quiere decir que se encuentre libre de restricción, por ejemplo, de la competencia."

— Ya sabes, hijo, lo dice Norbert Elias, un hombre pensante.

En las elecciones exteriores, de gobernantes, eres libre. Pero aun entonces dentro de un sistema que te impone pautas, reglas, figuras. Las otras elecciones son las más arduas, las interiores, las privadas. Ahí puedes ser libre, pero siempre entre límites, siempre entre dependencias, siempre...

No es para ponerse triste. Lo genial es que a pesar de tantas restricciones, límites, emergencias, encuadramientos y órdenes, isomos libres!

La persona y el personaje

En el mundo del teatro el término *rol* equivale a lo que nosotros llamamos papel.

Uno está para interpretar un papel. Te dan el libreto, lo que tienes que decir, lo que tienes que sentir, lo que tienes que expresar y te indican cómo hacerlo, con qué tono y en qué forma, con qué gestos y todo lo demás que corresponde a esa escena en ese escenario.

Hay papel dentro de una obra de teatro, es decir dentro de una totalidad. En la obra hay muchos personajes, *no estás solo*. Hay otros, eso es teatro, por eso hay teatro, porque somos varios en la misma escena y a cada uno le toca otro rol, otro papel.

En la antigüedad estaba establecido quiénes participaban: el rey, la reina, el bufón, los soldados, los hijos de los reyes, el pueblo. Carácteres dramáticos, caracteres cómicos. Obras para llorar, momentos para reír.

Y cada uno tiene su papel, porque otros tienen su papel, y el papel de uno se combina con el del otro, aunque ambos tengan que hacer, imaginemos, de enemigos.

Hay una manera de hablar que es del rey, y otra que es del plebeyo.

Eso implica una manera de vestir, una manera de estar en la escena.

Cuando entras dentro del papel te pones al servicio del papel. El papel está predeterminado.

Más en la antigüedad: en tiempos de los romanos, al papel o rol le decían persona. *Persona* era una máscara. Famosas son las máscaras, las dos carátulas, la de la tragedia que llora y la de la comedia que ríe, una junto a la otra, como un rostro desgajado en dos facetas.

El actor se ponía la máscara y el público, al ver la máscara, sabía qué rol iba a interpretar el actor.

La máscara es fija, el rostro del actor es móvil, detrás, debajo de la máscara, cambiante. Hoy usa una máscara, mañana otra, hoy es rey, mañana es esclavo del rey; hoy debe llorar, mañana debe reírse a carcajadas.

La máscara es el rol.

Se llama persona, en latín, porque la voz del actor suena a través de la máscara. *Per-sonare*, para sonar. El sonido de la voz también marcaba el rol, el papel, el tipo humano que se representaba.

Claro está que en cada obra teatral es otro el rey, es otro su problema, es otra su vida, y todo eso se modifica. Lo que no se modifica es su rol, es decir su postura.

El rey es el rey, actúa como rey, habla como rey, camina como rey, y siempre tiene esclavos, servidores, que se humillan delante de él, y gente que lo respeta y se arrodilla ante él.

Cada rey es distinto en los contenidos de la vida de otro rey, y cada esclavo es diferente de otro esclavo de otra obra, porque le pasan otras cosas, pero el rol de rey, el rol de esclavo es idéntico y está predeterminado.

Uno actúa el rol, se mete en él, y habla en concordancia. De ahí viene la palabra personaje. Es decir, el hombre que calza una máscara, una persona. El personaje es alguien, representa a alguien, se mueve en consonancia con lo que el papel exige de él, de ese tipo de personaje que él encarna: padre, hijo, hermano, rey, soldado, portero, médico.

El individuo y la persona

En la facultad aprendí con el gran pensador argentino Francisco Romero qué es la persona. Me enseñó que todos somos individuos, pero no todos somos, o no de la misma manera, personas.

Cuando decimos: todos los hombres son iguales, nos referimos a los individuos. Las personas, en

cambio, son todas diferentes.

Veamos en qué se distingue el individuo de la persona.

El individuo es el ser físico, psíquico, biológico, eso que nace y se desarrolla con sus instintos, tendencias, necesidades. El individuo es egoísta, busca satisfacer sus apetencias, sus gustos, sus tendencias.

Si tiene hambre, quiere comer. Si le gusta el fútbol, quiere ir a la cancha. A toda costa. Quiere hacer lo que quiere, lo que le viene en ganas.

Si quiere hacer el amor, quiere hacer el amor.

La persona es el individuo, pero que se impone una máscara, según vimos. ¿Qué significa esa máscara? Es el deber ser. La persona tiene deberes. Es el mismo individuo que describimos antes, pero que mide su querer, su ansiedad, sus ganas, con las varas del deber, de lo que le conviene como ser que vive con otros, las medidas de algo más que él mismo y sus deseos. Entonces coteja sus deseos con sus deberes, y procura que los unos ingresen dentro de los otros.

Uno tiene un apetito feroz y se sienta a comer con otros. Procura satisfacer su apetito y dejar que haya comida también para los demás. Cumple con su necesidad, pero no a costa de otros, sino con los otros.

¿Por qué?

Porque la persona no actúa espontáneamente. Eso es importante decirlo hoy, en el siglo en que tan de moda se puso la espontaneidad.

Sé espontáneo, decí lo que pensás, hace lo que quieras, exprésate cuanto quieras. Eso ni es bueno ni significa libertad. Es simplemente barbarie.

El hombre es hombre justamente cuando hace algo que es lo que quiere dentro de los marcos de lo que debe.

Esa es la dignidad de la persona.

Nos comunican nuestros reciprocos deberes

La mesa que compartimos representa para todos nosotros una serie de deberes, de comportamientos debidos, de relación entre los unos y los otros.

Eso es lo que nos comunica, los deberes en esa mesa, y no el apetito que cada uno pueda tener o sus gustos individuales frente a las diversas comidas.

En lo individual, dentro de lo personal, cada uno ejerce su derecho a elegir. Puedes no salir a la calle, pero si sales a la calle, es el individuo que sale investido de persona, es decir de respeto hacia los demás, de cumplimiento de normas de tránsito, de deberes.

Una vez cumplidos esos deberes, te reservas para ti mismo tus gustos, tus opiniones; como en la mesa, puedes comer o dejar de comer, repetir un plato o desdeñarlo.

El individuo — enseñaba Romero— se guía por sus impulsos. La persona toma los impulsos y los domina y los somete a reglas universales.

Estamos hablando, por cierto, de la ética.

Ejercicios musicales

La persona es el individuo en cumplimiento de la ética. Y la ética es la vida con los otros, respetados en calidad de otros, en ellos mismos, y no en cuanto objetos destinados a mi uso.

— Oír música, hijo mío, es un derecho inalienable tuyo. Eso en calidad de individuo. En calidad de persona sabrás limitar esa música únicamente para tus oídos y que los demás no sean felices a la fuerza por ordenamiento tuyo.

No fuerces a la gente a ser feliz con tu felicidad. Ese altruismo — ¿ves? — más vale que lo reprimas.

Los otros existen y déjalos que escuchen la música que quieran y cuando quieran. Empezando por nosotros, los que vivimos juntos en esta casa.

Como individuo eres tú mismo, pero te quedas reducido a ti mismo y a tu soledad existencial.

Un individuo quiere lo suyo. Cada uno quiere lo suyo. Y lo suyo no es lo del otro. En consecuencia cada uno está enclaustrado en la soledad de sus deseos tan particulares, tan incompatibles.

Hablar — iqué descubrimiento! — se habla con otro

La persona es la que se comunica. Porque obra o, por así decirlo, sintoniza una onda que no es ni mía ni tuya sino nuestra, de la humanidad, de nuestros valores en común.

Para comunicarnos necesitamos tener algo en común. Si tú comes paella y yo pollo deshuesado y sin piel, sólo puede comunicarnos la mesa que es en común, y las reglas en común que practiquemos en la mesa, empezando por el lenguaje que ni es mío ni es tuyo.

Si te pones a hablar en *slang*, en lunfardo o en algún código sumamente hermético, no le dices nada a nadie. Hablas solo. Mejor dicho no hablas, abres la boca y pronuncias sonidos.

Hablar se habla con otro, y para ello se requiere de algo común, una lengua en común, aunque en ella se practiquen ideas totalmente opuestas, diferentes y hasta hostiles.

El individuo quiere su provecho, su satisfacción. La persona no deja de ser individuo, insisto en este punto, es individuo ya que nadie puede dejar de serlo, pero en su comportamiento frente a los demás somete su egoísmo a requerimientos más altos, comunicativos.

Por un lado la persona sacrifica una parte de su individualidad, es cierto. Es el precio que paga por la comunicación con otros. De ese sacrificio puede derivar la felicidad.

El individuo, cuando logra su objetivo queda satisfecho. Pero sólo la persona puede llegar a ser feliz, a sentirse parte de algo superior a ella misma y encontrar ahí su mayor sosiego.

Repartamos la torta

Dice Francisco Romero en el libro que dedica al tema: "Se advierte bien que los individuos viven, tienen que vivir, por su ley misma, en perenne conflicto... Las esferas de acción de los individuos son secantes entre sí, la interferencia ocurre entre ellos necesariamente a cada paso."

En efecto, la ley del individuo, la ley del uno mismo y de soy así y así me gusta a mí y esa es mi verdad, es la ley de la guerra. Un individuo descarta a otro individuo. Si quieres toda la comida para ti entras en rivalidad conmigo, que quiero toda la comida para mí.

Un hombre, un hijo y un burro

En el folklore de los beduinos se cuenta la siguiente historia:

Un hombre, su hijo y un burro iban por el desierto. El hombre montaba el burro y el niño caminaba a su lado

Pasó por ahí un hombre, se detuvo a mirarlos y dijo:

— ¿No te da vergüenza? ¿Tú, todo un hombre, sobre el burro, y el pobre niño, a su edad, caminando?

¿Qué hizo el padre? Se bajó del burro y puso sobre él a su hijo. Así deambulaban por el desierto.

Pasó por ahí otro señor que se detuvo a contemplarlos y dijo:

— Chico sin piedad. ¿Tú eres joven y lleno de fuerzas, y permites que tu padre vaya caminando, mientras tú cómodamente montas el burro? Vergüenza debería darte.

¿Qué hicieron? Caminaron los dos, uno de cada lado, junto al burro.

Pasó un tercer viajero y viendo esa escena se lanzó a reír.

— Fíjense qué espectáculo, ¡tres burros caminando uno junto a otro!

¿Qué hicieron? Tomaron al burro y lo cargaron sobre sus hombros, y así caminaron.

Las visibles raíces de nuestros conflictos

Este cuento, se me ocurre, pinta bien el origen de los conflictos. Cada uno opina de manera distinta, y no hay manera de satisfacer a nadie.

Viajamos en el auto. A mamá le molesta el sol. A mí me encanta el sol. El nene requiere del sol para leer su historieta.

Cada uno reacciona, en el ejemplo dado, como individuo, fiel a sus necesidades o molestias. Eso puede generar un conflicto. Un conflicto que sólo será superado si alguien renuncia a su impulso individual.

¿Y cómo puede resolverse un conflicto? Apelando a principios que no responden a tus intereses ni a los míos, sino a los de la humanidad y sus valores éticos.

En este caso la ética, que es personal, es decir supraindividual, de las personas y no de los individuos, la ética ordena que mamá, la que más dañada puede resultar si dejamos entrar el sol, sea la respetada.

La salud del campo y el otro que tiene alergia

Quiero que se entienda: no es que nos sometemos a mamá; nos sometemos a la ética que mide bienes y males, y mamá puede ser la mayor damnificada mientras nosotros, por nuestra parte, podemos sin mayor esfuerzo sacrificar nuestros deseos de sol.

— No quiero estar sentado a la mesa — dice el pequeño, ansioso por ir a ver sus dibujos animados.

— Sin embargo debes quedarte con nosotros — indica el padre.

— ¿Por qué? Yo prefiero ver dibujos animados. Me aburro en la mesa.

— La mesa no es para divertirse, es la ocasión de estar juntos y de hablar o de callarse, pero nosotros gustamos de compartirla. Los dibujitos animados los verás en otro momento.

Este diálogo es posible si tenemos en claro qué es válido y necesario para todos, lo que nos une y liga, el valor de lo compartido, y que es privado y particular: la libertad y el gusto de ver dibujos animados o de colgarse de la rama de un árbol.

El mundo de la persona, el mundo de valores superiores, es el que sirve para dirimir conflictos entre mis gustos y tus preferencias. Lo inferior se sacrifica a lo superior.

Los dibujitos animados, es cierto, responden a tu libertad. Pero hay algo superior a ese impulso de libertad, y es nuestra convivencia y tu educación en y para la convivencia. El dice:

— Viajemos al campo, el aire libre, el césped, los árboles, todo eso es salud.

Ella responde:

— A mí me produce alergia.

¿Qué hacemos? ¿Tiramos una moneda? ¿Habrá de someterse la mujer alérgica a la idea de salud que tiene su esposo?

¿Usted cómo lo resolvería?

Otro test:

¿A veces no te dan ganas de gritar, de arrojar macetas, de abrir la boca y lanzar llamas, de tomar al nene y acercarlo a la ventana para ver si vuela?

Di la verdad.

También cuéntanos por qué no lo haces.

¿Cómo fue que se nos vino la crisis encima?

— ¿Qué pasó? — pregunta la gente.

— ¿Cuándo pasó, cómo pasó? — es el interrogante que atosiga.

— ¿Cómo fue que perdimos los lazos entre nosotros, nosotros los padres, los hombres, los vecinos, y luego los lazos con nuestros hijos, con los que vienen después de nosotros, que ahora están tan lejos de nosotros, como si vinieran de otro planeta y se dirigieran a otra constelación?

— ¿Qué pasó? ¿Cómo pasó?

Isaiah Berlin lo explica en términos bastante convincentes: Hubo un tiempo, que fue toda la historia pasada, en que la Verdad, Dios, el Ideal, la Vida, la Felicidad o como quieran denominarlo, dominaba. La gente creía que había un objetivo supremo y que debíamos luchar y aun, si fuera necesario, sacrificarnos por él.

Es cierto que hubo guerras intestinas entre las religiones, entre los partidos, y que hubo inquisiciones, guerras y matanzas, todo porque cada sector de la humanidad consideraba que él era el dueño de la Verdad, o del camino hacia la Verdad, que ha de ser única y de todos y para todos, y que los demás estaban equivocados, y por tanto debían ser exterminados.

Todos aspiraban a lo mismo, aunque por caminos muy diferentes y a veces mortíferamente enemigos.

Luego, comenta Berlín, surgió el Romanticismo. El mundo de la voluntad del Yo, del que no se somete a nadie, a nada, ni acepta autoridad alguna, sino que él impone su verdad.

Es el hombre rebelde que tanto entronizó la poesía de Byron. Es el diferente, el horrible monstruo Quasimodo de la novela de Víctor Hugo, el distinto. Horrible pero noble, con nobleza de sí mismo, por así decir. Es el marginado que, lejos de acomodarse al bienestar y al éxito, se conserva a sí mismo y a sus vocaciones aun cuando la vida le fuera en ello. Es el romántico que va contra la corriente. Es la voluntad que se afirma.

— Yo tengo dentro de mí la luz, el fuego, y quiero ejercerlos — dice el hombre romántico.

Es el mito de Prometeo.

¿Qué hizo Prometeo? Prometeo arranca el fuego a los dioses y lo lega a los hombres. Es castigado por ese motivo. Lo atan a una roca y allí un buitre, diariamente, le come el hígado, que vuelve a crecer, y así se repite esa escena eternamente.

En Prometeo se juntan la creación y el sufrimiento, el precio que se paga. Es la vanidad de ir más allá de los propios límites la que produce el progreso, pero también, al costado, los sufrimientos que la acompañan.

Del mismo modo en los románticos, el yo es enaltecido y encendido por el fuego de modelar todo un mundo, con una energía de gigante, y con una sensación de ser dios o de estar envuelto de un manto divino.

Mueren jóvenes, y ven en la muerte una suerte de arrebato de los dioses que los envidian.

No importa. Sólo importa vivir intensamente y quemarse en ese fuego de Prometeo, que da luz, la luz de sí mismo.

El yo enaltecido

Ese enaltecimiento del Yo, de su poder, de su ser divino o semidiós, lo expresa Hölderlin, el alemán, a comienzos del 1800 en su poema dedicado a Empédocles:

"¡Preguntad a ese joven! No os dé vergüenza.

De un alma nueva salen las más sabias palabras si le preguntáis con seriedad por cosas grandes."

Reléase y se verá cómo el joven ocupa el centro de la escena. Se preludian los grandes tiempos modernos, el culto al joven, al niño, al adolescente, porque en ellos ya está dado todo el fuego de la revolución, del cambio, del movimiento, hasta extinguirse — estaba de moda también el suicidio, para que no tuvieran que morir viejos— en la propia llama.

Dice el poeta que no se consulte más a los viejos, a los que atesoran experiencia, sino a los jóvenes, porque en ellos está el espíritu de la grandeza.

Esto de 1800 es un antípodo del culto y de la veneración del joven que tendrán como epicentro al siglo XX.

El joven, el hoy, consumirse y consumarse, el fuego, el éxtasis.

Después dice el poeta:

"La naturaleza divina se revela a menudo

divina a través de los hombres.

¡Dejad entonces que se quiebre el vaso

a fin de que no sirva ya para otro uso

y lo divino se convierta en obra humana!

Dejad morir a los felices, dejad que,

antes de que les pierda lo arbitrario, lo fútil,

lo afrentoso, los que son libres se inmolen con

amor a los dioses en la hora propicia."

Morir joven, antes de ser contaminado por la sociedad y todas sus rutinas, lo arbitrario, lo fútil, lo afrentoso, la moral de las buenas costumbres y otras morales.

El romántico es rebelde. Quiere que el mundo empiece y termine en él. Está enloquecido consigo mismo.

Ese es el origen del yo mismo que venimos a heredar nosotros y con el que no sabemos qué hacer.

Los de antes tenían contra qué luchar

Los románticos lo sabían. Ellos hacían literatura, poesía, música. No se dedicaban únicamente a pronunciar discursos acerca de sí mismo. Sabían hacerlo. Porque tenían contra qué luchar. Luchaban contra la tiranía, contra la desigualdad, contra las tradiciones esclavistas.

Ese yo mismo se erguía con el sentimiento de ser un delegado de Dios, un rayo de la corona del infinito, un gigante.

Querían, como luego lo dirá Nietzsche, una raza de gigantes. Ese ideal luego se fue difuminando, quedó el yo mismo, yo quiero, yo soy libre, yo hago lo que quiero, pero sin objetivo y sin objeto y sin responsabilidad.

Ellos anhelaron una raza de poetas.

El siglo XX no dio a luz ni poetas ni prosistas, sino individuos sueltos, con un ego grandote, pero sin contenido, porque no tienen contra qué luchar y por tanto carecen también de objetivo para luchar a favor de algo.

Scalabrini Ortiz había imaginado "el hombre que está solo y espera". Si está solo, pero espera, está bien, tiene algo por qué y para qué vivir. Pero si está solo y nada más que eso, porque no le cabe esperar, porque no sabe qué esperar, entonces no está solo, está desolado y tiritante de frío porque estar desolado es estar sin sol.

En este mismo orden de cosas escribió Beckett una obra de teatro que se llama *Esperando a Godot*. Algo así como esperando la nada, porque ese personaje, Godot, es el que nunca llega.

Otros dicen que Godot se refiere a Dios = God.

Primero el Yo soberbio lo pierde, considerándose dios él mismo luego lo busca, lo espera, lo necesita, al Dios Verdadero.

El principio del espejo

Antes regía el principio del espejo. Ese principio decía: hay un modelo de ser humano, un modelo de esposo, un modelo de hijo, un modelo de profesional, un modelo de artista, y tú, en cualquiera de las funciones que elijas en la vida, tienes que ajustarte al modelo que te corresponde.

El modelo es el espejo. Te miras en él, te cotejas con él, te corriges ante él.

El romanticismo derrumba los pedestales de los modelos. Ya no hay un modelo para hacer poesía ni para pintar ni para vivir ni para amar ni para cumplir con las reglas que los otros — los constructores del modelo — te imponen.

De ahora en adelante descubres que hay un fuego dentro de ti, una linterna que tiene que iluminar tu camino con la luz que salga de tu interior.

Es el endiosamiento del Yo. Yo soy el dueño de mi vida. Yo soy el dueño de mi verdad. Yo debo ser fiel a... mí mismo. La autofidelidad se ha vuelto la mayor de las fidelidades, y en muchos casos la única fidelidad practicable.

Di tu palabra y quiébrate luego, sugerían.

El que no reconoce a nadie en su existencia, fuera de sí mismo, sufre de la gran enfermedad del siglo, el narcisismo.

¿Se acuerdan de Narciso?

Narciso

Narciso era de Tespias. Era hijo de una ninfa, violada por un dios fluvial.

Liríope se llamaba ella.

Tiresias, el adivino, le dijo a Liríope:

— Narciso vivirá hasta ser muy viejo con tal que nunca se conozca a sí mismo.

Era muy hermoso y las mujeres se enamoraban de él. Desde joven él rechazaba a sus amantes, porque estaba orgulloso de su belleza.

Entre sus amantes estaba la ninfa Eco, que sólo podía usar su voz para repetir gritos ajenos, como castigo por otros atropellos cometidos contra los dioses.

Un día salió Narciso a cazar. Eco lo siguió, pero no era capaz de hablarle.

— ¿Está alguien por aquí? — preguntó Narciso.

— Aquí — repitió Eco.

— Ven.

— Ven — repitió Eco.

— ¿Por qué me eludes?

— ¿Por qué me eludes?

— ¡Unámonos aquí!

— ¡Unámonos aquí!

Entonces apareció Eco y corrió contentísima a acostarse con Narciso, pero él la rechazó con soberbia.

— Moriré antes de yacer contigo.

Ella suplicaba en vano. Él se fue y la abandonó; amantes varios fueron, murieron en el camino y clamaron venganza contra Narciso.

Artemis oyó la súplica e hizo que Narciso se enamorara pero que no pudiera consumar su amor. Llegó a un arroyo, claro como la plata, y cuando se tendió al costado, exhausto, se agachó para beber agua.

Vio su imagen, se enamoró de ella. Al principio trató de atrapar y de besar a ese muchacho divino que había allí, pero luego se reconoció a sí mismo y permaneció embelesado contemplándose en el agua.

¿Cómo podía soportar el hecho de poseer y no poseer al mismo tiempo? La aflicción lo destruía, pero se regocijaba en su tormento pues por lo menos sabía que su otro yo siempre le sería fiel.

Finalmente se mató y su sangre irrigó la tierra y de ella brotó la flor llamada narciso.

El hombre que sólo se ve a sí mismo

En sus últimas expresiones encontramos, en el romanticismo, esta idea de Nietzsche, que manifiesta la suprema soberbia y soledad del Yo, de este Creador que es Uno mismo, y que inclusive, para ser Uno mismo, desplaza a Dios de su sitial.

"Los filósofos del futuro — dice Nietzsche— no serán dogmáticos. A su orgullo, también a su gusto, tiene que repugnarles el que su verdad deba seguir siendo una verdad para cualquiera."

No es la benevolencia hacia los demás la que aquí lucha contra el dogmático, aquel que quiere imponer su opinión sobre todos los demás, no; es la actitud, al contrario, nada altruista sino totalmente egoísta, de que si es mi verdad, sólo la encontré yo, no sirve a nadie más que a mí, por tanto no tiene sentido que yo la quiera imponer o regalar a nadie.

Este es el yo supremo, pero al mismo tiempo solo. Glorioso, y por eso mismo totalmente reducido a sí mismo. Uno mismo y nadie más.

Después dice Nietzsche:

"Bueno ya no es bueno cuando el vecino toma esa palabra en su boca. ¿Y cómo podría existir el bien común? La expresión se contradice a sí misma: lo que puede ser común tiene siempre poco valor."

Si es común, no es bien. Si es bien, no es común. Solamente es bueno para mí. Si también es para ti, sugiere Nietzsche, uno de los dos anda equivocado, o uno piensa y el otro simplemente, automáticamente, lo imita.

Nietzsche es el expositor supremo del supremo yo, supremo en su individualidad, en su ser uno mismo y en no tener nada en común con los demás

¡No hay bien común!, dice Nietzsche. O bien o común. Usted elija.

Hoy descubrimos que esa exaltación del yo, del individuo, ha cortado los lazos y la comunicación posible con los demás.

Esta es la famosa crisis.

Sólo que, cabe agregar, gente como Nietzsche confiaba en que todos pensáramos cada cual por cuenta propia y cada uno a través de su propio bien llegara a comunicarse con los demás y a formar de esa manera una humanidad

Se equivocaron en el pronóstico. Fueron demasiado optimistas. Nos quedó el individualismo, pero el egoísta, no el pensante. Solos y sin conexión con los demás, por la crisis de la ausencia justamente de valores en común, que son los lazos comunicativos.

Hoy ya sabemos todos cómo ser cada uno, cómo ser uno mismo; lo que no sabemos es cómo ser nosotros mismos, como ser con el otro mismo. Para ello será necesario establecer lo común, un espacio de retracción del uno mismo a favor de un proyecto compartido, la vida.

Se hace camino al andar con otros

Los románticos creían que todos, todos, absolutamente todos, en todas las generaciones, vamos

hacia la verdad, la belleza, la justicia, el bien, pero que cada uno debe ejercer su propio camino.

Ahora quedó el propio camino. Pero no tiene adonde ir.

Lo que Machado decía, en "su caminante no hay camino, se hace camino al andar", es que mientras tú te encaminas hacia el norte te cruzas con otros caminos, y otros imprevistos y finalmente terminas haciendo un camino que no te proponías.

Es verdad. Pero para realizar ese camino que no te propones, tienes que proponerte un camino. La aventura del camino de Machado es posible, esa poesía y esa belleza de lo imprevisible, gracias a que caminas, y caminas gracias a que tienes adonde caminar, y ese adonde es válido en la medida en que lo compartes con otros.

Compartir es compartir reglas, límites. Ellos no son el cuadro, no son la pintura; son el barato marco gracias al cual la pintura puede tener consistencia y presencia. Barato, pero indispensable.

El drama del lobo estepario

Constantemente se habla de crisis. Otros dicen crisis de valores. ¿En qué consiste la famosa crisis? ¿Por qué si estamos tan bien a veces estamos tan mal?

Preguntas y más preguntas.

Se me ocurre que la respuesta la dio Hermann Hesse al comienzo de su novela *El Lobo Estepario*, publicada en 1927.

Él escribió:

"La vida humana se convierte en verdadero dolor, en verdadero infierno sólo allí donde dos épocas, dos culturas o religiones se entrecruzan."

Excelente planteo, a mi gusto. Somos una generación, mejor dicho un siglo de tránsito, entre el romanticismo enaltecedor del yo, derrumbador de muros, rebelde y feliz en su éxtasis de fuego, y una nueva era que se ha quedado con los despojos de ese Yo grandioso, que dice yo pero no se siente para nada grandioso, y que aún no ha llegado a construir el nuevo mundo que le corresponde.

Estamos, digo yo, con cuerpo de siglo XX y alma de siglo XVIII. De modo que representamos en escena un personaje que, como los rostros de Picasso, tiene tantas caras que no tiene ninguna.

Comemos a la mesa, o queremos hacerlo, con ceremonial y buen gusto de siglos pasados, y al día siguiente cada uno sale a correr enloquecido, solo, enchufado con aparatos en los oídos, en la espalda, y vaya a saber dónde más, a correr aeróbicamente y con teléfono celular en el bolsillo, para mejorar la calidad de vida.

El lobo estepario, justamente, es este individuo que es cada uno de nosotros, lleno de ternura por una parte y lleno de ansiedad devoradora por otra.

Ser lo que no somos, ser en contradicción, es ser en la fragmentación, ser en pedazos.

Los hijos crecen en este clima y heredan de nosotros esos mensajes contradictorios y la concomitante angustia.

Es tiempo de pensar, para modificar la vida. Hasta ahora nos hemos dedicado al discurso, al

análisis. Es tiempo de revisar la conducta.

En lugar de padres somos terapeutas

Del niño exigido, perseguido, presionado y reprimido de siglos pasados, se pasó al niño entendido, considerado, atendido en sus necesidades psíquicas tanto como en las físicas.

Luego se fue patinando lentamente a lo que yo denominé EL MIEDO A LOS HIJOS.

- No los toques que les haces moretones.
- Que no sufran.
- Que no se frustren.
- Que no vayan a caer en nuestros propios errores.
- ¿Y cómo sé yo que lo que hago por él, por ella, es bueno?
- ¿Cómo hacemos — se preguntaron los padres— para no cometer errores?

Lo mejor para no cometer errores, se sabe, es no hacer nada. Se empezó, por tanto, a hacer nada. Se borronearon los límites. Todo estaba permitido.

Si rompía sillones, era porque jugaba y se expresaba de esa manera. Si pateaba la mesa con la comida era porque quería llamar la atención de sus padres. Por ese mismo motivo lloraba como un loco. Por ese mismo motivo se pasaba largas horas sin llorar y sin decir palabra y sin molestar a los padres, para castigarlos.

Dejamos de ser padres, comenzamos a ser terapeutas de nuestros hijos, de los hijos del vecino, y a tener compasión por nosotros mismos.

Sobre todo mientras decíamos que los valores supremos eran la verdad, la espontaneidad, la libre expresión; todos debían expresarse libremente, menos nosotros los padres por... miedo.

Expresamos todo lo lindo, todo lo bello y florido y encantador. De los libros de texto y de los cuentos desaparecieron los relatos de hadas y otras historias donde aparecen personajes monstruosos, en los que se menciona la muerte, en los que hay escollos, caídas, muertes, heridas, además de amor, caricia y mariposas.

Alguien decidió que los niños bien criados han de criarse únicamente con mariposas, de papel, claro...

Las falsas dulzuras

Alguien sugirió que en casa los niños deben estar solamente para el placer y la dulzura, que los problemas de los padres se les oculten, a ver si se contaminan, si sufren, si se les graba alguna herida en el alma.

Entonces jugamos a la verdad parcial, y el resto lo arrojamos bajo la alfombra, que cada día crece más. En esa época fue que se puso de moda en los países del mundo, tanto los fríos como los nuestros, los tropicales y subtropicales, alfombrar de pared a pared, alfombrarlo todo. Para que los niños no

conocieran el color del piso ni de los mosaicos, y sobre todo la madera ajada y el mosaico roto.

Nada ajado, nada roto, todo lindo. Lindo el nene en un mundo lindo.

Apareció la nueva literatura infantil donde no pasa nada, donde los actores son buenos, virtuosos y encantadores, y siempre terminan tomando sol en algún país donde la capa de ozono no está agujereada.

La esperanza que deberíamos cultivar

Circunstancia, enseñaba Ortega, es nuestra segunda naturaleza. Es lo que te rodea. *Circum*, lo que está en torno. La vida es circo, aquella gran circunferencia que corresponde a la imagen del Coliseo romano, y tú estás a veces entre los espectadores, a veces entre los organizadores, y generalmente entre los actores, en el medio.

El circo, la circunferencia, es tu circunstancia. *Stantia*, las cosas que están en torno, y que más que cosas son gente, sociedad, determinaciones y limitaciones que vienen desde afuera.

En estos tiempos finiseculares más que nunca estamos tomando conciencia de la presión que el *circum* significa, la sociedad, la cultura, el Estado, y ni siquiera el *circum* inmediato, sino el gran circo del mundo que se ha vuelto una gran aldea intercomunicada, y todo influye en tu vida, lo que sucede en Thailandia y el crimen del niño ese de diez años perpetrado sobre otro, inglés como él, de dos años, y su ulterior crisis de llanto, cuando fue interrogado y preguntó cómo estaba la mamá del niño muerto, y dijo que lo lamentaba mucho.

Caos y confusión de valores son los reyes universales. Como en la magnífica película de Quentin Tarantino, *Tiempos violentos* (en inglés se llama *Pulp fiction*), llena de sangre y asesinos que por un lado profesan un total desconocimiento, una fría ausencia de moral frente a la vida del prójimo, y que por otra parte son fieles a la amistad, discuten temas filosóficos, y gustan de guardar buenas formas sociales como pedir "por favor", decir "gracias" y otros modales de gente bien educada. Uno de los protagonistas es acribillado a balazos por un necio que no sabe manejar la pistola, y como ninguna lo hiera, el señor ese entiende que fue un milagro de Dios, y decide abandonar el crimen y dedicarse a la religión.

Ese caballero, además, mientras mata revela una profunda cultura bíblica y recita versículos de Daniel o Ezequiel.

Tiempos convulsos, revueltos, la Biblia dentro del calefón, el calefón dentro del cerebro, el cerebro dentro de la nada.

Tiempos para resguardar el hogar, único refugio del pensamiento, del sentimiento, de los valores y de la diferencia entre el bien y el mal, lo superior y lo inferior. Tiempos de responsabilidad. Tú eres el espejo del mundo. El mundo es tu espejo. El mundo pequeño, pero el más grande es la familia.

Mis amigos se llenaban los bolsillos...

He aquí una breve historia de G. Schofman: "He visto a los pequeños muchachitos — y a mi hijo entre ellos— jugar y arrebatarse las nueces caídas por la tormenta, del gran nogal, que se halla frente a nuestra casa. Mis ojos siguen atentamente al mío: es un pésimo recolector. Cada vez que se abalanza sobre las nueces, alguien se le adelanta llevándose todo.

"Ya veo que volverá a casa con los bolsillos vacíos. Ha heredado de mí esta debilidad: en mi infancia, tampoco yo podía llevarme nada. Mientras mis amigos se llenaban los bolsillos, yo no

conseguía alzarme con nada.

"No está bien, no está nada bien. Es un mal índice para su lucha por la vida en el futuro. Mi única esperanza es que hasta que él crezca, el mundo se organice del tal manera que ya no haga falta arrebatar nada.

Es mi única esperanza."

No llores por las nueces perdidas...

Yo, hijos míos, tengo otra esperanza. Y no puede depender del mundo. El mundo tiene sus límites y no los podrás modificar. La sociedad de la competencia y del éxito produce frases de amor y solidaridad, pero son mentirosas.

Reconoce ante todo la mentira, hijo mío, de tantos mensajes bondadosos que terminan vendiéndote zapatillas. Luego fíjate en tu circunstancia, qué puedes hacer para mejorarlala, para superarla, para eludirla.

Esto que te diré no es esperanza, es también realidad:

No todos son iguales, hay muchos como yo y como tú, que no se matan por recoger el máximo posible de nueces, y sin embargo saben contentarse con menos, pero su riqueza consiste en otros valores que no se cotizan en el mercado.

Esperanza es esperarlos. Están. También ellos, como tú, existen. *No llores por las nueces perdidas. Alégrate con lo que tienes, y transfórmalo en tesoro.*

Capítulo Cinco

La felicidad y el éxito

El sueño más antiguo de la humanidad

Nosotros, además de querer vivir mejor, aspiramos a un sueño antiquísimo, tan viejo que da vergüenza pronunciarlo: la felicidad.

La felicidad es un fragmento de poesía que se vivencia — no necesariamente en libros ni en la cultura de las universidades ni en la de los sabios diplomados— en cualquier momento de la existencia cotidiana.

La felicidad, insisto, es un fragmento de cosa fresca y estimulante, ese algo que en un instante te hace pegar un salto y te transporta en un breve éxtasis más allá de todos tus problemas cotidianos y te hace sentir que ahí, en momentos como ése, exactamente ahí, está el sentido de la vida. Ese no sé qué, que decía Juan de la Cruz, repito, que se alcanza por ventura.

Es vida interior. Desde el interior se degusta, se saborea. Es cuando el saber se eclipsa y el sabor se impone.

El éxito es hacia afuera, hacia los otros, pero sin ellos. La felicidad es hacia adentro, gracias a los otros.

El éxito es convulsión y ansiedad, no descansa nunca, quiere más y más, es insaciable, tenso. La felicidad se mide por el grado de serenidad que produce, esa sensación de estar bien, de sentirse una buena parte de un buen mundo.

Estar bien. No es lo mismo que el bienestar. El bienestar ayuda, es elemento que proviene del éxito, del mundo exterior.

Del mundo exterior toma la hormiga su pesada carga y la conduce a su recinto privado. Ahí la disfruta.

Del interior al exterior, es el camino del aprendizaje. Del exterior al interior es el camino de la aplicación del aprendizaje, del placer, de la fruición.

No se oponen felicidad y éxito. Pero hay una tendencia en el mundo actual y hace que los padres fundamentalmente piensen en el éxito de sus hijos.

Tener hijos exitosos sería el éxito de los padres.

Hijo mío, colega mío:

— El éxito es herramienta, medio. El fin eres tú, tu vida medida con tus parámetros, no con los ojos de los otros. Los ojos tuyos dependiendo de los otros saben de envidia y competencia, de hostilidad y odio, de superar al otro, de crecer sobre sus escombros, de lucha. Colócale un límite al deseo de éxito, ponle un freno. Lo contrario es desenfreno, y vivirás únicamente hacia afuera, para la aprobación de los otros que son nadie, y te transformarás en nadie. ¡Límites, hijo, límites!

Descansa el séptimo día.

Tómate un día a la semana, al mes, para construir el templo del mundo interior, dentro de ti, dentro de tu casa, dentro de lo que hay en casa, esposa, hijos, padres, amigos, gente que no está para producir nada, salvo amor.

En el éxito te miden por lo que produces. *Homo faber*. En la felicidad te despojas de toda medición. Eres. Somos.

Entonces, dicen los creyentes, Dios está presente.

Cómo valorar y cómo evaluar a nuestros hijos

Sí, decimos felicidad, pero vivimos para el éxito. Y así educamos a nuestros hijos. Un aplazo en matemáticas, un logro en física, una medalla en gimnasia, son los que ocupan nuestra conciencia.

— ¿Cómo son sus relaciones humanas? ¿Cómo vive lo que vive?

Eso no se computa, no da notas, no produce diplomas y, en consecuencia, se nos escapa de la vista.

El mayor pecado es no haber sido feliz, según Jorge Luis Borges.

Nuestro mayor pecado, el de la pareja, el de los padres, es tener como única opción el éxito, la ganancia, el superar a otros, y no desarrollar paralelamente un mundo interior, el del sabor, el del sosiego que permite vernos los unos a los otros y valorarnos.

¿Sabes qué es valorar? Dar valor. A esa flor que escogiste, a esa flor que cultivaste, enseña el zorro al Principito, la haces valiosa, y en ese valor encuentras tu bien, tu dicha.

El éxito sólo conoce el valor del Mercado de Valores.

Debes distinguir, hijo mío, el límite que separa el valorar del evaluar. Se evalúa aquello que produce una utilidad, un servicio. En el colegio, en la universidad, se evalúa cuántos conocimientos tienes sobre la cantidad que debes tener. Porque colegio, universidad, sistema educativo, sociedad, todos están al servicio de la utilidad, del éxito.

Por eso evalúan el rendimiento de cada cual.

Por eso se dice "rendir examen".

Y es indispensable el éxito, el ser evaluado, el rendir bien, es parte de la vida práctica y de sus necesidades ligadas en última instancia a la subsistencia, casa, comida, salud, artefactos, confort.

No debes abstenerte de nada de ello. Tan sólo debes aprender a colocar límites. Tanto de mi vida le dedico al éxito y tanto otro le dedico, invierto en felicidad.

Entonces el otro ya no es alguien que sirve para algo, sino alguien que te es valioso meramente porque existe, y frente a él también te sientes valioso, no examinado, no rendidor, sino simplemente persona, humano, amor necesitado de amor.

Cuando eso se siente, cuando eso se logra se saborea la dicha, que es el sentido de la vida.

El éxito es medio. La vida, el sentido de la vida, hijo mío, ése es el fin. No desdeñes al primero. Pero

no te olvides del fin, te lo ruego.

La diferencia entre el vidrio normal y el espejo

Cuentan del Rabí de Dubno la siguiente historia: Llamó el maestro a un discípulo y lo colocó frente a la ventana y le dijo:

— ¿Qué ves?

— Veo la gente que pasa por la calle, las casas de enfrente, los carros, los caballos, el sol, las hojas volando al viento...

— Ahora ven que te mostraré otro vidrio.

Y le trajo un espejo.

— Mira y cuéntame qué ves.

Asombrado, el alumno miró y dijo:

— Veo mi propio rostro.

— ¿Sabes qué diferencia hay entre este y aquel vidrio?

— No, maestro.

— El de la ventana permite ver a los demás. Este, el espejo, es también un vidrio e impide ver a los otros. Te ves únicamente a ti mismo.

— ¿Y eso qué significa, maestro? — preguntó el alumno, que no captaba el mensaje en esa comparación tan obvia.

— Te diré lo que significa. Este vidrio, el espejo, se hace espejo cuando del otro lado se lo cubre de una sustancia relativa a la plata.

— ¿Entonces...?

— Lo que estás mirando, entonces, es la plata. Cuando la plata es el objetivo único de la mirada humana, se deja de ver a los demás y se ve tan sólo a uno mismo...

El éxito, bien lo sabemos, se traduce tarde o temprano en plata. Es lo que más queremos.

Por eso no nos vemos, por más que nos estemos viendo.

Cómo hacer de cada encuentro un significado

¿En qué consiste lo humano del hombre? En que es interior.

Todo lo existente es hacia afuera. Todo lo que vive está en absoluta dependencia del exterior, de la estimulación que le venga del mundo, del medio ambiente en que se encuentra.

También nosotros somos exteriores. Como exteriores vivimos, morimos, sentimos, nos

empapamos con la lluvia, nos quemamos con el sol, nos caemos por causa de la tormenta, nos alegramos, a veces, con algo bello que ven nuestros ojos, o la tersura de una piel que rozan nuestros dedos, o... la plata y lo que se puede comprar con la plata.

Todo eso nos ocurre. La vida nos ocurre. Es decir, nos sale al encuentro e influye en nosotros y determina nuestros pasos en más de una ocasión.

También encontrarte a ti, amor, amada, es algo de ese azaroso mundo exterior, del cual dependo, dependes. Sin embargo, nuestro encuentro fue encuentro no porque nos hayamos encontrado — valga la fatigosa redundancia— sino porque hicimos, cada uno por su lado y los dos juntos, de ese encuentro inesperado, imprevisto, un encuentro.

Quiero decir que para nosotros todo lo exterior es interior, se torna interior, o nada es.

Si paso al lado de una encina y nada sucede dentro de mí, no hubo encina. Si un niño alza la mano y busca la mía, y estoy ensimismado y no lo percibo, no hay niño, no hay yo frente al niño, no hay nada.

Todo en mí, ser humano, todo es interior. Eso es lo humano del ser humano, su interioridad, llámala como quieras, corazón, mente, psiquismo.

Yo le digo mundo interior. Es el único mundo que habitamos, no hay otro.

El mundo interior decide el sentido del mundo

En el Himalaya o a la vuelta de mi casa, siempre estoy conmigo y todo lo que me sale al paso; si es que lo capto y si es que influye en mí y tomo conciencia de su presencia, es porque ingresa dentro de mi procesadora interior. Por tanto, en calidad de interior es que existe, y por cierto que existe fuera de mí, ese árbol, ese niño, esa montaña, ese edificio, esa mujer, por cierto que son ajenos a mí, están afuera.

Pero — insisto— en cuanto se relacionan conmigo, la relación puede darse en el instante en que se me hacen interiores, recorren el mundo de mi interioridad y, como en la computadora, ahí se archivan, se acomodan, se clasifican, se ordenan.

Eso que hay ahí afuera — y no hago más que repetir la lección de los grandes filósofos— es simplemente ALGO.

Como decía Ortega y Gasset: "Yo jamás he visto un ser humano".

Tenía razón. No existe el hombre. Existe Juan Carlos, Pedro, Ramón, Graciela, Jaia.

¿Quién vio alguna vez al hombre? Nadie, nunca. Porque no existe. Hay sujetos, individuos, ALGOS con los que uno se encuentra en su paso y se tornan, en la relación, ALGUIENES.

Tú lo miras, tú lo ves, y claro que no tomas conciencia de la elaboración interior que haces de estas ocurrencias; lo ves y te dices es un hombre, es un gato, es una piedra, es un semáforo. Tú le pones la etiqueta.

Ahí hay algo y tú le pones la etiqueta. En consecuencia ese algo se vuelve gato, piedra, semáforo, hombre, porque tú le proyectas ese ser y lo haces ser, en su relación contigo, eso que es.

Tú, es decir, los focos, las usinas y las turbinas, y la sensibilidad de tu mundo interior, que es tu

experiencia, tu pasado, tu memoria, tu inteligencia, tu lógica, tu cultura, tus crianza, tu educación.

Mundo interior.

Ese es tu mundo, hermano ser humano. Donde estés, estás siempre dentro de ti. No es necesario que lo sepas; tampoco sabe el pez que está en el agua.

El amor no existe; tú lo inventas. El hijo no existe; existe "eso" nacido del vientre de una mujer. Llamala madre, llamarla padre, llamarlo hijo, es crear tres mundos dentro de un mundo.

No están afuera, los hijos, los seres queridos, están adentro, sumamente adentro, por eso placen tanto, por eso duelen tanto, por eso desesperan tanto, por eso son tan valiosos.

La música interior

La felicidad es el interior, la composición de interiores.

Sin plata. Sin intereses en juego. Sin éxito. Es decir, sin superioridades ni conquistas en diversos terrenos de la vida. El conquistador que es el hombre, la madre, el hijo, regresan a casa y se despojan de esa función que el éxito impone.

En casa tenemos que ser y no tener. Dejar a un lado las máscaras, los títulos, los instrumentos de dominación.

Ser.

La música interior.

Lejos del mundanal ruido.

Por ese lado han sido los sabios.

En el mundo de antaño, los sabios no eran los que sabían más sino los que sabían vivir. Ese saber nos falta. *Sabiduría de la vida*, título de uno de mis libros.

Sabemos ganar plata, cuidar plata, gastar plata, invertir plata. Hay que aprender el regreso, que es el retorno a casa, a uno mismo, a la música interior que debe ser cultivada por cada cual.

La felicidad siempre tiene rostro de poesía. No la que se escribe, la que se vive.

Homo poeticus.

Felicidad no es diversión

Felicidad es adentro, diversión es afuera. La gente al divertirse le dice SALIR.

— ¿Adonde salimos este fin de semana?

— ¿Salieron? ¿No? ¿Por qué, hubo algún problema?

Salir es salirse, huir de sí, perderse entre los otros, y eso es la diversión. Divertirse es verterse, verterse entre otros, dividirse, fragmentarse.

Salir es divertirse. Huir hacia los otros, hacia el ruido. La diversión se acompaña siempre de ruido, de gentío. Al menos esa es la idea que reina en la sociedad contemporánea.

Inclusive hay una especie de mandato de diversión. A veces los padres persiguen a sus hijos, a los introvertidos, a los callados, a los que gustan de la soledad, y los consideran desdichados porque un sábado a la noche se quedan en casa, no salen, y se regodean escuchando música, leyendo, o mirando el techo, o pensando, o fantaseando...

Es que la diversión es la reina suprema de esta sociedad que conoce sólo el afuera y nunca el adentro.

Una hija que no sale es vista como problemática.

— ¿Che, no le pasará algo a la nena? — pregunta la madre al padre.

— ¿Y si la llevamos a un psicólogo? — sugiere él, en su afán de sacar a la hija de ese estado que él considera de tristeza.

Y puede ser que la lleven y pueden ser que la traten, y puede ser que comiencen a hacer de ella un ser problemático. Pongan límites a la diversión, al prejuicio de la diversión, de que el que no se divierte no es normal.

Quizá se divierta más que usted. Quiero decir, tal vez no esté bailando, cantando, tirando cohetes y sonriendo todo el día, pero en su interior tenga mucho mundo, y abundante alegría, de esa que no estalla como música de altoparlante, pero que sin embargo suena. "La soledad sonora", decía el poeta español.

No, no se debe confundir alegría, o felicidad, o estar bien con diversión. La diversión tiene efectos sociales, exteriores, y como tal seguramente implica una cuota de salud.

Pero no es ley de Dios, es ley de sociedad. Y saber distinguir de dónde vienen nuestros valores, es el acto primordial de la autoeducación y de la educación de nuestros hijos.

Salir es ir hacia los otros, perderse entre ellos, cobijarse en el gran ruido, disfrutar del calorcito de estar con todos los demás. Nada más sano hay en ello. Pero eso solo no es vida. O termina siendo existencia vacía.

Al salir añádase el entrar. Entrar es recuperarse. El único ingreso que no produce ingresos. El ingreso, hacia adentro, del regreso, no hacia atrás sino hacia el punto de partida, yo, tú, nosotros, la casa, la familia, el hogar.

Cómo se busca y cómo se encuentra un tesoro

Erase un hombre — se narra en *Las mil y una noches* — que una noche soñó hermosas visiones. Esto soñó:

En un pueblo cercano, bajo un puente cuidado por un erguido gendarme, entre las piedras del río yacía un resplandeciente tesoro de piedras preciosas y riquísimas joyas.

El hombre despertó a la mañana, todo convulsionado, y con suma premura ensilló su caballo y cabalgó largos kilómetros, mañanas, tardes, noches, hasta arribar en cierto mediodía al pueblo de su sueño.

Siguió y encontró el puente. Era tal cual lo había visto en el sueño. Estaba el gendarme, el mismo, con su bigote, su gorra de visera, orgulloso, erguido. Se acercó. Abajo fluía el arroyo. Se bajó del caballo. Se acercó a mirar.

El gendarme lo detuvo.

— ¿Qué haces, quién eres?

— Soy un humilde panadero y vengo de un pueblo vecino.

— Para qué vienes.

— Es que... — titubeó y tuvo miedo el forastero— es que...

— Habla de una vez.

— Es que... te diré la verdad. Soñé que en este pueblo, bajo este puente, había un grandioso tesoro de piedras preciosas y joyas varias.

El gendarme lo miró con atención.

— Te diré algo — respondió el gendarme—. También yo tuve noches atrás un sueño como el tuyo. Te vi a ti tal cual, en el sueño, con esa misma facha que tienes. Vi tu casa, vi tu cama y de pronto bajo tu cama vi ese tesoro que tú mencionas.

El panadero se quedó petrificado. Besó al gendarme, montó su caballo y con urgencia regresó a su casa. No alcanzó a abrir la puerta, la derribó.

Corriendo fue a su cama, la levantó y sí, allí estaba el tesoro.

El mensaje es elemental, y hay que recordarlo, realimentarlo: *Sí hay algún tesoro, no lo busques afuera. Está bajo tu cama. Y si no está, procura que esté.*

La gente busca divertirse y se olvida de ser feliz

Felicidad es lo propio, diversión es lo que establecen otros. La diversión es pan y circo y requiere constantemente de algún lugar público con mucha gente, cuanto más gente más garantía para la diversión.

La diversión suele ser ruido. Voy al café, vamos al café con amigos, queremos hablar, y los dueños del café, de ese café, de todos los cafés del mundo, te lanzan llamaradas de ruido, de música o de informativos, más pantallas gigantes de televisión. Ruido, imágenes.

Temen que no sepamos divertirnos solos. La felicidad, de algún modo, se relaciona con la soledad y con el encuentro de las personas sin intermediarios de aparatos, programas, shows.

Desnudez de uno consigo mismo, o con el otro. Por unos instantes. La diversión se programa, la felicidad ocurre.

Ocurre si estás dispuesto a que te ocurra, es decir a prescindir de programas y prejuicios prefabricados.

No le temas a la soledad ni a la desnudez.

La soledad sonora, decía el poeta. Cuando no se habla a nadie, se habla consigo mismo, y se percibe al otro, y amanece el misterio, y entre las tinieblas parece vislumbrarse el perfil de Dios que pasa.

Y cuando auténticamente se está con otro no es necesario hablar, o no importa lo que se diga, porque uno se dice a sí mismo.

Cultivar y esperar, esperar

El éxito conduce a la gran fiesta, al ruido, al champagne, al baile, al grito de alborozo y a la gran risa.

La felicidad no conduce. Es haber llegado, y en silencio, y con los ojos deslumbrados.

Dura lo que dura. Se va y volverá. Espérala, que volverá. Aprende a esperar. Hasta que llegue, cultívala, prepárale las condiciones.

Dale al éxito todo lo que le corresponde, y date algo a ti mismo, resérvate algo para ti.

Tres nombres tiene la persona, enseña el Talmud. Uno, el que le dan los padres. Otro, el que le da la sociedad. Otro, el que uno mismo se va formando.

Rilke, el poeta, añade un cuarto nombre: el nombre que te inventas y guardas en secreto para cuando Dios quiera llamarte.

Ulises y las sirenas

Ulises y sus compañeros navegaban por los mares. Se le advirtió a Ulises el peligro que se avecinaba.

¿En qué consistía ese peligro? En un canto encantador, arrobador; el canto de las sirenas.

Las sirenas, a diferencia de las actuales, eran seres fascinantes, combinación de femineidad y aves monstruosas, que cantaban maravillosamente y la finalidad de su canto era atrapar víctimas que luego devoraban. Atractivas pero criminales.

¿Qué hizo Ulises? Ordenó a sus compañeros que lo amarraran al palo mayor de la nave, de modo que cuando surgiera el canto de las sirenas lo oyera, pero no pudiera moverse para ir detrás de ellas. Y al resto de la gente le puso cera en los oídos.

Así se hizo. El canto de las sirenas comenzó y Ulises, amarrado al palo, se volvía loco por desatarse y correr tras de esas voces. Pero los amigos cumplieron con lo prometido, y lo amarraron más aún. Y se salvaron.

Las sirenas quedaron muy defraudadas, y los valientes griegos quedaron vivos.

Más adelante los esperaba otra amenaza. Debían pasar por un estrecho que tenía dos puntas, en una estaba el monstruo Escila y en la otra Caribdis.

Alejándose de uno caían en las fauces del otro. Era, por tanto, difícil tarea pasar por ese estrecho

y sobrevivir. Escila logró atrapar con sus múltiples cabezas y brazos a varios navegantes que se descuidaron y se acercaron a él, y los devoró.

Cuando terminó esta aventura, dice la *Odisea*, Canto XII:

"Detuvimos — narra Ulises— en el acogedor puerto nuestra bien construida nave, cerca del agua dulce. Mis compañeros desembarcaron y se pusieron a preparar con suma destreza la comida.

"Después que aplacaron el deseo de comer y beber, comenzaron a llorar, porque se acordaron en seguida de los compañeros a quienes había devorado Escila, arrancándolos de la nave.

"Luego, mientras lloraban, les sobrevino un profundo sueño."

Las tentaciones de la vida

He aquí por qué, decía Bruno Bettelheim en su *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, hay que retomar el relato de los mitos, de las grandes aventuras y epopeyas de los pueblos: porque en ellos se encuentran los elementos capitales de la vida en sus expresiones paradigmáticas. La verdad, toda la verdad.

La verdad es el mar, el heroísmo de Ulises, la aventura hermosa, el final feliz. Pero también son las sirenas, esos cantos que atrapan y que luego arrojan a fauces desconocidas.

El canto, hijo, es el placer inmediato. Es la gran tentación. Es las ganas de beberlo todo, atraparlo todo, vivirlo todo ahora mismo, en bruto.

Las sirenas, las auténticas sirenas del relato citado, no están como decorado. Cantan y es el cebo para perderte luego.

Hemos de vivir el presente, pero lo humano se caracteriza por su capacidad de proyectar un futuro y si es necesario sacrificar, a veces, placeres inmediatos y de bajo relieve por una felicidad que el tiempo debe enhebrar.

Lo grandioso de Ulises es que no renuncia al canto. Ordena que se lo amarre con mil sogas al palo mayor de la nave, para que pueda oír la arrobadora melodía, disfrutar de su belleza, pero no caer en la trampa de la muerte.

Esta es una antiquísima teoría que se llama "la del justo medio". Evitar los extremos. Averiguar qué se puede libar de cada flor y alejarse de las plantas venenosas que se presentan en atractivos colores.

Es la teoría de la prudencia. Hoy la prudencia no está de moda. Las motos las usan los hijos pero las compran los padres, y el azar hace de las suyas.

El siglo XX anunció la orgía de la vida, el baile de Dionisos, la desmesura como alta expresión del sí mismo.

La cosecha de estas tesis no es muy halagüeña. Digamos que para correr a 200 kilómetros por hora, algo que debe ser seguramente extático y apocalíptico y apoteósico, hay que saber correr. Digamos que, en consecuencia, el que no sabe correr más vale que viaje a 80.

Un amigo mío odiaba a su yerno porque jugaba a las cartas. Le dije que no era algo tan terrorífico; después de todo, le expliqué, mejor que juegue a las cartas y no que le pegue a tu hija. El

problema, me explicó, no era que jugara a las cartas, sino que no sabía jugar...

Los que saben jugar, que jueguen. Los que saben correr, que corran. Los que saben nadar en alta mar, que naden. Los demás que se atengan al justo medio, hasta que logren superar esa marca y llegar a los arroboes que los extremos prometen, si se saben amarrar a algún mástil seguro y terminante. Si no, mejor ponerse cera en las orejas, si se es incapaz de resistir el canto de las sirenas.

Amarrarse, limitarse. Eso es de sabios. La aventura guiña ojos de dulzura infinita a nuestros hijos. Ellos piensan:

— Me arrojo al mar, me entrego al prometido deleite, no me pasará nada, sabré cuidarme, no te preocupes, mamá, no tengas miedo, papá...

El que sea padre, la que sea madre debe jugarse en la afirmación del miedo y de la preocupación. Esta condescendencia con los hijos, esta ausencia de límites ante la probabilidad de cantos que cuestan la vida, debe ser desechada.

Lo digo claro: hay que intervenir, y con firmeza. Es tu hijo, es tu responsabilidad.

La verdad de la vida

Llegaron al puerto cansados, deshechos, destrozados y con la muerte de los amigos a cuestas. Tenían hambre, tenían sed. ¿Qué hicieron? Hicieron su cena, abundante, rica, apetitosa. Terminaron de comer.

Entonces, sólo entonces, practicaron el debido duelo por los amigos perdidos. Primero comieron, bebieron, después lloraron, y finalmente, entre una cosa y otra, se durmieron dulcemente.

Esta es la verdad, toda la verdad. Aldous Huxley comenta el fragmento de la *Odisea* y dice:

"Homero prefirió decir la verdad.

"Sabía que inclusive los que sufren la más cruel de las aflicciones, necesitan comer; que el hambre es más fuerte que el dolor, que la necesidad de satisfacerla se antepone a las mismas lágrimas.

"Sabía que los hombres expertos continúan procediendo diestramente y encontrando una satisfacción en los actos que realizan, incluso cuando los amigos acaban de ser devorados, e incluso cuando no se trata de otra cosa sino de hacer la cena. Sabía que una vez llena la alforja, y sólo cuando ésta lo está, los hombres pueden entregarse a la aflicción, y que la tristeza después de haber cenado es casi un placer.

"Y por último sabía que, así como el hambre se antepone a la congoja, así el cansancio, al sobrevénir, acorta su curso y la sumerge suavemente en un sueño que hace olvidar todos los pesares. En una palabra, Homero rehusó tratar trágicamente el tema. Prefirió decir toda la verdad."

Hágalo usted. Eduque con toda la verdad. La de los días de sol y la de los días de sombra. No engañe a su nena con frases altisonantes. La verdad es que no sólo de pan vive el hombre, como reza en la Biblia, pero ante todo el pan. Y cuando el pan ya se da, entonces no es suficiente, y se necesita algo más, el espíritu, para dar sentido a la supervivencia procurada por el pan.

Sobrevivir. Vivir. Vivir para algo. Estos son los estadios sucesivos.

— ¡Toda la verdad, por favor, toda!

Aprender a admirar

Para todo hay que educarse. Nada nos cae graciosamente del cielo. Cultivar el gusto, aprender a distinguir. Y para aprender se requiere una condición fundamental: la humildad.

¿En qué consiste? En dejar de saber. Por un instante, por un rato, suprimir o suspender lo que uno tiene aprendido y sabido, borrarlo para enfrentar el mundo, como por primera vez.

Este pájaro que me deslumbra desde el balcón mientras escribo estas líneas, este pájaro me deslumbra siempre y cuando yo no me proponga conocerlo; es decir, si no pretendo apresarlo en las mallas de mis cajas de caudales de saber, alcanzaré a percibirlo en su vera y absoluta realidad. ¡Nuevo, inédito, admirable!

Admirar es dejar libre eso que uno mira. Entonces admira. *Ad*, en latín, hacia afuera. Yo me vuelco afuera, en lugar de tomar a eso o a ése y comprimirlo dentro de mi prisión personal.

Admirar, decía Cari Rogers, es tomar al arco iris y dejarlo ser arco iris tal cual es. Lo contrario de admirar — que es verdaderamente amar —, lo contrario es manipular.

Dice Rogers:

"Cuando contemplo una puesta de sol no digo: suavice un poco el naranja en el lado derecho y ponga un poco más de púrpura a lo largo de la base, use más rosa en el color de la nube. No lo hago. No trato de controlar una puesta de sol. La admiro a medida que pasa."

No la controlo, la dejo ser, y humildemente me pongo a su disposición a ver qué es la puesta de sol y no a manipularla, a hacer de ella lo que yo quiero que sea.

Eso es la belleza, enseñaba Kant, algo que no te sirve a ti, sino que tú te pones a su servicio, a fin de tomarla tal cual es en sí, y no para ti.

¿Puedo llegar a contemplar a mi esposa, a mi hijo, como una puesta de sol, y no controlarlo, no manejarlo? No, no puedo y tampoco debo. No son obras de arte, no son arco iris, no son objetos, son sujetos como yo, falibles. Amar es intervenir, corregir, evitarle al otro la caída, ayudarlo en el ascenso.

Ese es mi deber de padre. Cari Rogers en este punto se expresa en términos tajantes:

"Aun con nuestros hijos, los amamos para controlarlos y no porque los apreciamos."

Apreciar es un arte. Es dejar que sea el otro, lo otro, lo que es.

Primero debes apreciar a tus hijos. Luego has de ver en qué puntos requieren de tu apoyo, de tu guía, de tu intervención a favor de ellos, insisto.

El gran examen de conciencia consiste en decirnos qué hacemos por nuestros hijos para nuestros hijos, y qué hacemos por ellos pero, en realidad, para nosotros, para nuestro egoísmo, para nuestra necesidad de ser necesitados.

El mundo a domicilio

Comenta Denis de Rougemont, en su libro *La aventura occidental del hombre*:

"Sé muy bien que la vida religiosa más intensa ha significado desde hace mucho ascesis y renunciación, tanto en Occidente como en Oriente..."

"Por lo tanto no es en modo alguno fácil ver a primera vista cómo una era técnica pueda conducir a religiones.

"La ascesis era en verdad un esfuerzo por oponer resistencia a la técnica en su forma primitiva, casi como el misticismo fue un movimiento en cuya virtud se iba más allá del dogma formulado... pero ambos se apoyaban en el objeto de su renunciación y dependían estrechamente de éste.

"La ascesis de mañana difícilmente podrá cobrar la forma de un retorno a la naturaleza — al trabajo manual de Gandhi, por ejemplo— puesto que la técnica será la que haga posible este retorno al dar lugar al ocio.

"Y en cuanto al misticismo, presupone por sobre todo un conocimiento exacto del dogma. El misticismo florece simplemente gracias a los dispersados reflejos del dogma y el letargo en la cultura de que está impregnado.

"Por ello el conocimiento de los dogmas y de las opciones fundamentales de nuestras religiones serán en el futuro la primera condición de las herejías y gnosis que están destinadas a aparecer..."

"La televisión y la radio entregan el mundo a domicilio."

Estamos en el mundo, decían los pensadores de antes. Ahora sabemos que el mundo entra a casa por televisión, por radio, por cables y por teléfonos inalámbricos.

Y sin embargo, lo cierto es que a pesar de tanta conexión crece la incomunicación y en algunos momentos, aunque el mundo nos sea entregado a domicilio, dejamos de saber por qué y para qué estamos en el mundo.

Capítulo Seis

Diario íntimo de Juan Carlos Paternovo

"Nace la nena, toda rosadita, toda redondita, toda angelical y la miramos. Es un regalo del cielo, decimos.

Después aparecen los hermanos, cuñados, tíos, y sobre todo los abuelos, y opinan, observan, hacen resaltar el detalle de los ojos o de las pestañas o del pelito o de la forma de la nariz, ya que la nena a alguien tiene que parecerse, por cierto.

Es una algarabía.

Después viene el crecimiento físico. Hay que pesarla, hay que llevarla al pediatra, hay que calibrar la leche, la papilla, los jugos. La salud.

Felizmente duerme bien, no como otras nenas que...

Felizmente come bien, no como otras nenas que...

Felizmente sonríe siempre que la mamá se acerca, no como otras nenas que...

Pasan los primeros meses. La nena está rodeada, en su cuna, de cubos, aros, plásticos de toda forma y color, y encima de la cuna tiene unos móviles que le hacen guiños para que los mire y se excite. Es extraño porque lo que más excita a la nena es la sábana y la chupa, la chupa. También el dedo de papá es sumamente sabroso.

Lo importante es estimular a la nena, su motricidad, su visión, su audición. En ese punto estamos en casa algo divididos mi mujer y yo. Ella dice que lo más educativo es María Elena Walsh; yo sugiero el *Vals de las Flores* de Tchaikovsky. Por cierto que no es menester contarles qué música se impone sobre la cuna de mi, perdón, nuestra, nena.

Me olvidaba: se llama Mercedes.

Mi esposa es de Mercedes; además, como ella dice, es un nombre muy hermoso.

— Nombre de auto — le dije la primera vez que la vi, como piropo, y ella estaba encantada—, de auto fino...

Pero esto debe quedar bien en claro: podemos divergir y disentir en muchos puntos, todos secundarios, pero en lo fundamental mi esposa y yo concordamos: hay que estimular a la nena para que su psique se llene de sensaciones y su motricidad, que es su primera inteligencia, pueda ejercerse con todo despliegue creativo.

La nena insiste en que todo lo que se le acerca tiene una función primordial: ser chupado.

No obstante confiamos en que esa firma de juguetes didácticos, tan famosa en el mundo, sabe lo que hace."

Reflexiones del padre en el cumpleaños de la hija

"Hoy Mercedes cumple dos años.

Con el tiempo, lentamente, como el agua que horada la piedra, una leve inquietud comienza a hacer pozos en el alma.

En una noche de verano, de esas llenas de mosquitos, cuando el sueño se demora y la mente empieza a activarse en plena oscuridad, mi esposa me dice, sobresaltada:

— ¿Será inteligente, la nena?

¡Para qué lo dijo! Desde entonces la pregunta no nos abandona.

Linda es, grande es, buena es, y palmotea como la mamá le enseñó a palmotear cada vez que le pone *El reino del Revés* y sonríe como yo le enseñé a sonreír cada vez que le pongo caras de mono, porque al principio lloraba, pero yo le enseñé que las caras de mono no son tristes ni terroríficas, le enseñé que son divertidas, muy divertidas, y aunque me costó mucho trabajo finalmente logré mi objetivo y aprendió a suplantar el miedo por la sonrisa, y ahora le encanta.

La llevé a una fiesta y vio al payaso y se largó a llorar. No se entiende a los chicos, los payasos son para reír y ellos lloran.

Así es, a los chicos hay que educarlos para que no tengan miedo, para que sonrián, para que sean felices cada vez que ven al ratón Mickey, al oso hormiguero, al perro sarnoso y demás personajes por el estilo.

Pero la pregunta aquella nos movió el piso. Yo le respondí a mi mujer:

— ¿Y nosotros qué somos? ¿No somos inteligentes?

Mi mujer me miró en plena oscuridad, pero noté en sus ojos cierto brillo de duda.

— ¿Nosotros? Claro que somos inteligentes. — Pero lo dijo con bastante desaprensión.

— ¿Entonces por qué no va a ser inteligente la nena? — observé yo con mi cerebro socrático, matemático—. Además lo importante es que sea linda... — Fue un chiste, por supuesto, y me costó un almohadón sobre mi cabeza más una ola de interjecciones y apreciaciones sobre mi persona que más vale no transcribir.

Linda es, y eso es muy bueno, por cierto. Pero queremos que sea inteligente."

¿Será creativa?

"Hoy la nena cumple tres años.

Le compramos libritos con figuras de patos y gansos y gatos y alondras que hablan y dicen cosas. Otros sin colores, pero para colorear. Tiene la línea Faber completa, la nena digo.

Plastilina, ni contarles. Inclusive trabajamos con arcilla — y digo trabajamos porque colaboramos con ella, y trabajamos todos juntos, aunque a veces ella se cansa y se va por ahí a jugar con trapos que son muñecas, mientras nosotros seguimos masajeando la arcilla— para darle algún tipo de iniciación

artística.

Cuando hacemos aerobismo — ya tiene cuatro años, la nena— la llevamos con nosotros y procuramos que tenga la *mens sana in corpore sano*, como decían los latinos según decía mi profesor de latín en la secundaria, que por suerte que sacaron latín de la secundaria, porque si no ipobre nena!, tener que estudiar una lengua tan pero tan muerta, aunque sirve para casos como estos, para citar una frase famosa y quedar como un duque, entonces, les decía, cuando hacemos aerobismo para mantener la línea de padres jóvenes y saludables, la llevamos y la hacemos correr con nosotros. ¡Que desde niña aprenda a correr, ya que la vida es una carrera!

Esa última frase no la saqué de ningún libro. Es una pena que no me haya dedicado a la literatura. Yo escribía versos a los quince años, pero mis padres no supieron estimularme. Por eso no cometeré los errores que mis padres cometieron. Quiero que Mercedes pueda desarrollarse en plenitud y dar alas a sus vocaciones.

Nosotros somos amigos de la libertad de los hijos y la estimulamos por todos lados, en los horizontes del sentir, del saber, del percibir, del crear, y pronto empezará el curso de danzas clásicas, y hasta pensamos ponerla en manos de una profesora japonesa para que aprenda violín, porque los japoneses tienen un método, con nombre de auto, para enseñar el violín a niños de cinco años.

Nada de todo lo dicho calma nuestra ansiedad. Creo que hacemos poco. Deberíamos hacer más. No sé qué. Pero ya se me ocurrirá.

Un hijo es una planta que hay que regar, podar, cuidar, limpiar, besar.

Dicen que hay que hablarles a las plantas.

Sí, yo podía haber sido escritor y me la perdí. A veces pienso en mis padres y prefiero no pensar."

La aventura escolar

"En el preescolar — continúa meditando el *Diario de Paternovo*— no es para quejarse, confieso.

La maestra se muestra muy satisfecha, y nosotros también.

El primer grado de la primaria anduvo correcto. Primero escribía debajo del renglón y en casa andábamos con ataques de nervios pero le sonreímos igual aunque intentamos, con dulzura y suavidad, como corresponde, moverle esa preciosa manito para que los palotes que diseñaba cayeran sobre el renglón y no por debajo.

¿Será inteligente la nena?

En comparación con otras nenas más o menos de la misma edad, anda bien. Aunque, claro está, siempre hay alguna que cuenta de 1 a 100 de atrás para adelante y de adelante para atrás. O aquel otro monstruito, de una concuñada de mi esposa, que caza cualquier papel impreso y lee como una descosida.

A nosotros no nos preocupa; nos angustia un poco, pero estamos totalmente confiados en la inteligencia y excelente desarrollo de la nena. Tiene unos rulos sensacionales y piernas de bailarina. Yo digo que hay que enseñarle a jugar al ajedrez. Mi mujer se opone, dice que no es para nenas, que es para nenes. Yo le digo que hoy todo es unisex. Mi mujer me fulmina con la mirada."

iQué suerte, es zurda la nena!

"Ya cumplió los seis años.

No parece tonta, a decir verdad. A veces se olvida de lo que uno le dice. Será distraída, en todo caso.

En cuanto a sumar y restar y multiplicar, como digo yo, para qué sirve todo eso, y qué importa si es un poco llerda, total hoy no se usa más la cabeza para esos menesteres, y una calculadora se consigue por diez dólares *Made in Taiwan* y sirve para toda la vida.

Conozco gente que tiene calculadoras diminutas, mucho más caras, y que las llevan prendidas hasta en la ropa interior por si a medianoche, de pronto, tienen que hacer alguna cuenta.

No problem, como dicen en los países del primer mundo. Pronto aprenderá computación. Logo, se llama la computadora o el sistema, no sé. Dicen que es genial y hace geniales a los que la usan. Los chicos criados con Logo, dicen, llegan muy lejos. Prontito, paciencia, un año más y Mercedes crecerá sobre bases científicas y tecnológicas y será inteligente como cualquiera que es inteligente.

Lesuento algo: escribe con la mano izquierda, definitivamente. Y no hay manera de meterle el marcador en la derecha. Primero era ambidextro, ahora es definitivamente zurda. Mi señora le preguntó a un especialista y él le dijo que los zurdos son todos inteligentes.

¡Fantástico, qué suerte que es zurda!

Juega con muñecas, mira todo el día televisión, va a las casas de las amigas, las amigas vienen a casa, y bailan de noche en pijama cada sábado en una casa distinta."

iViva el progreso!

"Los chicos de hoy no son como los de antes, realmente. ¡Cuánto progreso!

Yo creo que son mucho más inteligentes. Antes una nena era una boba hasta los dieciocho años. Hoy, a los ocho ya son vampiresas.

A propósito, ¿cómo se sabe si son inteligentes? Por las notas que traen de la escuela.

Mercedes trae buenas notas. En dibujo es algo, digamos, en fin, no del todo eficiente, y eso que desde que nació la venimos estimulando y le compramos la línea Faber completa y todo lo que aparecía semanalmente en los kioscos para atar cabos y colorear, y sin embargo, no sé. Por lo demás, todo bien. Los problemas le cuestan un poco. Yo digo que es distraída, que no se concentra. Mi esposa dice que es una perezosa, que no le gusta estudiar, que solamente le gusta usar vestidos nuevos y zapatillas de última onda y bailar los sábados por la noche.

— ¿Será inteligente la nena?

— ¿Habrá heredado mi talento literario, ese que yo no desarrollé por culpa de mis padres que no supieron descubrirlo y estimularlo?

— ¿No deberíamos enviarla a algún taller literario?

Preguntas, muchas preguntas. Un padre de hoy es como Hamlet, tiene al hijo en la mano y pregunta ser o no ser.

Cuando escribo este diario siento que me potencio, que soy Shakespeare. En fin..."

Las composiciones de Mercedes sobre los pájaros

"A los ocho años hace composiciones raras. Me preocupa, lo confieso. La maestra le pide que escriba sobre la Revolución de Mayo y Mercedes termina escribiendo acerca de sus sentimientos, de la libertad, del gorrión que canta en la casa del vecino dentro de una jaula. A mí me gustan las composiciones. Pero no responden al tema que le pidieron.

También pienso, por otra parte, si no tendrá tendencias surrealistas que deberíamos respetar, no sé.

Un padre hoy nunca sabe nada. Es así, y así lo verificamos cuando nos encontramos con los amigos los sábados a la noche, generalmente en Callao y Santa Fe, en un barcito ahí, con poca gente, donde tenemos muy buenos debates sobre sexo, hijos, economía y otros temas.

Eso sí, en las tardes, siempre con el televisor prendido, se sienta en el suelo y con la zurda le da con todo a la lapicera y al papel. Y claro, no hace las tareas de la escuela, no cumple con los deberes porque está totalmente absorbida escribiendo esas pavadas.

Y uno sigue preguntándose:

¿Será inteligente la nena?

¿Cuándo se sabrá?

¿Cuándo dejará de hacer esas raras composiciones y se dedicará a lo que corresponde, a estudiar, a sacar buenas notas, a ser la mejor, cuándo?

Yo les digo: ser padre es una dura tarea, sobre todo porque hay que tener mucha paciencia, pero mucha, mucha...

¿Y si en esas raras composiciones, me pregunto, por el contrario, hay raíces de una escritura kafkiana, genial, oculta, indescifrable ahora? ¿Cómo podemos saber?

¿Y si mi nena, mi amor, crece en un mundo que no la comprende? ¿Qué debo hacer ahora para que ella sea feliz dentro de diez, veinte años?

Cuánta perplejidad sufre un padre actual. Solamente preguntas. ¿No será demasiado libre la nena? ¿No habrá que ponerle límites, como escribe ese señor de ese libro sobre el miedo a los hijos?

Me siento culpable y no sé por qué. Yo procuro hacer lo mejor por ella, pero a veces me acerco a hablarle y me mira con indiferencia, como si no me necesitara.

Debo analizarme y con urgencia. Es que todavía no les perdoné a mis padres que no hayan estimulado mi don literario. Es cierto que soy un alto ejecutivo y el bienestar nos rodea. Pero no es todo, no, no es todo.

No puedo perdonarles a mis padres. Yo nací para designios más altos, creo. Y no me hicieron crecer las alas. Tampoco me castraron, es cierto, pero había en mí un mundo oculto y no supieron descubrirlo.

Creo que la tarifa del analista subió últimamente, pero tengo que ir a pesar de la crisis, y hacer mi catarsis. Lo abandoné y ahora debo volver a él. Con la frente marchita."

Capítulo Siete

Todos somos jóvenes, todos

Los padres haciéndose adolescentes

— Es — dice mi amigo— para estar más cerca de los hijos.

Entonces se hace el adolescente. Hace pesas, hace aerobismo, hace patinaje sobre hielo, toma clases intensivas de rock progresivo y del heavy, se peina con trencita, de los aritos ni contarles, y nunca usa zapatos.

— Así está uno más cerca de los hijos y pueden dialogar mejor con uno.

— ¿Y si ellos no quieren dialogar contigo? — le pregunto.

— ¿Y por qué no han de querer? — se asombra.

— Porque eso del diálogo es un invento tuyo. A veces pueden necesitar hablar contigo, con tu esposa, pero no es necesario ni fatal que así sea.

— Pero, ¿y la comunicación?

— Comunicación — le digo, con cierta ironía porque cotejo su vientre magro con mi pancita, y me da bronca—, comunicación es la vida en su transcurso natural, el aprendizaje silencioso de unos con otros. No el hablar, ni el dialogar.

— A mí me gusta estar cerca de mis hijos, por eso no quiero ser viejo, y mi mujer ya se hizo un lifting para no avergonzar a la nena cuando salen juntas por la calle.

— ¿Quién usa minifalda más corta? — le pregunto con bastante insidia.

— Yo no las mido, pero cuando salen, palabra, no se sabe quién es quién.

Está ufano, orgulloso, y ese perfume parisino que usa inunda con su sonrisa toda la calle.

El paddle y yo

Un verano volvimos de la playa, y no supe qué hacer conmigo mismo. La mayoría de los amigos estaban fuera de la ciudad y me sentí algo triste. Entonces, por suerte, descubrí el paddle. Recién llegado al país, el juego ese de la pelotita, digo.

Y me entusiasmé, les cuento. Siempre quise ser deportista y no filósofo, ni escritor. Pero las frustraciones sufridas en el fútbol y la renuencia de la selección nacional frente a mis consejos que la conducirían inmediatamente a todos los títulos mundiales, me deprimieron.

Y me fui a refugiar entre bibliotecas. Pero el afán deportivo lo tengo. Y sobre todo la envidia que me causan todos los demás que cultivan el cuerpo, bronzeados, esbeltos. Más las críticas de los amigos, que para eso están, señalándome con el dedo los rollos pecadores y haciendo gestos de honda desaprobación.

De modo que cuando apareció el Paddle, así con mayúscula porque merece respeto, me dije: "¡A mi juego me llamaron!".

Amir, por ese tiempo, tenía dieciséis años. Era una víctima perfecta.

— ¿Vamos a jugar paddle? — le dije, así con minúscula, para no asustarlo.

Amir es bueno, piadoso, y como tampoco él sabía jugar, accedió. Y fuimos compinches de juego, y yo caminaba con él abrazándolo por el cuello, cosa que jamás le gustó, ni de chico ni de grande.

Por suerte cerca de casa empezaron a brotar las canchas de paddle, tanto como las casas de video. Yo me encargaba de reservar cancha. Así como me encargué de comprar las paletas y las pelotitas. Alberto también participó en alguna sesión.

¡Fue una hermosa época!

Amir aprendió; yo hasta ahí no más. Pero en cambio me distinguí en el análisis posterior de los partidos. Eso a mi hijo demasiado no lo estimulaba. En cambio se estimulaba bebiendo gaseosas.

Para el tercer partido dijo que no se sentía bien. Alberto hacía rato que tenía mucho trabajo y que no disponía de tiempo, pobre.

Para el cuarto partido Amir me dijo claramente que no jugaría más conmigo, que se aburría, que yo era un lácteo y, en fin, más detalles de la intimidad afectiva entre progenitor y creatura que no puedo transcribir. La cosa es que me abandonó.

Mi esposa, benevolente, lo justificaba:

— Le da vergüenza, pobre chico...

Eso me consoló, tengo que confesar.

Después busqué otras víctimas. Encontré a Miguel Ángel, profesor de literatura, más joven que yo pero misericordioso, que tampoco sabía jugar. Era lindo jugar con él, porque entre paleta y paleta charlábamos de Krishnamurti, que a él le encanta. Pero aprendió bastante rápido y empecé a aburrirme de correr las pelotitas por todos lados.

Ahora estoy solo. Pienso escribir sobre deporte, ya que me discriminan.

Tomo sol en cama solar y corro la liebre de vez en cuando.

Pero joven quiero ser, hay que ser, debo ser. A eso se refería Hamlet cuando miraba la calavera y le decía:

— Ser o no ser, ése es el problema.

El valor de la apariencia

Antes el rostro era el hombre. Hoy el hombre es el rostro.

Y eso siempre que la pantalla sea benévola y lo tome a uno de medio cuerpo y sentado. Que si no, no habrá aerobismo, yoga, yogur descremado que le sean suficiente para ser.

El ser es su apariencia.

Los griegos consideraban que ser y apariencia eran contrarios, enemigos acérrimos, y después algún desvencijado pensador largó eso de que las apariencias engañan.

No engañan; no hay otra cosa que apariencias. El que hable de otra cosa, ése engaña.

Los presidentes y sus esposas han de cuidar su apariencia.

Y el valor apariencia supremo es la licitud. Lo valioso es liso. Puedo ser curvado, pero siempre liso.

Lo arrugado — salvo el jean de moda— es envase descartable. Por eso el mayor avance se está dando en la tecnología del cuerpo. Al principio estuvo muy de moda el análisis del alma, pero la gente se cansó, porque sus resultados no se veían. Entonces prosperó notablemente cualquier terapia de *lo visible*.

— ¿Está tan mal eso? — se preguntará usted asombrado.

La belleza estuvo siempre ligada al bien y a la verdad. Lo malo es desligarla y transformarla en único y absoluto valor. Lo malo es siempre el extremismo que desintegra nuestro mundo de valores, y como tal, como exclusivo y tiránico, ha de ser revisado y reflexionado.

Show, look

Yo no soy sino una cosa que piensa, decía Descartes. Vivió allí por el 1600. Era optimista.

Hoy sabemos que pensar es la actividad menos ejercida.

Yo no soy sino una cosa que mira y que es mirada. Yo soy un show, algo que se muestra para la mirada ajena.

Mirar es look. Pensar es mundo interior. Mirar es mundo exterior. Los ojos no pueden ser sino superficiales, porque aprehenden superficies. El profundo es el oído.

Nosotros aprendimos a mirar, no a oír. Por eso gemimos con el cuento ese de la incomunicación. Para comunicarnos no basta con que cada uno hable, lo fundamental es oír, y mejor que oír es escuchar. Pero oír es el primer paso, concebir que el otro está ahí, habiéndole a uno. Pero es mucho esfuerzo, y todo esfuerzo — que no sea el de hacer pesas, máquinas, jogging enchufado— es peligroso para la piel.

El del pensamiento, sobre todo, porque se teme que las arrugas del cerebro se noten en el exterior.

Miro y soy mirado. Este es el tiempo del look, mirar, y del show, mostrar.

Las edades desaparecen. Yo no alcanzo a discernirlas, y me siento francamente mal, como perdido. Tengo perdidas las dimensiones. No sé exactamente cuál es la madre, cuál es la hija. En el orbe de los varones tampoco distingo bien quién es quién o qué.

Vuelvo a casa, de la calle, y me pregunto si andaré mal de la vista, del encéfalo, o será la humedad que tanto mata.

De todos modos lesuento que en el baño teníamos dos lámparas sobre el espejo. Tanto mi esposa como yo decidimos un día, y eso no nos costó discusión alguna, desenroscar una. Sólo cuando vienen visitas, la activamos. Que sufren los otros, al mirarse.

Te miran, ergo eres

Dependo de la mirada ajena, escribió Jean Paul Sartre decenios atrás, en *El ser y la nada*.

Berkeley, mucho antes, declaró que "ser es ser percibido". Dependo de la mirada ajena, pero no como dependencia existencial, tal cual el francés aquel planteaba, sino como hechura de look y de show ante el próximo que debe testimoniar mi derecho a la existencia en la vidriera de la vida, o también, mi derecho a eclipsarme de la mirada ajena que se retrae de mis arrugas y me acusa de antíliso.

Elogio de la lisitud.

Liso, es decir superficial, sin recovecos ni hendiduras donde pudieran ocultarse misterios que invitaran a la reflexión. Lo liso, en principio, odia la reflexión, porque tiene el prejuicio de que el movimiento neuronal produce temas pesados o plomizos, y en última instancia, amargados. Lo liso en cambio es gemelo del jolgorio, el grito, el ruido y una especie de religión de la exaltación alegre. Lo demás no sirve. Mirar y ser mirado, nada de profundidad ya que ésta sugiere cavernas, oscuridad. La única oscuridad válida es la de los antros donde se baila entre luces estroboscópicas hasta el desayuno. Ni intersticios, ni otro ser que el que se muestra.

La apariencia es el ser. Lo decía Kafka:

"Porque somos como troncos de árboles en la nieve. Aparentemente, sólo están apoyados en la superficie, y con un pequeño empellón se los desplazaría. No, es imposible, porque están firmemente unidos a la tierra. Pero atención, también esto es pura apariencia." (Traducción de J. R. Wilcock.)

Los surcos de las arrugas servían para la poesía, para la meditación, para la metáfora, para el arado del tiempo y la peculiaridad de cada rostro.

No queremos rostros peculiares. Queremos rostros iguales, igualmente lisos y sonrientes.

Lo liso sonríe. Las arrugas memoran el tiempo que pasa, y... que nosotros pasaremos.

¿Quién se acuerda de Dorian Gray?

El retrato de Dorian Gray es una novela que apareció en Londres en 1891. Su autor es Oscar Wilde, nacido en 1854, muerto en 1908.

Narra, resumidamente, lo que sigue:

Basilio, un pintor famoso, decide pintar la figura de Dorian Gray, hermosísimo joven. Pretende plasmar para la eternidad la belleza y la juventud.

En un momento, Dorian Gray profiere la siguiente meditación, en relación con el cuadro:

"— Me volveré viejo, horrible, espantoso... Pero la pintura permanecerá siempre joven. No será nunca más vieja que en este día de junio... ¡Ah, sí cambiáramos! Si fuese yo el que tuviese que permanecer siempre joven y si esta pintura envejeciera... ¡Por ello lo daría todo! No hay nada en el mundo que no diera yo... ¡Hasta mi alma!"

Esto nos recuerda el pacto con el diablo que hizo Fausto, ese personaje legendario que Goethe supo dramatizar tan gloriosamente; un pacto de sangre para permanecer joven y disfrutar de los placeres, a cualquier precio, incluso al precio de perder el alma.

Esto sucede, aunque en otra dimensión, en la obra de Wilde. En ella la juventud y el placer son los dos elementos prominentes. En Fausto, en cambio, es la ansiedad por abarcar el infinito del mundo y no descansar nunca.

Dorian Gray quiere ser joven, porque eso significa permanecer bello. Otro ideal no tiene. Es individualista. Está en contra de toda moral, porque la moral — dice — es de la masa, es lo que todos quieren para que uno se reprenda a sí mismo y sea como todos. Él quiere ser él mismo, solamente él mismo, sin relación con nadie, sin piedad por nadie.

En el camino de la vida se enamora de una actriz, le promete matrimonio. Luego la ve actuar y su trabajo le disgusta profundamente. Se lo dice, y le expresa con toda soltura, con toda la franqueza del que es uno mismo, que a partir de ese momento la desprecia. La actriz se suicida.

El hombre no tiene sentimientos, sólo se ve a sí mismo en su juventud esplendorosa que no se modifica.

Un día descubre, despavorido, que el cuadro que Basilio había hecho de su persona, envejece y tiene dentro de su expresión el reflejo de todas las deformidades del original.

El cuadro es su espejo. Espejo del alma. Habían pintado el cuerpo, pero ahora el cuadro se sigue pintando a sí mismo. Lo que no se nota en el exterior de Dorian Gray, va tomando imagen en el retrato.

Un día, ofuscado, irritado por esa obra maligna, Dorian invita a su casa a Basilio, el pintor, y lo mata.

Así va de perversión en perversión, de crimen en crimen. Comete un crimen y a la noche no tiene reparos en participar de grandes galas sociales y decir frases inteligentes. Es el individuo que se ha quedado con la belleza, la juventud, pero sin corazón, sin moral, sin el otro.

Finalmente enfrenta a ese cuadro que delata todos sus vicios, su vejez, su decrepitud exterior e interior. Ahí está la verdad, toda la verdad.

Paradoja: el retrato ese es la verdad y él, el Dorian Gray físico, es una ficción.

Ahí está el retrato del alma, del vero hombre.

Dorian Gray no quiere tener alma, quiere ser exclusivamente cuerpo. Enfurecido, decide suprimir a ese testigo infalible de su existencia, el retrato. Lo apuñala. Pero cae muerto. Mató a su alma, es decir, se mató.

El adentro del afuera

A menudo recuerdo y releo esta historia de Dorian Gray.

Es de comienzos de siglo, es el vaticinio de este siglo, del hombre solo, que no dispone de moralidad, porque no ve al otro. Narcisista al extremo, sólo se ve a sí mismo, su cuerpo, su piel. Por dentro se va pudriendo en su propia depravación y en la falta de sentido de su existencia.

Hoy es tiempo de revisar esta fábula y ver cuánto de ella hay en nosotros. Ni masas ni individuos, debemos recuperar la relación humana, el ser con el otro, persona a persona.

Ahí no se envejece nunca. Es al revés, el cuerpo se cubre de arrugas superficiales, pero el alma rejuvenece en cada acto de amor, de caridad, de reciprocidad, de ser alguien para alguien y recuperar el

sentido de la vida.

Entonces se hace la primavera.

Elogio de la lisitud

Ahí está Dorian Gray, pero esta vez sin cuadro.

El engendro de Oscar Wilde mantenía la juventud perpetua mientras el cuadro del mismo personaje era el que iba envejeciendo y cubriendo de arrugas y lacras del tiempo y del alma.

Hoy Dorian Gray no dispone de cuadro alguno. El milagro lo realizan su cirujano, y el maestro de gimnasia, y el maestro de eutonía, y el maestro de risa y sonrisa y el maestro del cuento perpetuo.

Dorian Gray ni es ni existe. Está. Está mientras está en la vidriera para los amigos, para la foto, para la eventual televisión de uso íntimo.

Si se arruga no está. Desaparece. Como todo aparecido.

Luego, reaparece. Más joven que antes. Porque la tecnología progresó y Dorian revive, sonriente, rebosante de optimismo, de buena voluntad, de amor a la naturaleza, y de odio contra la capa de ozono que sigue agujereándose.

Liso, lisito.

Y sin embargo, en algún lugar, es otra la fotografía, otra la pintura. La decadencia oculta ahí se registra, y está, y por más que se estire la piel no se suprimirá.

Insisto, para no ser mal interpretado: somos seres complejos, hechos para el bien, la verdad, la belleza, el sí mismo, el otro mismo, la soledad, la sociedad. Son todas necesidades, y todas ellas requieren ser satisfechas. El que se dedica únicamente a una de ellas se mutila, se distorsiona.

El siglo de los bebés

Los otros lisitos admisibles son los bebés.

Por eso este siglo es de los bebés. Los que toman el pecho, los que dan el pecho, los que perdieron el pecho y lo andan buscando por las calles de la ciudad.

Tiempo de bebés. Se habla del bebé. Se piensa en el bebé. Lo mejor para el bebé. Culpables de antemano por si el bebé no llega a ser todo lo feliz que uno desea que sea.

Porque el bebé es lisito y sonríe, sonríe, que es una delicia. Lo que queremos todos, sonreír y nada más que sonreír, nada de pálidas.

Eso me dicen a mí. Me invitan a hablar, a escribir, a pronunciar conferencias, y me aclaran, delicadamente, eso sí:

— Pero que sea fácil...

Fácil. Facilidad. Felicidad. Suena todo tan semejante. Liviano. Lo contrario es:

— ¡Sos un plomo!

Yo, en mis tareas intelectuales, hago esfuerzos hercúleos por no caer en la categoría de plomo. No soportaría un destino tan trágico.

Y en materia de piel, lesuento que en eso ando, averiguando, indagando, que cuánto cuesta, que cuánto duele, que qué garantías te dan. Unos años más y me tendrán por ahí rosadito y lisito como un bebé, ya verán.

Y entonces sí saldré a la calle y, con gran ímpetu, al primero que se me presente le diré:

— Hay que ser uno mismo.

Cuando nadie te ve...

Están también las horas fuera de show, cuando nadie te ve, cuando no actúa el protagonista de la vida, cuando está oscuro, cuando estás solo.

Pueden ser horas de angustia. Porque podría uno llegar a plantearse qué es uno cuando el look no es visto por nadie. Después de todo, look significa en inglés mirar. Que alguien te mire. Si no te miran, ¿qué? Pero esos momentos y esas preguntas nunca calan hondo. Vienen y se van por la puerta de servicio.

Después uno recupera urgentemente la sonrisa y se mira en otro espejo, más favorable y se dice:

— ¡Qué bien que estoy!

Pensar que estar bien equivale a felicidad. Pero "qué bien que está" significa, en nuestro siglo, "está en muy buen estado de conservación".

Lisos es el ideal, por dentro y por fuera. Liso es la otra cara de nada. Que nada se te prenda, ni el polen de las orquídeas ni el agujón de las abejas polinizadoras. Nada.

Felicidad del vacío, de la apariencia en constante cambio, de la vidriera.

Felicidad fuera del tiempo. No hay tiempo. Para mantener la lisitud hay que estar muy ocupado. Ocupado con el service de mantenimiento.

El problema, decíamos, es la noche, la soledad, la ausencia de la mirada ajena y las luces del show que por minutos se retiran a descansar.

Pero se supera. Cuando no se es mirado, se mira. O el espejo, o la pantalla de la tele, la mejor compañera.

Se mira. La vida es mirar. Se enciende y se mira. La vida es zapping.

Y si alguien se acuerda de Calderón y dice que la vida es sueño, un joven de cualquier edad, de la actualidad, le dirá que es zapping de sueños.

Dos maneras de enfrentar el mundo

La civilización de la vista desplazó a la cultura del oído. La vista se practica sobre cuerpos, cosas.

El oído capta una materia muy sutil, la palabra, la música, el mensaje, y luego tiene que decodificarla.

El oído, como la vista, como todos los sentidos, elabora los datos que provienen de afuera y les da forma, significado.

Sin embargo, el oído es el sentido del interior, el más trabajador de todos ellos, el que tiene que leer el mensaje de las voces.

Es del interior, hacia el interior.

El otro habla. Lo miro. Veo sus gestos, aprecio sus señales. Pero la tarea fundamental es captar su interior, decodificar el mensaje. Para ello hay que aguzar el oído, y todos los sentidos.

Así, como dije antes, es necesario reintegrarnos en todas las facetas de lo que somos, del mismo modo que es indispensable abrirnos con todos los sentidos hacia el otro.

La mirada tiende a radicarse en la superficialidad. Y es una parte del ser. El oído ha de calar en la profundidad.

En conclusión: la vista, para apreciar el esplendor de la belleza exterior; el oído, para percibir el movimiento del mundo interior.

Una boca llena de dientes radiantes luce más y mejor cuando emite sonidos también ellos pulcros, inteligentes, pulidos.

Eso ya requiere otro aerobismo, el del alma.

Oír. Enriquecerse. Pulirse. Dinamizar los músculos interiores. Escuchar. Con el otro, hacia el otro. Aprender. Es decir, crecer. ¿No les gustaría un programa aeróbico total, integrador de los unos con los otros, y en especial con los otros más cercanos, más queridos, la pareja, los hijos?

Ser y parecer

La tendencia de los padres a hacerse los jóvenes, ese gusto por la eterna juventud como valor supremo de la sociedad, está bien y hasta merece un aplauso cuando se trata de aerobismo, lifting, uso de jogging los domingos, total sometimiento a la zapatilla deportiva recién salida de fábrica y otras maravillas que identifican a la juventud y que uno cree que por el mero hecho de usarlas ya es joven; eso me parece magnífico, y realmente da gusto ver a abuelitas de sesenta años en plena pachanga, como adolescentes. Lo bello es bello.

Pero no son adolescentes. El parecer no es igual al ser. Por dentro han transcurrido cuarenta, cincuenta, sesenta años, y esas arrugas, las de la experiencia, las de la memoria, las de la vida vivida, no se borran. Ahí están.

No ocultes esas arrugas. Deja que aparezcan a la luz del sol. No serán tu escarnio; serán autenticidad y, por lo tanto, también tu belleza. No dan autoridad, dan simplemente diferencia.

Levanta pesas, ve al gimnasio, pero dile claramente a tu hija que la joven es ella, no tú, y que cada uno por tanto tiene su mundo, sus preferencias, sus juegos, sus horarios, y que cada mundo refleja otro modo de ver y de sentir, y que el uno no puede imponerse sobre el otro, tan sólo servirle de referencia, de alternativa.

Y si hay que discutir, discute. Las edades, edades son y siguen siendo, por más que sean primera edad, segunda edad, tercera edad.

El tiempo hace lo suyo. Estoy totalmente a favor de la apariencia lisa, quiero decir joven y radiante. Es mucho más estético, y hace bien.

Vivir solamente para eso sería fatal. Es vivir para la mirada ajena, mientras el adentro se desmorona. Pero qué importa, me contestará alguien, total es adentro y nadie lo ve.

Show y look son los términos capitales para definir la vida humana en estos finales de siglo. ¿Será que el adentro no importa? ¿Y si el adentro fuera lo único importante, y no le prestas atención?

Piensas, luego existes.

El sol y los días nublados

La tecnología del alma es la gran abandonada de nuestro tiempo, y por eso no andamos bien.

Crisis significa algo roto. Rotos estamos, porque vivimos sólo hacia afuera y el adentro clama.

El mundo interior carga con inolvidables arrugas y perentorias necesidades. Tiene historia y no hay manera de broncearlo, de alisarlo. Necesita atención, cultivo.

Además de vivir para alguien, necesitamos vivir para algo. La buena apariencia es parte de nuestro ser, pero la otra parte es la que determina el rumbo del ser.

Tendríamos menos angustia y prosperarían menos las anfetaminas, las drogas y otros estimulantes, si supiéramos estimularlos desde adentro con la realidad integral de lo que somos y de lo que es el mundo.

La realidad es todo lo que es, todo lo que sucede, todos los momentos de tu vida, todo lo que narra la historia del hombre, las cúspides y los abismos, los terremotos y las playas soleadas, San Francisco de Asís y los crímenes de Biafra.

La realidad es el sol, y los días nublados, también. Tan realidad lo uno como lo otro. Tan realidad es el nacimiento como la muerte, el hambre como el bosque de los arrayanes en Bariloche.

El crecimiento de Buda

Te cuento la historia del crecimiento de Buda.

El joven príncipe Gautama fue protegido por su padre de todo conocimiento de los males de la vida, de la vejez, de la enfermedad, de la muerte y otras miserias. El padre quería que su hijo creciera en pura felicidad y bienestar. Le regaló tres palacios y multitud de bailarinas para que su dicha fuera total.

De modo que Gautama supo de todos los placeres del mundo, de la belleza, del sexo, de la poesía y de la buena comida y el gran espectáculo.

Cuando ya era maduro pudo salir a conocer el mundo. Ordenó a sus siervos que prepararan su carroza, la más rica de la comarca. Cuatro hermosos caballos la conducían. Subió a la carroza.

— Llévenme a los parques de la ciudad — ordenó.

Así hicieron. En uno de los parques hizo detener la carroza. Por el sendero andaba un anciano maltrecho, desdentado, cabello gris, cuerpo torcido.

— ¿Quién es este hombre? — preguntó el príncipe Gautama.

Le dijeron:

— Un pobre anciano.

— ¿Entonces también yo llegaré a ser como él?

— Así será.

Con toda urgencia volvió al palacio.

— He visto a un anciano. No sabía que el hombre se volvía anciano y deplorable. No quiero estar más en el mundo, quiero retirarme del mundo.

— No lo hagas, hijo, no lo hagas — replicó el padre—. Olvídate de lo que viste, fue nada más que un accidente, olvídate.

De inmediato ordenó el padre una representación teatral con cómicos, bailes, canciones, todo para alegrar el alma y disipar el ánimo.

Días más tarde volvió a salir Gautama del palacio. En el viaje vio a una persona arrojada en el suelo, revolcándose de dolor.

— ¿Qué es?— preguntó.

— Un enfermo — le dijeron.

— ¿Qué es eso?

— Eso le pasa a todo ser humano alguna vez, la enfermedad, el deterioro de su cuerpo.

El iluminado, el que despertó

Regresó al palacio y dijo que quería retirarse del mundo. El padre nuevamente lo retuvo con deleites y placeres múltiples.

En su tercera salida, descubrió Gautama a un hombre que yacía sin vida. Descubrió la muerte.

En la cuarta salida, vio a un hombre que iba descalzo por el camino, con la cabeza erguida, ignorante de lo que sucedía alrededor. Era un monje. Había abandonado el mundo, sus placeres y sus deleites. Ese camino eligió Gautama.

Después lo llamaron Buda, que significa el iluminado, el que despertó y fue maestro de la sabiduría de la vida, de la vida que lo comprende todo, el sol y el eclipse.

La realidad. Quien conoce la realidad en su multifacetismo sabe vivir en ella y alcanzar con menos frustraciones el camino de la felicidad.

Somos nuestras contradicciones

Contempla la realidad. Contémplate, está en ti, con todas sus contradicciones y ambigüedades. Eso eres, eso somos, contradicciones. Eso es la realidad.

Freud en este punto fue revolucionario porque, por así decirlo, destapó todas las ollas que la sociedad burguesa venía puliendo por fuera pero cerrando por dentro.

Freud descubre que nuestros instintos son ambivalentes, digamos que la misma línea que conduce a la caricia puede conducir también al latigazo; que el amor a veces funciona en forma de total respeto al otro y otras veces funciona como el cazador que se apodera de su presa y está dispuesto a devorarla para no perderla.

No tenemos conflictos, somos conflictos en plena marcha.

En general la imagen que nos ofrece Freud es totalmente opuesta al romanticismo dulzón y rociado de flores de los siglos anteriores, como la del noble salvaje que proponía J. J. Rousseau.

La vida empieza con un trauma, el trauma del nacimiento. Adentro se está tan bien, tan cómodo, tan inseparable de la madre, y afuera en cambio se produce el trauma de la separación.

Nacer es separarse. Nacer es perder de entrada. Luego aparecen los hermanos, la competencia. La vida se hace lucha por no seguir perdiendo.

Los padres suelen decirles a los hijos: "Hay que luchar por la vida". La misma idea de lucha es guerrera, es manipulación de odio.

Hay que luchar contra la lucha, hijo mío. Hay que luchar contra el odio que promueve luchas.

No estamos para ganar, por tanto tampoco perdemos. Esa división, que se usa en el Norte y que ya invade nuestra sociedad, que separa a los hombres en categorías de "ganadores" y "perdedores", me repugna profundamente.

Vivir es disfrutar. Amar no es mirar la misma cosa, decía Saint Exupéry. Es mirar con otros en la misma dirección.

Convivir. Cooperar. Colaborar. Compañero: el que comparte conmigo el pan, la mesa, la condición humana.

Los hebreos cuando brindan no se desean éxito; dicen *le jaim*, que significa "por la vida".

¿Qué destino le espera a uno cuando nace?

Nace el hijo y los dos, tú y yo, lo contemplamos, lo admiramos, lo adoramos en su cuna, y mientras duerme angelicalmente, nos miramos a los ojos y nos preguntamos:

— ¿Qué será de él?

— ¿Quién será él?

— ¿Qué es él?

Un hijo es un misterio; un pequeño misterio al principio, luego un gran misterio, y así toda la vida. Nunca terminarás de conocerlo, porque jamás alcanzaremos a conocernos a nosotros mismos.

Quizá por eso en el pórtico de Delfos había dos máximas. Una decía:

"*Gnothi sautori*" (conócete a ti mismo). La otra rezaba:

"*Meden agari*" (nada con exceso).

Eran los dos principios máximos. Dos empresas imposibles: la una, conocerse; la otra, no dejarse extraviar por las pasiones extremistas, buscar siempre el justo medio.

Y tal vez conocerse sea eso, lograr avistar el equilibrio, el justo medio, lejos de los extremos apasionados, que puedan indicar cuál es el fiel de tu balanza.

— ¿Qué será de nuestro hijo?

— ¿Qué podríamos hacer por él?

¿Nacen hechos, predeterminados hacia un destino, y todo lo que podemos hacer es contemplarlos a la distancia, como quien asiste a una obra de teatro escrita por otro?

¿O es que podemos interferir en el libreto, en la actuación, en el desarrollo de la obra e inclusive en su final?

En el pasado, tenía prevalencia la idea del hombre como nacido para algún destino que llevaba dentro y que era su *ethos*, su carácter, que significa sello. Venía sellado de fábrica, marcado para cierto rumbo.

El resto de lo que le sucedía en la vida era el *pathos*, ocurrencias, accidentes, escollos, montañas, días de sol, noches de tormenta; pero a través de todos ellos, del *pathos*, el carácter, es decir, el *ethos* debía desbrozar la maleza y abrirse camino para llegar a su propia finalidad, su objetivo que venía sellado, como dije, desde el origen.

En consecuencia, sostenían los filósofos de la antigüedad, lo que conviene al hombre es ser fiel a sí mismo e independizarse de las circunstancias alienantes con que se encuentra, no dejarse desviar por ellas.

En la modernidad aprendimos a volcarnos hacia el otro platillo de la balanza. Decimos que el hombre nace con potencialidades, capacidades, tendencias, sistemas internos de captación y despliegue; pero decimos que todo eso no es un aparato sellado, sino más bien abierto, en total apertura hacia el exterior, y se va configurando, tomando forma, en concordancia con esa vicisitud que es la vida, la vida patética, la vida de las emociones, de la educación, de la cultura, de los encuentros, de las frustraciones, de la relación con el padre, con la madre, que son las relaciones primigenias y que sí dejan huellas sobre las relaciones ulteriores, por supuesto.

Somos mucho más complicados de lo que parecemos ser. El conócete a ti mismo parece, más que una invitación a una realización de nobleza, una especie de sarcasmo.

Los significados de la vida

¿Conocerse?

Estamos hechos de capas superpuestas, de capas entrelazadas, y sobre todo de ficciones.

Sí, de ficciones. Nuestro mundo es la ficción. No sabemos sino manejarnos con ficciones, construcciones mentales, ideas, y a eso denominamos hechos.

Sigmund Freud descubrió que cuando uno dice padre o madre o hermana, está pronunciando el nombre de una ficción que uno ha construido sobre los cuerpos de esos individuos. Pero uno toma esa ficción como absoluta realidad para nada ficticia: su padre es eso, su madre es eso y su relación con ellos es esa.

Cuando dices mamá estás diciendo la idea que tienes de mamá, y con esa idea te relacionas como con un ente de carne y hueso. Por eso es menester interpretar, ya que todo se vuelve símbolo, referente, indicador.

No nos relacionamos con hechos sino con significados. Los significados son nuestros hechos.

Un hecho es siempre algo que dices acerca del hecho. Si dices "incendio" no estás describiendo algo que pasa, estás aludiendo a algo malo o terrorífico o espantoso. Cuando dices "flor", no estás trazando una descripción botánica, sino que aludes a algo tierno, bello, frágil. Cuando dices "hijo" no mencionas algo surgido por las leyes de la biología de las transacciones fisiológicas entre dos cuerpos. Hijo es un proyecto, una historia, un deseo, un miedo, una ansiedad, un universo y un misterio.

Ahora bien, de eso se infiere lo siguiente: las cosas que te ocurren son lo que tú decides que sean, favorables o desfavorables; el significado no está en la cosa, está en tu mente, brota de ti y se adhiere a la cosa.

Tu paseo por Cataratas con tu novio es hermoso o desastroso, según quieras verlo por alguna motivación interna tuya. Y así será grabado y estipulado. Y ese significado es el que se vuelve hecho.

Los niños mimados, los niños desatendidos

Alfred Adler, discípulo de Freud, se ha dedicado especialmente a estudiar cómo situaciones de inferioridad en cada persona (y cada persona tiene alguna situación de inferioridad, física o psíquica o sentimental) pueden ser transformadas en uno u otro significado y marcar así el rumbo de una vida.

Fijándose particularmente en casos donde la inferioridad es algún tipo de discapacidad, Adler analiza cómo fue enfocada esa situación y traducida en conducta vital:

"Muchos de los hombres más eminentes, hombres que realizaron grandes contribuciones a nuestra cultura, comenzaron con órganos imperfectos... Lucharon contra las dificultades..."

Otros en cambio son tratados con indulgencia y compasión por sus padres y de esa manera su mal termina siendo el conductor del fracaso, porque no se los educa para salir de sí y dar de sí mismo sino, al contrario, para que todo el mundo esté concentrado en ellos, y ellos no encuentran otro objeto en la vida que ellos mismos.

Su interés está consagrado a sí mismos y jamás ha aprendido el uso y la necesidad de la cooperación. Los niños mimados, dice Adler, en general, son el grupo más peligroso de nuestra comunidad.

En el sector opuesto, pero tan doloroso como el anterior, están los niños desatendidos, abandonados de una u otra manera.

Educar es formar a alguien para que salga de sí; sólo en esa salida, haciendo algo entre otros, por otros, con otros, la vida toma sentido creativo y positivo.

Y aquí es donde la intervención de los padres es sumamente influyente.

¿Cuál ha de ser la finalidad de una buena educación?

Alfred Adler considera que éste es el principio y la finalidad de una buena educación: la cooperación.

"La cooperación es la única salvaguardia que poseemos contra el desarrollo de las tendencias neuróticas. Por ello resulta de suma importancia que los niños sean preparados para la cooperación y animados a ejercitárla."

Cooperar es operar con otros. Aquí aparece la regla, la norma, los límites, que otra finalidad no tienen. Aquí también tiene lugar la exigencia.

Hemos temido ser exigentes. La exigencia forma el carácter y el temperamento hacia la superación del ego que sólo sabe mirarse el ombligo y lanza a la persona hacia una responsabilidad que la trasciende y es la existencia con los otros, y la apreciación de que nada se alcanza sin esfuerzo.

La sociedad nuestra pone de relieve la competencia. Instiga a la hostilidad y al odio, por más que se lo quiera envolver en suaves y finas sedas.

Quizá la competencia sea inevitable. Pero sin el principio de la cooperación se pierde lo humano del hombre y la base de todos los valores.

Por la competencia logramos el éxito. Por la cooperación, una vida compartida, una vida con sentido, con afecto, con amor.

Ideas de Keiserling

Keiserling sostiene que no es el intelecto lo más humano del hombre. Ante todo, dice, porque no todos descuellan por su razón o por su inteligencia. Lo propiamente humano, dice, es el alma. Es decir, el sentimiento.

"Tal es la sola razón por la cual la enseñanza de Jesús pudo hacer época: al elevar el amor a la categoría de virtud cardinal y hacer depender de esta virtud la salvación del alma, Jesús fue en verdad el primer pionero consciente del sentimiento de la humanidad."

Alma es intimidad, alma es emoción, alma es ser por otro y para otro y con otro y desde otro.

El intelecto hace crecer el individualismo. En el polo opuesto está la pérdida de identidad en el colectivismo o en la sociedad de masas. La institución intermedia, que hace ser al ser y le da fuerza e identidad, es la familia, el hogar, el que da calor al alma y le facilita el crecimiento.

No hay que amar a la humanidad, dice Keiserling. Quienes así lo predicaron fueron "seres fríos y duros, sin excepción. En cambio, el mayor genio de amor que nunca hubiera en Occidente nos mandó amar a nuestro prójimo. El hecho es que no podemos amar más que a nuestro prójimo".

Lo enseñó Moisés. Los evangelios lo ratifican. ¿Por qué el prójimo? El prójimo es el próximo, tu hijo, tu hermano, tu madre, tu vecino.

Debemos aprender — iy cuánto cuesta!— que no son las ideas las que nos unen, sino los

sentimientos, la solidaridad en la conducta, el estar en torno a una mesa, o en torno a una fe.

La familia es el gran crisol para decantar odios de amores, resentimientos de responsabilidades, el ser y el deber ser.

Un hermano no es, debe ser. "Los hermanos sean unidos", dijo nuestro poeta. Por naturaleza no lo son, deben serlo por humanidad, por deber, por educación y disciplina: obligarse a ser.

La juventud es centrífuga

No digas "soy como soy". ¿Qué vanidad es esa? ¿Qué gloria hay en ser como eres?

Lo glorioso, enseñaba Píndaro, es que llegues a ser el que eres, el que potencialmente eres, pero que aún no eres, porque eso exige trabajo, disciplina, arte: esculpirse, modelarse.

"Una gran parte de los conflictos — dice Keiserling— que se producen entre padres e hijos proviene de que, a partir de un cierto momento, los hijos no buscan ya el calor del nido, sino frescor; desean volar lejos del calor del nido y no volverán a ser sensibles a la atmósfera del hogar paterno sino muy luego, al despertar en ellos la necesidad de construir su propio nido..."

"La juventud es centrífuga en esencia..."

Centrífuga, es decir que huye del centro, de sus padres. En busca de sí misma.

Eso es bueno, y no quieras detener el proceso. Lo malo es que quieras conservarlos a tu lado haciéndote el joven, el camarada, el amigo.

Octavio Paz, en *Los hijos del limo*, analiza:

"Podemos hablar de la tradición moderna sin que nos parezca incurrir en contradicción porque la era moderna ha limado, hasta desvanecerlo casi del todo, el antagonismo entre lo antiguo y lo actual, lo nuevo y lo tradicional."

"La aceleración del tiempo no sólo vuelve ociosas las distinciones entre lo que ya pasó y lo que está pasando sino que anula las diferencias entre vejez y juventud."

"Nuestra época ha exaltado a la juventud y a sus valores con tal frenesí que ha hecho de ésta un culto, ya que no una religión, una superstición; sin embargo nunca se había envejecido tanto y tan pronto como ahora. Nuestras colecciones de arte, nuestras antologías de poesía y nuestras bibliotecas están llenas de estilos, movimientos, cuadros, esculturas, novelas y poemas prematuramente envejecidos."

Necesidad de diálogo

¿Qué quiere tu hijo? Diálogo.

Diálogo no es hablar uno y otro, sucesivamente. Diálogo es una razón, según la etimología griega, que transcurre entre (*día*) dos personas. Algo que se discute. Una idea que está en juego, una confrontación de ideas y opiniones.

Intercambiar frases es conversar pero no dialogar. Diálogo es decir algo que provoque el decir ajeno y si es pasional es mejor, es más auténtico.

¿De qué se dialoga? De límites, claro está. De los míos y de los tuyos. De los externos y de los internos.

Enseñan Arminda Aberastury y Mauricio Knobel (*La adolescencia normal*):

"Son tres las exigencias básicas de libertad que plantea el adolescente de ambos sexos a sus padres: la libertad en salidas y horarios, la libertad de defender una ideología y la libertad de vivir un amor y un trabajo.

"De estas tres exigencias los padres parecen ocuparse en especial de la primera: la libertad en las salidas y horarios..."

Sí, nos gusta plantear grandes y graves discusiones sobre los horarios de nuestros hijos, salidas, regresos, lugares. Es lo fácil. Es lo relacionado con el mundo exterior, con lo ajeno, con los peligros exteriores y las amenazas oscuras de un mundo del cual, aparentemente, no participamos.

Lo otro queda a la sombra. Y lo otro es real, no es amenaza ni eventualidad. Lo otro es el tema que en la cita anterior se denomina como ideología, amor y trabajo.

Ese es el espacio de ausencia de los padres. Ahí faltan y ahí fallan.

En las cosas profundas de la vida, bajo la falsa idea de que los jóvenes son superficiales y solamente les interesan los bailes, los chistes, los cómicos y las jugadas y dormir hasta tarde, se produce un eclipse de padres en los temas serios de la existencia.

La desconocida seriedad de los jóvenes

Y los jóvenes son serios. Todos los humanos lo son y en todas las edades, inclusive los bebés.

El juego no es para ellos juego sino experiencia. Y experiencia seria. ¿Vieron alguna vez a un niño concentrado en la rueda de un autito roto? Yo lo vi. La foto de Alberto está colgada en mi casa. Tiene dos años y pocas veces vi un rostro tan profundamente concentrado en algo. Son serios. Pero hay que darles la oportunidad de ser serios.

A tal efecto, es menester que uno mismo sea serio y se ocupe de cosas serias, profundas, de valores, de ideologías, del bien y del mal, del amor, del trabajo, del compromiso, y lo plantee en el seno familiar con la naturalidad y la espontaneidad que la vida seria requiere.

El hombre serio no es el que deja de reír; ríe como todo el mundo, cuando se le ocurre reír; también se le ocurre pensar.

"El adolescente temprano — continúa explicando Aberastury—, el niño de alrededor de diez años, siente una gran necesidad de ser respetado en su búsqueda desesperada de identidad, de ideología, de vocación y de objetos de amor.

"Si ese diálogo no se ha establecido es muy difícil que en el momento de la adolescencia haya una comprensión entre los padres y los hijos."

Más tarde considera la autora:

"Los padres necesitarían saber que en la adolescencia temprana mujeres y varones pasan por un período de profunda dependencia donde necesitan de ellos tanto o más que cuando eran bebés, que esa necesidad de dependencia puede ser seguida inmediatamente de una necesidad de independencia, que la

posición útil en los padres es la de espectadores activos, no pasivos..."

Activos, no pasivos, repito yo. Dependencia y luego independencia. Necesidad del otro, y del otro activo, del otro padre, del otro que da pautas y respeta, que habla y escucha, que se juega en la idea y deja que el hijo, a su vez, tenga contra qué o a favor de qué reaccionar.

Sólo así, en vínculos donde dependencia e independencia se van intercalando, es que se realiza la vera relación humana en cuanto relación compartida, de amor, de comprensión y de profundo respeto.

La crisis de originalidad juvenil

Sobre todo el joven, el niño, y en especial el adolescente, mientras hacia afuera muestra el gesto de suficiencia y despreocupación, de baile perpetuo y risa constante, de frivolidad y de indiferencia, está lleno de inquietudes y por dentro bulle frente a lo desconocido.

La rebelión contra los padres, las manifestaciones agresivas u hostiles, la desobediencia responden al llamado de esa selva interior, de lo desconocido y contra lo conocido.

Maurice Debesse denomina esta realidad como "crisis de originalidad juvenil".

— Mis padres no me comprenden — suelen decir.

Y dicen bien. No los comprenden, no captan ese mundo conflictivo, ese doble mensaje que el joven encarna, el afuera bullicioso y el adentro reflexivo, buscador, analista, soñador, anhelante de originalidad, de identidad, de iniciar la vida a partir de sí mismo y producir una génesis diferente a la de sus padres.

Ni podemos ser como ellos ni podemos esperar que sean como nosotros. Amarlos es entenderlos, no concederles.

Conceder no da trabajo. Entender es un trabajo, una vigilia. Y luego procurar que de ese entendimiento broten relaciones no complacientes, pero sí estructuradas, para que los sueños y ese afán de lo desconocido encuentren cauces y contenciones.

Aquello es un río, un torrente. A ti no te corresponde frenarlo, pero sí encauzarlo, porque ese río de identidad personal, egoísta, centrada toda en sí misma, debe aprender que hay otros, que se es con otros, y que de ese aspecto de la naturaleza humana más elemental brotan los límites que son los vasos comunicantes interhumanos, inter-generacionales e inclusive inter-cogeneracionales.

No lo salves de sus conflictos, déjalo que cristalice su personalidad; no le sirvas en bandeja las soluciones ni le temas a lo desconocido, a lo que él, ella, no capta bien, ni procures explicarle todo. Déjalo, su ser es parte del misterio y necesita develarlo solo. Es su intimidad. Su intimidad es tu límite.

Recuerdos de mi adolescencia

También yo guardo este recuerdo de mi incipiente pubertad, lo llevo siempre conmigo: en mi escuela de entonces el director, que era un filósofo, nos reunía a todos, unos ciento veinte alumnos de la secundaria, en un salón, los viernes por la tarde, a modo de despedida de la semana, y hablaba, pronunciaba una alocución o discurso o análisis de temas capitales del hombre en relación con la hora actual.

Había ahí muchachotes de dieciocho años, grandes en cuerpo y en entendimiento. Y estábamos nosotros, los de doce y trece años, recién llegados, aplastados entre esa masa de cuerpos y cerebros, y francamente no entendíamos gran cosa de lo que el profesor decía.

Pero el recuerdo que me queda es el de la melodía de aquellos viernes por la tarde. El recuerdo, diría, de la fragancia de aquella sabiduría que el catedrático pronunciaba, que gran parte de los presentes captaba, digería y saboreaba, y que para nosotros era una ausencia, un vacío, y sin embargo no nos denigraba.

Sentía como una gran emoción de poder estar allí y participar en algo grande, de grandes, algo a lo que podría acceder cuando fuera grande y creciera debidamente.

Frases, versos, en efecto, me restan de aquellas jornadas. Esa conciencia de que hay cosas que no entiendo, hay cosas que no sé y que me falta saber, hay ideas que capto a medias, apenas las rozó, que me faltan; hacerse ese balance de humildad y estímulo a la vez, ese cuadro de un mundo grandioso, hermoso, profundo, vasto, y tú, hormiguita viajera, has de deambular por ese mundo que te asusta por una parte, mas por otra te invita a escalar sus montañas y avistar las luces que se descubren del otro lado de los muros rocosos.

Que nada sea fácil, amigos padres

Que nada sea regalado, colegas padres.

Si se habla de cosas profundas o graves, que los niños estén ahí presentes, y si no entienden —valga la exageración— mejor, que sepan que hay todo un mundo incognoscible y por eso tienen que crecer, estudiar, pensar, elaborar, madurar.

El sentido de la vida radica en esa aventura hacia lo desconocido, en superar obstáculos, en pasar por situaciones problemáticas.

Les repito, hasta el cansancio, aquella historia de Salinger. Un hermano está sentado junto a la cuna de su hermanita y le lee unos textos raros, profundos, extraños. Entra el otro hermano y lo interpela:

- ¿Qué haces?
- Ya ves, leo.
- Sí, pero la nena no entiende nada.
- No entiende, pero oye...

Y esa nena, cuando fue grande, recordaba que el hermano le leía extraños textos, y hasta creía recordar que eran fábulas de filosofía zen.

No sabes qué depositas en el alma de tus hijos. Ahí quedan aromas, vagas nubes de difuminadas vivencias, y vibran. Y eso es lo que les entregas, lo que no sabes que les estás entregando, eso penetra y fecunda.

Les entregas aquello que les transfieres en plenitud de ti mismo, en lo que crees, en lo que vale, lo entiendan o no, pero la melodía perdura, perdura...

El placer del esfuerzo

En siglos pasados la vida era una carrera de obstáculos, y el que se caía se rompía definitivamente la crisma.

En el siglo actual se procuró eliminar los obstáculos. Que la crianza de los niños y de los jóvenes sea dulce, lisa, tersa, enguantada, se dijo.

De la rigidez constrictora pasamos a la permisividad dulzona.

En los extremos caemos y hacemos caer a nuestros hijos. Hay que facilitar la vida, por cierto, pero no quitar todos los obstáculos.

Para mucha gente en este siglo, dice Huxley, ya se ha vuelto un fastidio la carrera sin obstáculos. Cuando todo es elemental, a la mano, y cuando se puede todo, todo está permitido, todo se torna insulso y hasta aburrido.

Esta educación para una vida sin obstáculos, obviamente, es mentirosa.

La vida es obstáculo y saltos en largo y saltos en alto y a menudo saltos olímpicos.

Luego, cuando de pronto aparecen los obstáculos y el país de las maravillas deja de serlo, el joven — ocurre en muchos casos— se siente desahuciado y se retira, por así decir, de la carrera, y se desvía hacia caminos no exigentes, pasivos del facilismo que aprendió en brazos de papá y de mamá amantes y envolventes.

Se retiran, renuncian y concluyen siendo desdichados sin remedio.

"Las placenteras emociones derivadas de la anuencia que se otorgue uno a sí mismo, interior o exteriormente, resultan insípidas en comparación de aquellas que tienen que ser alcanzadas por medio de laboriosos avances — que a veces no lo son— a través de obstáculos psicológicos hacia la meta deseada", sostiene Aldous Huxley.

Viva la existencia placentera

Del placer hablábamos, al placer volvemos. Si me preguntaran qué quiero para mis hijos diría:

UNA EXISTENCIA PLACENTERA

Placer, queridos amigos, es síntoma de felicidad. El tan buscado placer fue largos años perseguido como hijo de Satán, hermano del vicio, padre de la corrupción.

Es que siempre se tenía establecido que el placer está ligado a cosas, situaciones exteriores, burdeles para unos, conciertos para otros, viajes para terceros, compras para cuartos. Cosas, objetos, lugares, hechos.

Yo es así; he aquí un tema para que lo hables con tus hijos.

El placer es tuyo, algo interior, que brota de ti y que puede estar motivado, desde luego, por las Cataratas del Iguazú o los Lagos del Sur, o el rostro angelical de esa niña de enfrente que te tiene loco de amor, o una lectura, o un rayo de sol.

Pero esos mismos elementos podrían darse y que tú no reaccionaras placenteramente porque, sucede, sucede, estás en otra cosa.

El placer brota de ti, es tuyo, es tu actitud frente a la vida. Entonces no es indispensable llegar al bosque de los arrayanes, en la zona de Bariloche, que a mí tanto me impresionó, para alcanzar ese éxtasis de sí mismo consigo mismo que se denomina placer y que es signo de felicidad.

Si te abres, ingresa el placer. Apertura mental, espiritual, de los sentidos, de todas las porosidades de tu ser.

Yo pueden ni deben compararse. El placer de un manjar, el placer de una frase de Borges ("las tardes a las tardes son iguales"), el de la postal que recibiste ayer y que no esperabas, el del saludo en la calle en un encuentro inesperado.

Hijo mío, la vida depende de ti, mientras tú dependes de ella. Tú dependes de ella, físicamente, en cuanto ente existente; ella depende de ti en cuanto sentido, color, idea, valor, belleza.

Ese es el goce del descubrimiento. Descubrimiento. Antes estaba tapado, y viniste tú y lo descubriste.

Hay que descubrir un encuentro en la calle para gozarlo. Podría pasar a tu lado y que no lo vieras, no lo percibieras, no lo descubrieras.

En consecuencia, es trabajo. El trabajo de superar escollos, saltar obstáculos, sobre todo los interiores, esos murallones de la rutina que tenemos instalados adentro y que hacen que todo encuentro sea un encuentro más, y que las tardes a las tardes sean iguales.

Cuando descubres lo desigual te desequilibras y por ese resquicio aflora el placer, lo imprevisto, lo inaudito, la diferencia.

Bateson a esta situación la denomina aprendizaje. Por más que hayamos odiado a la escuela cada uno guardará en su memoria momentos de aprendizaje, de deslumbramiento durante la clase, o en el recreo, o frente a un texto, un instante durante el cual el cielo se abre y se te hace la luz, y el placer consecuente.

La ventana y el paisaje

Les transcribo unos versos de William Blake:

"¿Qué, se preguntará cuando el sol se eleve, no es un disco redondo de fuego, algo así como una guinea? Oh, no, no, yo veo una legión innumerable de las huestes celestiales exclamando: Santo, Santo, Santo, es el Señor todopoderoso. Yo no interrogo a mi vista corpórea y vegetativa más de lo que interrogaría a una ventana por el paisaje. Yo miro a través, y no con ella."

El cuerpo nos comunica con el mundo, como la ventana. Vemos a través de la ventana, pero no con ella.

Desde el interior parte la visión, y eso es lo que hay que educar mientras se conserva la ventana en buen estado.

De la visión interior depende qué veas en el exterior y cómo lo percibas. Puedes ver una bola de fuego, llamada sol. Puedes ver, si tienes la sensibilidad de Blake, la huella de Dios, un universo que le canta al misterio.

Entonces pensarías, quizás, que no existes solamente para alguien, alguien que te mire, sino para algo, para ser tú mismo una visión sobre el universo, un punto de vista que enriquece al propio universo.

Capítulo Ocho

La permisividad nuestra de cada día

El juego de la familia

La vida es drama. El drama, así lo significa el origen de la palabra en griego, es actuación. Actuamos, coactuamos, antiactuamos.

A veces somos, en la escena — en la casa, en la calle, en la oficina— protagonistas, es decir los primeros en la escena, los que sobresalen; otras veces somos coprotagonistas, compañeros de otros participantes; otras, antagonistas, opositores.

A diferencia del teatro clásico donde los sujetos son máscaras casi definitivas, definitivamente buenos o malos o viciosos o simpáticos o mentirosos o avaros, en la vida real, en el teatro nuestro de cada día, vamos cambiando de máscaras según el momento y la ocasión. Son los roles que asumimos por un instante, para modificarlos luego.

Vengo a casa y me siento a comer. La sopa está fría.

— La sopa está fría.

Es mi rol de acusador, de perseguidor. Mi esposa asume el rol de víctima:

— Lo lamento, es que... — se justifica, toda culposa ella, pobrecita.

Después se recompone, mientras hacemos el correspondiente ruido de la sopa fría.

— Decime una cosa, ¿y por qué viniste hoy más tarde que nunca?

— ¿Qué? — me defiendo yo.

Ahora ella es perseguidora y yo víctima.

Un juego, ¿entienden? Cómo no lo van a entender si constantemente lo practicamos todos, y veinticuatro horas al día.

Aparece el nene. Ve que tenemos las caras largas y que hay tensión en el ambiente. Se sienta a comer.

— Rica sopa — dice, para salvar a su madre.

Silencio. Madre agradecida, ojitos refulgentes.

— Gracias por haberme ayudado ayer, papá, en la composición. Me fue bárbaro en el colegio.

Papá reconfortado. Todos contentos. Nene salvador.

Hemos visto, pues, la posibilidad de tres roles en el psicodrama de nuestro hogar cotidiano:

- perseguidor
- víctima
- salvador

Son transacciones entre nosotros. Te doy, me das, intercambiamos. Por eso a la psicología que practica este enfoque de análisis se la llama transaccional.

Les ofrezco un ejemplo de estas transacciones, tomado de James y Jongeward (*Nacidos para triunfar*).

La madre, el padre, el nene intercambian roles teatrales

El hijo (Perseguidor):

- Sabes que no me gusta el color azul. ¿Por qué me compraste una camisa de color azul, mamá?

La madre (Víctima):

- Nunca estás contento con lo que hago.

El padre (Salvador de la madre, Perseguidor del hijo):

- ¡Vamos, vamos, basta! Qué es eso de gritarle a tu madre, ¿eh? ¡Te vas a tu pieza y te dejas de molestar!

El hijo (Víctima):

- Siempre es lo mismo. ¡Me dicen que diga lo que pienso y cuando lo hago me lo reprochan!

La madre (Salvadora del hijo):

- Vamos, no te pongas así, no es para tanto, no vamos a matarnos por una camisa. (Lo acaricia y le da besitos en la nuca.)

El nene sonríe. Ganó la partida. La madre se dirige luego a su esposo: ahora es Perseguidora.

La madre:

- No hay que ser tan severo con el chico, a veces te pasas de revoluciones, después de todo no fue nada grave...

Él la mira, atónito.

El padre (Víctima):

- Pero, querida, yo sólo quería ayudarte y ahora resulta que el culpable soy yo.

El hijo (Salvador de ambos):

- Mamá, papá está cansado, vuelve del trabajo, y vos estás algo nerviosa por el día que tuviste

así que hagamos todos las paces y vamos a ver tele que dan *El Chapulín Colorado*.

Los distintos papeles que cada uno representa

Dicen los autores James y Jongeward:

"De cuando en cuando, cada persona representa los papeles de Perseguidor, Salvador o Víctima. Sin embargo, cada persona tiende a enfrentarse con la vida y a jugar sus juegos más frecuentemente desde un rol favorito. El que representa no siempre está claro para el actor que puede actuar de una forma y sentir de otra. Por ejemplo, no es infrecuente el que una persona que se siente Víctima esté en realidad persiguiendo a los que la rodean. A menudo el cambio de roles origina el drama.

"Cuando marido y mujer buscan consejo matrimonial, cada uno de ellos se considera una Víctima que sufre la persecución de su cónyuge. Su expectativa puede ser la de que el terapeuta participe en su juego en el rol de Salvador, en vez de efectuar un rescate real."

Moraleja: Puedes acudir a otros para que te ayuden, pero en cuanto a salvación debes salvarte tú misma, tú mismo.

Segunda Moraleja: Ni tú misma ni tú mismo. Entre nosotros.

Tercera Moraleja: No hay que salvarse. Hay que ser con limpieza y honestidad y no jugar a hacer teatro.

La vida es teatro. Calderón lo afirmaba; Shakespeare lo expresaba así:

"Todo el mundo es un escenario y todos los hombres y mujeres sólo actores... ellos tienen sus salidas y sus entradas; cada hombre en su tiempo representa muchos papeles."

Pero uno es el teatro de la vida y otro el teatro premeditado como teatro que solamente quiere ganar posiciones, superioridades, partidas miserables como la lucha ante una camisa azul.

Eso hay que aprender, aprender y enseñar. Un malhumor auténtico, profundo, puede ser más educativo que una sonrisa embalsamada en la teatralidad del momento.

Sólo lo auténtico vale, sólo lo auténtico nos humaniza, sólo lo auténtico educa y transmite valores.

Aprenda a decir NO

En medio de tanto miedo a los hijos, miedo a los límites, miedo a perder la simpatía y la benevolencia de nuestros vástagos, aprendimos a decir solamente sí y nos reprimimos con el no, como si fuera maléfico.

El no es parte del sí. Si no, el sí es falso, mentiroso y desvalido, además de producir efectos de invalidez psíquica. El sí estimula a la acción; el no, al crecimiento.

Estamos hechos de complejas configuraciones. El impulso egoísta prevalece en la consecución de nuestros fines que son, ya lo explicamos, de superioridad sobre el otro. La solidaridad se logra con el no que frena esos impulsos y procura desarrollar la tendencia hacia la colaboración, que es el proceso educativo central.

Explica Paul Watzlawick:

"No cabe duda de que gran parte del proceso de socialización consiste en enseñar al niño aquello que no debe ver, no debe oír, no debe pensar, sentir o decir. Sin reglas muy definidas acerca de aquello que debe permanecer como ignorado, una sociedad ordenada resultaría tan inimaginable como una sociedad que no lograra enseñar a sus miembros aquello que deben saber y comunicar."

Quizás el ejemplo más clásico y más notable en este punto sean las famosas Tablas de la Ley, que contienen los diez mandamientos. Son dos: de un lado están los mandamientos positivos, lo que se debe hacer, y del otro los negativos, lo que no hay que hacer.

Ese es el modelo de la educación humana.

Una corona de olivo

Cada día es nuevo bajo el sol.

A mis alumnos les decía, y les sigo diciendo: hay que dejar de cumplir años y hay que cumplir días. Eso no impide distinguir, como sugerí antes, entre lo inmediato y lo mediato, que son dos líneas de valores, dos planos diferentes.

La meta lejana, para la cual la meta inmediata es valor en sí mismo y al propio tiempo es dimensión de medio y puente hacia un más lejos.

El más lejos te hace soñar. El más cerca te hace vibrar. Soñar y vibrar no son alternativas sino necesidades, ambas, y compatibles entre sí, del individuo en crecimiento.

Por eso son tan importantes los proyectos en la juventud; son los que hacen crecer a los adolescentes. Aunque no se cumplan, aunque parezcan fantasiosos, dice Francoise Dolto, no hay que troncharlos con un cínico realismo de productividad.

Lo productivo vale tanto como lo improductivo. Es el valor de lo inútil.

Yo empecé a estudiar filosofía, pedagogía, literatura y todos me perseguían:

— ¿Para qué sirve? — me preguntaban.

No sabía qué contestar, y me sentía humillado.

Sirve, y para mucho, pero no se cotiza en el mercado. Sirve para soñar, para pensar, para disfrutar ora del cielo, ora de una página de Hornero, ora de tus ojos, ora de mi propia presencia en el mundo. Sirve para proyectarse hacia la humanidad entera y hacia la Historia donde mi vida adquiere un sentido muy especial, más allá de lo coyuntural y momentáneo.

Valores lejanos, valores inmediatos

En *La Ilíada*, el héroe central se plantea en un momento la gran disyuntiva: si continuar luchando en Troya o volver a su casa y estar cómodamente sentado, junto a esposa e hijos, y disfrutar de una existencia calma, reposada, dulce.

"Dos hados diversos me llevan al término de la muerte: si me quedo aquí, sitiando la ciudad de los troyanos, pierdo mi retorno pero mi gloria será inmortal; si llego a casa, a mi amada tierra patria, pierdo mi noble gloria, pero mi vida será larga, y no me alcanzará pronto el término de la muerte."

El planteo, ven, es claro. ¿Qué espera al final? Siempre la muerte. Una muerte próxima,

eventualmente, si sigue luchando en Troya. Una muerte más lejana si vuelve a casa y vive tranquilo, en paz y en placer, fuera de toda guerra.

Pero la guerra es por una causa, por algo superior, y ese algo superior lo hace a él mismo superior frente a la inmortalidad de la memoria de la Historia.

Para los antiguos existían valores como la gloria, la fama, la honra. Valores relativos a la posteridad, a eso que uno dejará aquí, en la tierra, a favor de las generaciones que vendrán luego. Desde un árbol, hasta una conducta ejemplar.

Hoy vivimos para valores momentáneos, de satisfacción más o menos inmediata. Inclusive, debido a los vaivenes de la economía, la idea de ahorro que significa guardar algo hoy para mañana, ha desaparecido.

Todo es presente y el lema parece ser *carpe diem*, disfruta del día. Pero en verdad sólo puede disfrutarse del día si este día está inserto en una cadena de días que conduce hacia alguna meta. Gracias a la meta cada día adquiere un significado propio, es un refuerzo de la meta lejana; se da en el presente, pero al mismo tiempo afirma el futuro.

El que estudia hoy, disfruta mientras estudia, tiene la meta inmediata en el hoy, en el mañana, pero todo eso está al servicio de la meta lejana, y le permite el otro disfrute, el gozo de estar creciendo, ascendiendo, caminando hacia el horizonte del ideal.

Toda tarea, todo emprendimiento, tiene el mismo mecanismo. Lo que no conduce a ninguna parte pierde valor en sí mismo.

Es cierto que uno quiere ir al cine hoy para disfrutar de la película hoy. Si la película es excelente, la disfrutas y te deja un recuerdo, algo así como un interés del capital para mañana, para tu enriquecimiento ulterior.

Si la película es intrascendente, tal vez logra entretenerte por esta noche, y luego te quedas nuevamente vacío, como si jamás la hubieras visto. El presente que deja huellas es un presente vivido con plenitud y con trascendencia, es decir más allá de este presente.

Preguntaban, en su guerra con los griegos, qué estaban haciendo en ese pueblo. Les contestaron que los griegos practicaban los juegos olímpicos. Preguntó Jerjes:

— ¿Y cuál es el premio?

— El premio — le dijeron — consiste en una corona de olivo.

El rey persa se echó a reír. Sin embargo, había junto a él un sabio consejero que le hizo ver:

— Rey nuestro, es un terrible riesgo luchar contra hombres que no combaten por el provecho sino por la honra.

El que lucha por algo que está más allá, más lejos inclusive que su propia vida, un ideal, una causa, un valor, ese nunca cae derrotado; siempre vence, si no en vida, después de su vida, porque esa idea perdurará y otros la retomarán.

¿Para qué teedo, hijo?

Si teedo, hijo mío, para lucirte en sociedad; si teedo para que ganes dinero; si teedo

para que venzas a los demás en las contiendas de la existencia, te educo para la realidad inmediata, y eso es correcto.

Si te educara solamente para eso, te educo para el vacío y la desesperación, porque podrías llegar a tener todo, y aun entonces tendrías nada.

Es necesario, por tanto, que te edueque también para lo trascendente, para aquello que es invisible a los ojos, eso que no sirve para nada, salvo para vivir, para ser feliz, para creer, para confiar, para cultivar esperanzas, para soñar con un mundo mejor, superior, aunque bien sepamos que no es próximo ni cercano.

Pero el solo pensamiento de la costa que la nave debe alcanzar impulsa a la nave. Ser humano, hijo mío, es sentirse parte de alguna cadena de manos humanas, unidas a través del tiempo, bregando todas para que la nave de la historia alcance costas de paz, de justicia, de amor.

¡EL AMOR!

Eso que tanto declaramos, que tanto queremos, eso es un ideal y no podemos quedarnos a solas tú y yo, mi querida esposa, nosotros, mi querido hijo, en un reducto de amor si el mundo entero brama de odio, hostilidad, violencia.

Sí, la corona de olivo debería ser una de nuestras aspiraciones; mientras tanto luchamos por adquirir aparatos, viajes al exterior y otros enseres que nos dan prestigio y algo parecido al gozo; mientras, luchamos para ganarles a otros.

No sé estrictamente para qué te educo. Pero sé para qué querría educarte. Para el cielo y para la tierra, para que tengas confort y bienes y bienestar.

Y para que seas feliz. Que no es cosa del verbo tener, sino del ser. Y el ser no busca cosas valiosas sino valores, como la corona de olivo, la de una causa, la de alguna solidaridad, la que se gana sin ganarle a nadie, sino al contrario, abrazando a alguien.

Me duelen tus imperfecciones

Pero porque los amo me duelen sus imperfecciones, como a ellos les duelen las mías.

Si son totalmente irremediables, aparece el campo de lo imposible, y renuncio a intervenir en él. Si son remediables, intento hacer algo para que desaparezcan o se reduzcan. Procuro influir.

Eso hace un buen padre, una buena madre, una esposa amante: desear el crecimiento y el mejoramiento del otro.

El amor es exigente a veces, indulgente y piadoso otras veces. Pero si tú, hijo, puedes más, tú en comparación contigo mismo, no con otros, tú en referencia a tus propias potencialidades, sabes que siempre tendrás a tu lado, de cerca o de lejos, a un padre y a una madre que te besarán, te mimarán, te extrañarán, y te... criticarán, en forma abierta o simplemente con la mirada, el silencio.

Bien lo sabes. Sabes que se espera algo de ti, tu propio desarrollo hacia arriba y hacia adentro.

Eso es amor. Alguien espera algo de ti.

Nuevos problemas, viejas soluciones...

Uno dice que quiere el bien. Uno declara y proclama que quiere el amor y repudia el odio. En eso los tiempos se parecen. Difieren en cambio en qué se entiende por bien, en aquello que se interpreta como amor.

Isaiah Berlin nos explica:

"Todo estudio de la sociedad muestra que cada solución crea una nueva situación que engendra necesidades y problemas nuevos propios, nuevas exigencias.

"Los hijos han obtenido lo que sus padres y abuelos anhelaban... mayor libertad, mayor bienestar material, una sociedad más justa, pero los viejos males se olvidan y los hijos enfrentan los nuevos problemas que traen consigo las propias soluciones de los viejos, y aunque también éstos puedan resolverse, generarán nuevas situaciones, y con ellas necesidades nuevas, y así sucesivamente, siempre, de modo impredecible..."

Aprendamos primero que no es que tengamos conflictos sino que somos conflictos.

Diario de una adolescente

Anais Nin, notable escritora de comienzos de siglo, dejó un *Diario de adolescencia*. En él cuenta un diálogo que tuvo con su madre a los dieciséis años.

La madre le contaba su propio pasado, sus amores reales, sus amores eventuales. Casada ya, fue cortejada por un príncipe a quien ella quería mucho. Anais le pregunta a la madre por qué no dejó al padre y se fue con ese príncipe.

La madre le responde.

— ¡Ah, no, hijita! ¿Y mis hijos?

Anais reflexiona en su diario, a continuación:

"Otra vez el Deber. Todas las cosas de la tierra parecen girar alrededor de un centro. Un círculo, el centro, un punto, el Deber. Giramos a su alrededor hasta el final."

Claro que, como decía Berlin, hay conflictos entre valores. El deber es un valor. La voluntad propia y su libertad es un valor. La vocación es un valor.

Y el amor, por supuesto. Ser hombre es elegir. Y sobre todo estamos puestos a prueba cuando tenemos que elegir entre valores que se contraponen.

El amor de la madre de Anais implicaba el sacrificio de sus hijos. La madre de Anais eligió. Después de todo el amor a los hijos también es amor.

¿Amor? Resulta que no hay amor, sino amores, en plural, en riqueza. Todas nuestras adhesiones, todos nuestros principios, todos nuestros valores.

Esas ansias de ser superiores

Comenta Desmond Morris en *El zoo humano*:

"Cuando un hombre está llegando a la edad del retiro suele soñar con sentarse plácidamente al sol. Descansando y tomándose con calma, confía en prolongar una agradable vejez. Si consigue realizar su sueño de tenderse al sol, una cosa es segura: no alargará su vida, la acortará. La razón es sencilla: habrá renunciado a la lucha de estímulo."

No bien nacemos ya estamos en plena lucha, en plena carrera de estímulos, ganancias, alcances, logros. Vivir es hacer. Vivir es proyectar, es soñar, y es realizar y cotejar lo realizado con el diseño de nuestros planes.

Decimos "descanso", pero lo que insinuamos es otro tipo de actividad, algo que nos arranca de esta rutina. El descanso como tal es imposible, salvo el del dormir, que sigue trabajando con la tela de las imágenes oníricas. Trabajo al fin, no fuera de mí, sino dentro de mí.

La cita anterior continúa de esta manera:

"En el zoo humano, esto (la lucha) es algo en lo que todos estamos empeñados durante nuestras vidas y, si la abandonamos, o la emprendemos mal, nos encontramos en graves dificultades.

"El objetivo de la lucha es obtener del medio ambiente el óptimo grado de estímulo."

Uno se estimula, hace cosas para lograr estímulo que nutra con nueva energía esta necesidad de vivir estimulado.

El hombre primitivo vivía dentro de una estimulación natural frente a la constante amenaza exterior o la guerra del fuego o la batalla por el alimento.

El problema es del hombre civilizado. Esos estímulos naturales de la existencia en cuanto supervivencia han desaparecido. En la ciudad, protegidos contra las inclemencias del tiempo, sin peligros físicos inminentes, estamos, dice Morris, como animales en el zoo: sobreprotegidos. En consecuencia, necesitamos estimularnos.

El estímulo es el otro, la sociedad. Y el verbo tener es el que aquí reina. En realidad el tener parece referido a cosas, a dinero, a viajes, a todo lo que tiene un valor económico. Pero no es ese tener el objetivo.

Queremos tener, porque el tener nos proporciona un tener superior, el de la dignidad, el de la superioridad. No es la cosa tenida la que satisface, sino la superioridad que implica dentro del orden social.

Por ese motivo, por la estimulación que ofrece la superioridad, cayó Eva en los brazos de la tentación cuando Serpiente le ofreció aquel fruto prohibido. Eva preguntó:

- ¿Y qué se gana cuando uno lo come?
- Seréis como dioses — dijo Serpiente.
- ¿Y eso qué es? — preguntó nuevamente Eva, la curiosa.
- Eso significa ser superior, prestigioso, por encima de los demás.
- Genial — dijo Eva y se abalanzó sobre el fruto, y Adán luego estuvo encantado con ese fruto y el proyecto que contenía.

Así es como se pierde el paraíso.

¿Por qué la rivalidad?

Si el tener no fuera tan absoluto como valor, dice Ruth Benedict, "las emociones modernas de los celos serían ininteligibles".

Ruth Benedict es una antropóloga y ha estudiado diversas sociedades que manifiestan diferentes pautas culturales. Por eso es capaz de contemplarse a sí misma dentro de esta sociedad occidental y decir:

"Nuestras actitudes frente a los hijos son igualmente muestra del mismo fin cultural. Nuestros hijos no son individuos cuyos derechos y gustos sean casualmente respetados desde la infancia, sino responsabilidades especiales,

como nuestros bienes... Son, fundamentalmente, extensiones del propio yo y dan una oportunidad especial para el despliegue del yo y la autoridad."

Esto no es natural. No es natural esta intensa relación de pertenencia que hay entre padres e hijos en nuestra sociedad.

"Está impresa en la situación por los impulsos mayores de nuestra cultura."

Cultura de tenencia. Cultura de atesoramiento y posesión.

El amor y la propiedad suelen amasarse en una extraña mezcla, indiscernible. Tener significa tener rivales, tener a quién ganarle, a quién superar en el tener. En la fuerza, en el saber, en los bienes materiales, en la belleza.

"La rivalidad es una lucha que no tiene por centro los objetos reales de la actividad, sino la derrota de un competidor. La tensión ya no se dirige a proveer adecuadamente una familia o a adquirir bienes que puedan ser utilizados o gozados, sino que se dirige al propósito de adelantarse respecto de los vecinos y a tener más bienes que cualquier otro. Toda otra cosa es dejada de lado, fuera de la gran finalidad de la victoria."

Ruth Benedict habla de unas tribus primitivas en Estados Unidos, los kwakiutl. Pero está claro que nosotros, los civilizados, estamos en la misma.

"La rivalidad es una tiranía de la cual nadie puede librarse una vez que se la estimula... El deseo de superioridad es insaciable. Nunca puede ser satisfecho."

Eva cayó en la trampa de la tentación de ser una diosa. Hoy las diosas andan por las calles y otras las miran y las envidian y se matan por llegar a ser como ellas, diosas. Y los dioses, no necesariamente por sus atributos físicos, los dioses del poder, de la superioridad, del auto más sofisticado, del chalet más cotizado, gustan de fotografiarse con las diosas.

Rivalidad. Competencia. Estímulo. Adrenalina.

Envidia.

La envidia existe, sí, y hay que saberlo, y hay que reconocerlo. Entre él y ella. Entre padre y madre. Entre hijos e hijos. Entre padres e hijos, entre hijos y padres.

El pecho bueno y el pecho malo

Melanie Klein estudió este tema a fondo, desde el psicoanálisis.

El bebé se maneja, explica Klein, con ambivalencia frente al pecho materno. Hoy lo ve bueno, mañana lo ve malo. Bueno, cuando lo nutre; malo, cuando está ausente.

Objeto bueno y objeto malo. Lo bueno produce gratitud. Lo malo, envidia. Gratitud es amor, envidia es hostilidad, negación del otro.

Son momentos pasajeros, alternantes en la realidad cotidiana. Se suceden. Lo importante es eso, que se sucedan, no que la envidia sea suprimida, ya que no lo será, siempre reaparecerá, pero que también haya amor, gratitud.

Dice Melanie Klein:

"El niño con una fuerte capacidad para el amor y la gratitud, tiene una relación profundamente arraigada con su objeto bueno, y puede resistir estados temporarios de envidia, odio y sensación de perjuicio sin ser fundamentalmente dañado. Estos estados surgen aun en niños que son amados y reciben buenos cuidados maternos. De este modo cuando los estados negativos son pasajeros, el objeto bueno es recuperado una y otra vez.

"Este es un factor esencial para su consolidación y crea el cimiento de un yo fuerte y la estabilidad."

Los padres que quieren evitar frustraciones de sus hijos y por ese motivo son fuentes constantes de permisividad, sin límites, sin enfrentamiento, sin escollos, impiden el desarrollo de la capacidad humana de sufrir ausencias, de encarar las situaciones que se presentan como negativas en cuanto pasajeras y dignas de ser superadas luego, a través del amor que liga a causas favorables.

El miedo a los límites, el miedo al conflicto, es el que luego se traslada a los hijos y opera en ellos como debilidad para controlar la envidia y fomentar la gratitud, el amor, la capacidad de goce.

Dice Melanie Klein al respecto:

"La ausencia de conflicto en el niño, si tal estado hipotético pudiera ser imaginado, lo privaría del enriquecimiento de su personalidad y de un factor importante en el fortalecimiento del suyo. El conflicto y la necesidad de superarlo constituyen un elemento fundamental en la facultad creadora."

El hombre en el vientre de la ballena

El tema que se nos plantea es el siguiente: cómo hacer para que la envidia se transforme en potencia positiva, creativa.

Por una parte, no podemos evadir la prisión esa de la rivalidad, de la envidia, de la lucha por el prestigio y la superioridad. Es inevitable.

Sin embargo hay algo que es posible: mitigar esa ansiedad y canalizar el resto de la energía hacia el dominio de sí mismo.

Superar, sí, pero superarse.

En ese caso la envidia, que es mirar al otro y lo que el otro tiene, contempla los modelos

superiores que la historia contemporánea y la pasada proveen, y a su luz procura modelarse.

Eso es crear. Y la mayor de todas las creaciones no es una estatua ni una pintura ni una máquina sofisticada. La mayor de todas las creaciones es crearse a sí mismo, modelarse, recrearse. Diariamente. Renacer.

En todos los pueblos se cuentan historias de héroes que renacen después de haber pasado por duras pruebas en que el sujeto está a punto de perderse. Finalmente, gana. Se gana a sí mismo, y en ello consiste su heroísmo.

Uno de los más simbólicos es el caso de Jonás. Jonás es enviado por Dios a la ciudad de Nínive para predicarles el bien, la justicia, y de esa manera salvarlos de la destrucción.

Jonás se niega. No quiere ese destino. Quiere vivir tranquilo. Rehuye el envío y el mensaje. Huye de Dios, que es huir de sí mismo, y toma un barco que surcará lejanos océanos. En el barco, así espera, estará a salvo.

Pero una tormenta sacude al barco, y todos los tripulantes y marineros y pasajeros están desesperados. El único que no está desesperado es Jonás.

Él se encuentra en una punta de la cubierta durmiendo como un bebé. La gente lo sacude y lo despierta.

— Fíjate — le dicen —, la tormenta que está por destruirnos, y tú ahí durmiendo. Haz algo.

Jonás entiende que la tormenta lo persigue a él, al fugitivo. Entonces pide a los marineros que lo arrojen al mar, así cesará la tormenta.

La tempestad, en efecto, se aplaca. Jonás cae en las aguas y allí es devorado por un gigantesco habitante del mítico océano, una ballena portentosa.

Dentro de la ballena, con vida y ahora en soledad como para pensar y reflexionar, Jonás le reza a Dios para que lo devuelva al mundo exterior. Dios oye su plegaria, y la ballena abre la boca y escupe a Jonás en una de las costas.

Es el renacimiento del héroe. El vientre de la ballena era como el vientre de su madre y el mar, el líquido amniótico. Jonás huía de sí mismo y no quería asumirse en su calidad de adulto responsable que debe ayudar a otros adultos, a otros hombres. Quería ser un bebé.

El bebé vive totalmente encerrado en sí mismo, y si está en el vientre materno tanto mejor. Es el colmo del egoísmo y del encierro del ego.

En la ballena cae, es la caída más profunda, y ahí, como feto, renace y vuelve a la tierra a realizar su destino.

En más de una ocasión las zozobras humanas, nuestras luchas por el poder y el egoísmo, nos arrojan a hondos y procelosos mares.

Son pruebas. La prueba del héroe. La oportunidad de detener la marcha, meditar y retomar el camino en cuanto renacimiento.

Cábala del número 7

El candelabro que había en el templo, en Jerusalén, tiene la imagen de siete brazos. Son los siete días. Y es transparente el significado de esa imagen. Tres de un lado y tres del otro, y en el medio el séptimo día, el fiel de la balanza.

Cada día está a tres, a dos, a un día del séptimo que lo espera. El séptimo es la fiesta y en cada día debes prepararte un poquito, para la fiesta. Cada día ha de tener algo de la fiesta del séptimo.

Los seis, tres y tres, miran hacia el medio, hacia el séptimo. El medio es el que irradia su luz sobre los dos lados.

Dos lados. Pensemos en los dos lados. El lado del padre y el lado de la madre. El masculino y el femenino. El séptimo los erotiza, en busca de la unión. El lado de la inteligencia y el lado del sentimiento. Deben integrarse.

El séptimo es la integración, la búsqueda del uno.

Pero todos los días han de tener un rocío de santidad, una hora de sí mismo, algún momento de fuga, de desierto, de salida del fragor de la batalla del odio que la supervivencia darwiniana impone, una iluminación, un reflejo del séptimo día, de Dios.

El árbol de la vida: el amor y la ley

De un lado están las tres esferas del rigor y de la exigencia y de la ley y del castigo, del árbol de la vida. Del otro lado, el árbol hace crecer las ramas de la indulgencia, de la piedad, del amor.

El amor no puede vivir sin la ley. La ley sin el amor es despiadada.

El amor espera que se cumpla la ley de la disciplina, del trabajo, del esfuerzo, y entonces florece. La ley espera que el amor irrigue las arterias de las relaciones humanas para que ella no tenga que entrar en acción.

La finalidad es el amor, es el séptimo día. Pero hay una ley, y es tu esfuerzo, tu crecimiento, tu trabajo normalmente volcado hacia afuera, hacia el poder, y que debe volverse trabajo para el séptimo día.

Presencia de Dios en la vida del hombre

Si el séptimo día es la luz que llevamos como un faro pendiente sobre nuestras cabezas, los seis días de fatiga se llenan de sentido y van hacia una finalidad. El que tiene ese día sabe de Dios. Saber del sabor.

La luz dentro de la vida de cada cual, eso es presencia de Dios. Entonces, automáticamente, desaparecerá el mal mayor del siglo, el famoso stress, la angustia de estar llenos de medios y totalmente desprovistos de fines.

Hacia la luz. Del descanso, que no es dormir la siesta, insisto. Descanso del afuera para que brote el adentro. Descanso de todas las ficciones de nombres, cosas, títulos, etiquetas, y aparición de la desnudez, del ser, de confirmar la creación y la parte que me toca en ella, por haber nacido, pero luego, sobre todo, por la luz lograda, la luz conquistada, la del séptimo día a la que arribo escalando montañas y suprimiendo montañas que pesan sobre mis hombros y me tienen aplastado.

— ¿Cómo andas del séptimo día?

Así deberíamos preguntarnos los unos a los otros, sin que obste para que sigamos preguntando cómo andas del hígado, de la dieta, del colesterol y sobre todo de las finanzas.

— ¿Cómo andas del séptimo día?

El número 2 es el primero

Había, en un remoto pueblo de un remoto tiempo en la Rusia helada, dos maestros.

Uno de ellos se llamaba "el maestro del tapado de pieles". En efecto, cuando llegaban los tremendo fríos, se envolvía en ese tapado de pieles y daba clase, cómodamente.

El otro era "el maestro del hogar". En su casa encendía un hogar, y allí enseñaba a sus alumnos.

El primero estaba caliente él sólo. El segundo estaba caliente él con el calor que compartía con los demás. A él no le faltaba nada y los demás disfrutaban de ese fuego, de ese hogar.

Un tapado de pieles produce satisfacción, bienestar. Un fuego compartido produce felicidad, estar bien. El árbol no está solo, está en el bosque. El hombre no está solo, está con otros, es su ser con los otros. Por eso la primera letra hebrea que inicia la Biblia es la letra B, que vale numéricamente dos. Porque el comienzo para el hombre es dos, la cifra mínima. El uno del hombre no existe, es ficción matemática.

Sólo Dios es uno; nosotros siempre dos, mínimamente dos. El bebé nace y está su mamá: dos y luego tres y más y más. Pero nunca menos de dos. El que es menos de dos, el que pretende ser uno, está arrancado del dos y en consecuencia está herido.

¿Feliz? Nunca. Pieles, sí; calor, sí; eficiencia, sí. ¿Feliz? Nunca.

Felicidad es lo que se recibe cuando se da. Calor, hogar, yo y tú, nosotros. El calor del envolvimiento con otros.

Quiero hijos equilibrados de corazón y razón

Acerca de la educación para la felicidad dice Herbert Read:

"El conocimiento sólo puede injertarse con felices resultados en un tallo de bondad; si lo injertamos en tallos desequilibrados, poco desarrollados y neuróticos, lo único que hacemos es dar fuerza a impulsos que pueden ser malos o corruptos de por sí."

Conocer es la gran potencia humana. Con el conocimiento llegó el hombre a dominar la naturaleza y a armarse su propio mundo, a perfeccionar métodos para luchar contra el hambre y contra la enfermedad.

Pero no estamos para conocer. Estamos para vivir, y vivir es ser con los otros, compartir, convivir. El tallo de bondad.

Primero eso, la formación del carácter, de los límites, del respeto, de la solidaridad. Dentro de eso, dice Read, injertemos el conocimiento.

Quiero hijos equilibrados entre corazón y razón, entre conocimientos, saber y sabiduría de la vida, de la ética, de la humanidad que supera al individuo y lo inserta en un todo mayor que él, pero que le da sentido a su existencia individual.

Para la felicidad se requiere de una actitud, de una apertura hacia lo ajeno. Aunque la felicidad es para mí, depende del otro.

Capítulo Nueve

Límites, reglas, costumbres

Lo que uno aprende en una cancha de fútbol

Fui con mi sobrino a la cancha. Mis cuñados, felices. Quitarse a ese adolescente de encima por unas horas les pareció un acto de suprema caridad por parte mía.

Y a mí me gusta ir a la cancha. Y mis colegas de la Universidad, francamente, muy cancheros no son. Alberto hubiera ido, pero prefiere a su novia. Amir hubiera ido, pero prefiere a sus amigos.

Me sentí muy solo y el partido, Ferro Vélez, no era sacrificable. Yo, por motivos ecológicos, soy de Ferro. No me quedaba otra salvo Javier, mi sobrino. Lo único que le dije es que si comía panchosería sin mostaza, porque, no me arruinaría otro pantalón como en el partido San Lorenzo Huracán.

Fuimos a la popular, por supuesto, porque me gusta palpitar con la emoción de la gente y sus gritos. Gritamos. Yo voy a la cancha a gritar. Es el único lugar donde puedo hacerlo. Y me di cuenta de que me hace bien. Grito de todo, digo de todo, y uso todas las palabras que en la cátedra te prohíben.

En fin, me siento libre. Y feliz, y pibe. Sobre todo pibe, joven, sin compromisos salvo el de enseñarles a los jugadores cómo manejar la pelota debidamente.

No lesuento quién ganó. Odio las pálidas, así que cambiemos de tema.

Claro que mi función no es hablar con ustedes de fútbol. Hablemos de límites.

En la cancha aprendí el tema este de los límites en su mayor fulgor y esplendor. Y como soy de la línea de Sócrates, el filósofo digo, no el jugador de fútbol, al salir fuimos a comer pizza con cerveza, y de paso practicamos el siguiente diálogo con Javier, dieciséis años, jeans debidamente rotos, desflecados, melena a media espalda, arito izquierdo, zapatos tipo miliar, Segunda Guerra Mundial.

— Lástima las expulsiones que hubo — dije.

— ¿Y qué querés? ¡Fueron unas patadas terribles!

— Claro, porque vos sos de Vélez — le dije.

— No, no porque yo soy de Vélez — me dijo, todo justiciero —, es que le dieron una patada que lo quebraron. La tarjeta roja estaba bien.

— ¿Pero para qué se necesitan tarjetas? ¿Para qué la roja, la amarilla? — le dije, dándole a la faina con la de muzzarella juntas, que así comen los que saben comer.

— ¿Sos loco? ¿Cómo vas a jugar sin tarjetas? ¡Se matarían!

— ¿Y en tu casa, Javier? ¿Hay tarjeta roja, tarjeta amarilla?

— ¿Qué querés, que me rajen de casa?

— No, no quiero eso, porque te aprecio mucho y no deseo que vengas a mi casa si te rajan de la

tuya... Pero, ¿en tu casa, hay tarjetas?

— Dale, tío, en las casas tiene que haber libertad, entendés, libertad, y los viejos tienen que dejarle a uno hacer su vida.

— Sin tarjetas, sin advertencias, sin expulsiones...

— Sí, porque es mi vida, entendés, es mía, y yo hago con ella lo que quiero.

— Pero vivís con otros.

— Es el problema de los otros.

— ¿Pero en qué se diferencia tu casa de la cancha de fútbol?

— ¿Qué tiene que ver?

— Imagínate que echan a cinco jugadores de un equipo y a cinco del otro, ¿seguiría el partido?

— ¡Seguro!

— Y si el referí, el árbitro digo, se descompone y se va y no hay quien lo reemplace, ¿seguirían jugando?

— ¿Cómo vas a jugar sin referí, sos tara?

— En casa y en la vida en general — dije con voz de catedrático severo—, querido Javier, no se puede jugar a nada, ni mucho menos a la convivencia, sin referí, sin tarjetas, sin límites.

— ¿Y quién es el referí en casa?

Ahí, confieso, me mató. Nunca esperé ese interrogante. Finalmente, zafando como pude, le comunique:

— En tu casa no hay referí, cada uno es jugador y referí a la vez. Por eso tenemos que ponernos todos de acuerdo, qué se puede, qué está prohibido, a quién le da en el hígado lo que el otro hace, y sacar tarjetitas para que el partido pueda desarrollarse.

— No vengo más con vos a la cancha — me castigó— ; primero te haces muy el amigo y después terminas siempre rompiendo...

No reproduzco el resto por razones obvias.

Ahora voy a la cancha a menudo, solo ya, porque tampoco me gusta que otros me sacudan pochoclo, cigarrillos, cerveza y sobre todo mostaza encima de mi atuendo.

Pero voy a contemplar la vida. Uno grita, patalea, aplaude, es todo corazón. La fiesta es grande, la emoción fantástica, la felicidad cuando los tuyos ganan, incontenible. Pero todo eso funciona así, tan libremente, gracias al referí y a los dos colores, el amarillo y el rojo. Igualito que los semáforos, igualito.

A los límites antes les decían ética

Uno dice "límites" y cree estar diciendo "censura", "castración", "cárcel".

Les cuento que este término, de la forma en que se aplica actualmente, es nuevo.

Antes simplemente se le decía ética, moral, buenas costumbres, en fin: HUMANIDAD. La única manera de ser los unos con los otros.

Y siempre hubo rebeldes, claro está, y debe de haberlos también ahora.

Los rebeldes son aquellos que tiran abajo viejas normas y establecen nuevas normas.

Así hicieron los comunistas cuando se rebelaron en la Rusia Soviética ante el régimen zarista: cambiaron un régimen por otro régimen.

Les puede gustar, disgustar. Cuando cayeron los muros, y sobre todo el de Berlín, la gente no empezó a hacer lo que se le antojaba, sino que pasaron a otro sistema de vida, es decir sistema de límites, de obligaciones, de deberes y de los consecuentes derechos, por cierto.

Son normas. Son valores. Son definiciones que noeman de la subjetividad de cada cual y de su privacidad. Su validez depende del grupo humano al que pertenecemos. Es decir, de la cultura en que crecemos.

Allí están los límites, las pautas, la prohibición del incesto, la prohibición de la antropofagia, la prohibición del crimen; las grandes prohibiciones y las pequeñísimas, que hacen a la vida cotidiana de la gente que no mata ni destruye pero que convive, y para ello necesita de normas mínimas, que son como trazados de camino, justamente para dispensar a uno de tener que pensar cómo me relaciono con el otro. Por eso le digo buenos días, por eso le doy la mano, por eso le hago una seña. Modales, superficiales y tontos modales, sin valor propio, pero con un valor utilitario inmenso: ayudan a vivir.

El marco y la pintura de Picasso

El marco de la pintura. La más genial de las pinturas de Picasso necesita de un marco, enseña Ortega. El marco, es cierto, no vale gran cosa, por más artístico que sea. Lo que vale es la pintura. Pero sin marco no existe, no puede ser expuesta, no puede ser vista por otros.

Lo esencial es qué se dirá después del buenos días, qué tal, cómo te va, y la familia. Eso, lo anterior, es apenas una introducción para facilitar el contacto, la conexión. Lo importante es lo que viene luego. Pero sin el marco, la introducción fútil, no podemos llegar a lo importante.

El científico es un hombre de límites muy rigurosos cuando trabaja en su laboratorio. Y cuando llega a su casa y se encuentra con esposa e hijos, tiene otros límites, no los de la ciencia; otros límites que no son científicos, pero que son igualmente necesarios, útiles, porque emanan de la cultura a la que uno pertenece y que hace que nos sentemos a la mesa todos juntos y no nos arrojemos el vino a la cara para desearnos felicidad, sino que levantemos las copas y las hagamos tintinear unas con otras.

En otra cultura se hace, seguramente, de otra manera. Hay quienes arrojan las copas por sobre sus hombros, pero supongo que toman la precaución de no herir a nadie.

Los límites, los modales, las formas, se comparten. Si no se comparten, no tienen sentido.

¿Por qué va la gente al templo?

La libertad no está en el brindis. Está entre brindis y brindis, entre saludo y saludo.

Los límites, hijo mío, son para un mundo en comunicación humana; para eso sirven. Por lo demás, si vives solo, si estás solo y a toda costa insistes en apagar puchos en la alfombra de tu casa, sin daño para nadie, hazlo, es cosa tuya.

Los límites, las normas, los valores, corresponden al hecho de que hay un sector de la vida que no es cosa mía, que es cosa nuestra, cosa compartida, que me hace depender de ti, y a ti de mí, y a nosotros de otros, y tienen un solo efecto: hacernos más o menos felices. De eso se trata, nada más que de eso.

Y si eres religioso rézale a Dios cuando quieras, y dile lo que quieras, y no es menester que le preguntes a nadie cómo se hace.

Si participas, en cambio, en una comunidad, si te es indispensable el calor humano de poder decir no solamente Dios mío, sino Padre nuestro, entonces debes limitar tus aspiraciones anárquicas y seguir el ritual que todos comparten.

Fíjate, el ritual es lo que compartes. Y Dios sigue siendo el misterio de cada uno.

Rilke decía que un hombre debe tener varios nombres, para sí mismo, para el otro y uno oculto para cuando te llame Dios.

Las normas, los límites, son del orden de aquel nombre tuyo que te relaciona con otros seres humanos.

El resto es incógnito; lo incógnito, precisamente, es lo tuyo, lo absolutamente tuyo, inefable, incompatible.

Hijo mío, estamos hechos de múltiples dimensiones. Algunas para nadie, otras para otros. Si te hablo de límites, te hablo de amor, de relación, de ser con otros.

Reglas de juego

Hay reglas, hay límites. Hay algo que es la costumbre de las reglas y de los límites, su modo de ponerlos en práctica: es la moral, que viene del latín *mores*, costumbres, o su equivalente griego *ethos*, de donde proviene la palabra ética.

Uno nace y aprende a comer, a caminar, a jugar, a moverse. Al mismo tiempo aprende los límites, las distancias entre el bien y el mal, entre lo conveniente y lo negativo.

¿Cómo lo aprende el infante? De sus padres. Así como aprende a jugar a las bolitas de sus amigos, y todo el grupo de la misma edad aprende las reglas de ese juego de sus amigos mayores.

Alguien mayor le enseña a alguien menor y le transmite su mundo, sus reglas. No hay más alternativa que ésa. La madre da el pecho y junto con la leche va entregando modos de ser, de sonreír, de cantar, de hacer bien, y prohibiciones de no esto no se hace, no chupes la almohada, no rompas el juguete, no comas barro, eso no se hace.

Todos habremos observado cómo se deleitan los pequeños en la repetición. Les gusta que les cuentes el mismo cuento, que les hagas el mismo gesto, la misma broma, la idéntica cosquilla y ellos

mismos, en cuanto pueden o descubren cierto movimiento, lo repiten las más veces posibles. Es su placer, es su deleite.

¿Qué es repetir? Es establecer una regularidad, una regla. Así hasta el año de vida. Luego, entre los primeros años sigue rigiendo ese placer de repetir conductas completas, arreglar la mesa, colocar toda una serie de objetos en cierto orden determinado, repetitivo. Es placentero. El placer consiste en poder hacerlo. En poder hacerlo bien.

Esta es una regularidad descubierta por el individuo y válida para él. Es su propio invento esconder algo bajo la almohada, encontrarlo, volver a esconderlo, etcétera. O construir con cubos una mansión, algo que es mansión solamente para él. Otro viene y ve allí un garaje. Otro dice que es un parque de animales.

El egocentrismo reina aquí y cada uno se relaciona fundamentalmente consigo mismo, y traza estas frecuencias en forma de rituales. Significan algo para él. Eso es un símbolo.

El símbolo vale solamente para uno mismo. Esto es un palacio, dice el niño, y es válido para él. El signo, en cambio, es un estadio superior de captación y relación.

La evolución de la persona, según Jean Piaget

Dice Jean Piaget en su libro *El criterio moral del niño*:

"El símbolo es individual y motivado. Para que el signo suceda al símbolo es necesario que una colectividad borre de la imaginación de sus individuos aquello que tiene de fantasía personal y elabore una serie de imágenes obligatoria y común, de acuerdo con el código de las propias reglas".

El egocéntrico, enseña Piaget, vive con símbolos, rituales, regulaciones, repeticiones que tienen un sentido particular para él.

Crecer es entrar en el mundo de los signos, que son las reglas que valen para todo un grupo de gente y que te comunican con ese grupo de gente por cooperación o colaboración.

Así se pasa del "me gusta", "se me antoja", "así quiero yo que sea", al estadio superior de lo objetivo que puede ligarnos, de lo que es en sí, o en otros términos, para todos nosotros.

Estas reflexiones de Piaget me conducen a observar el mundo contemporáneo en el que se dan, diría, regresiones a un egocentrismo de primera infancia en muchas personas o, al menos, en múltiples situaciones vivenciales de la persona.

"Así me parece a mí", dicen muchos y se encierran en sí sin dar lugar ni brecha a cualquier confrontación con lo que les parece a otros.

Haber entendido que ser uno mismo es caer en esa especie de eclipse de todos los demás, y manifestarse en el delirio personal como gran logro de la persona ha producido las grandes crisis interhumanas de este siglo.

Cómo hacer para comunicarnos mejor

Dicho en otros términos, ¿qué aprendemos?

El hombre es totalmente feliz cuando está totalmente radicado en un mundo de cosas, máquinas. Luego entra en crisis de neurosis varias cuando el objeto de su vida no es un objeto, es un otro, un otro

sujeto como él, y ambos fueron criados en la gran declaración de principios de hace la tuya, practica la libre expresión, decí lo que sientas, manifestá tu interior, sé sincero.

Resulta ser que también el otro practica lo mismo que tú y, en consecuencia, cada uno está solo en su encapsulamiento, y luego se llora francamente la falta de comunicación.

Quien atienda al lenguaje que usamos verá cuan fragmentario, cuan desintegrado, cuan incoherente es. Es un lenguaje de símbolos. Hablo y me entiendo. Claro que le hablo al otro y supongo que domina mis símbolos. Supongo mal. Él tiene sus símbolos.

Al principio yo, el que les habla (les escribe), yo tenía unos tremendos complejos de inferioridad. Me decía a mí mismo, siempre que salía de diálogos, mejor dicho monólogos semejantes: "¿Dios mío, por qué me has abandonado? Tantos años de estudio, de lecturas, de enseñanza, de trabajo, y finalmente resulto ser un infradotado frente a ese señor, esa señorita y en general toda esa gente que habla en difícil, que dicen cosas misteriosas, ocultas; y yo, que me creía cabalista, resulto ser un perfecto ignorante, totalmente radiado de esa alta sociedad de intelectuales o de la otra sociedad, la común y normal de gente de la calle que habla, y que entre sí parecen entenderse perfectamente, y el único que no los entiende soy yo..."

Así, confieso, anduve mucho tiempo. Así como a mamá no me atreví, en mis años de adolescencia, a contarle que me sentía disminuido porque no podía captar quiénes eran los Realistas que a toda costa querían conquistarnos y dominarnos, y luego quiénes eran los Borbones y los Habsburgo, cuando todos mis compañeros, sonrientes y dichosos siempre, parecían entenderlo todo.

Así, exactamente así, me sentí yo en estos últimos años, lleno de culpa por ser tan bruto, por no poder captar el lenguaje de todo el mundo, tan inteligente y tan brillante, que con palabras entrecortadas, frases enrevesadas, silencios, gestos y otras maravillas parecían decir historias de *Las mil y una noches*, y yo me quedaba afuera, y sufría y sufría y me preguntaba si no era ya demasiado tarde para hacerse un test de inteligencia...

Hasta que me revelé y revelé, gracias a este texto de Piaget, que manejaban símbolos, no signos, que se entendían ellos mismos, y eso en el mejor de los casos, y que los otros que les contestaban, lo hacían en términos de sus propios símbolos, y que se trata de una especie de gran confabulación, de hablar cada uno lo suyo haciendo el show de la conversación y del intercambio de ideas, cuando en realidad no hay manera de intercambiar nada.

Las reglas

Según Jean Piaget (*Estudios sociológicos*) hay tres realidades sociales fundamentales:

"*Las reglas, los valores, los signos.*"

Toda sociedad es un sistema de obligaciones (*reglas*), de intercambios (*valores*) y de signos convencionales que sirven de expresión a las reglas y a los valores (*signos*).

Les está hablando un científico, y su comentario se refiere a toda sociedad, a todo tiempo, a todo ser humano.

Sin esos tres elementos — *las reglas, los valores, los signos*— no se puede convivir, y por tanto, en general, existir.

Los valores no son los que la gente dice, declama, o proclama. Si declaramos:

Todos somos hermanos, todos somos iguales, y luego en la realidad contemplamos y vemos que algunos comen de más y otros no tienen ni pan para alimentarse, que unos llegan a la universidad, y otros no pueden llegar siquiera al colectivo que viaja a la universidad, nos preguntamos si esos valores son reales o son meras expresiones de deseo.

Por eso la educación de los valores emerge no de los discursos de los padres sino de *sus conductas, de su ser modelos para los hijos*.

De ahí brota el aprendizaje, de los modelos que los padres ofrecen. Si para ellos es más importante un libro que una entrada al cine, aprenderá el hijo que la lectura es un valor primordial. Si, en cambio, para libros no hay plata y para hamburguesas sí, que nadie se queje luego diciendo:

— ¡Qué drama el de nuestro tiempo, los jóvenes no quieren leer!

Los valores o están en la realidad o no están.

Volviendo a Piaget y a las ideas de la democracia:

"Un régimen democrático reconocerá como valores esenciales la dignidad de la persona humana, la libertad de pensamiento, el respeto al veredicto popular, etcétera, y si la valorización y los intercambios cotidianos no están conformes con tal escala, las más bellas constituciones quedarán en letra muerta y el régimen no podrá entrar en las costumbres."

Los valores corren como la sangre por el cuerpo dentro de las costumbres. Y si ahí no corren, *no corren*.

A menudo las crisis comunicativas entre la sociedad de los padres y la sociedad de los hijos pasan por ese fino hilo, esa angosta cornisa, de los valores queridos, aplaudidos, ingresados en altos discursos, pero totalmente ajenos a la realidad.

Para dejar de mirarse el ombligo

Mirarse el ombligo es un juego. Hace un siglo que lo venimos practicando y descubrimos que tenemos la cabeza torcida, la columna desviada, y qué hacer, lo único que nos interesa saber, qué hacer, eso está muy lejos aún de nosotros.

Porque para saber qué hacer se necesita contar con límites, valores, pautas, roles, fines para los medios y medios para los fines, un proyecto de vida; algo que vaya más allá de mi vida, de tu vida, algo que nos contenga a ambos, algo en cuyo nombre, hijo mío, te pueda hablar, te pueda educar, te pueda reclamar y exigir, para que veas que si bien el camino es tuyo y nada más que tuyo, con tu libertad y tus vocaciones en el eje, no será camino a menos que se engarce en algo compartido con otros.

Somos humanos no porque hacemos cada uno lo que mejor le parece. Somos humanos porque pertenecemos a algo que es el ser humano, su historia, sus sueños, sus anhelos, sus fines.

Entonces hago lo que mejor me parece, y eso me satisface. Pero si lo hago dentro de un esquema que me liga a los demás, además de la satisfacción momentánea logro una satisfacción atemporal, más allá del presente, y a ella me remito y sólo a través de ella eludo mi ineludible soledad, y a través de ella, dentro de esa trama, puedo comunicarme contigo, hijo.

En ese entretejido, tú podrás comunicarte con tus hijos, y terminamos siendo una cadena que no sabe con precisión de dónde viene ni a dónde va, pero el mero saberse cadena — hecha de libertades

engarzadas unas a otras— le da a uno fortaleza para seguir siendo lo que es, y a la vida le da sentido y cierto atisbo de inmortalidad, de trascendencia.

Todos los pensamientos, dice Domenach, tienden a ser compatibles. Nosotros, los padres, cargamos con la misión de mostrar a nuestros hijos justamente lo contrario, la incompatibilidad de todo con todo, la veracidad de la miseria y la miseria de la verdad, cuando ésta es sólo un juego de la soledad de uno mismo para uno mismo.

Límites, normas, pautas para señalar qué no es compatible con qué. Les recuerdo estos versos de Gustavo Adolfo Bécquer:

"Mientras la ciencia a descubrir no alcance
las fuentes de la vida, y en el mar o en el cielo haya un abismo
que al cálculo resista;
mientras la humanidad siempre avanzando
no sepa a do camina;
mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!"

El cuento de la billetera

No somos, estamos siendo.

Un maestro en la antigua Europa, en Gallitzia, reunió un día a sus alumnos y les dijo:

— Quiero plantearles un problema y quiero que reflexionen. Si ustedes fueran caminando por la calle y encontraran una cartera con dinero, ¿qué harían?

Los discípulos permanecieron callados, no respondieron.

— Dime tú, Isaac — ordenó el maestro.

Isaac lo miró, perplejo, demoró la respuesta y finalmente expresó:

— Maestro, yo... usted sabe que mi joven esposa es enferma, y necesito constantemente llevarla a médicos y comprarle remedios. Yo, maestro, yo... — titubeaba, no se atrevía—, yo tomaría el dinero y se lo dedicaría a su salud.

— No, no me gusta tu respuesta, Isaac, no es correcta — anunció el maestro y lo despidió.

Luego el maestro se dirigió a Abraham, para que manifestara su idea. Abraham habló con voz decidida, firme, segura:

— Maestro, yo tomaría la billetera con el dinero y la entregaría a las autoridades.

El maestro meneó la cabeza, se acarició la barba meditativamente y luego dijo:

— No está mal, no está mal, pero tampoco has dicho nada especialmente sabio. Veamos qué opina Jazkel.

Jazkel era un individuo de rostro enjuto, ojos tristes, apocado.

— ¿Yo? ¿Qué opino yo? ¿Qué puedo opinar? Le diré, maestro. Debemos aplicar la enseñanza que diariamente recibimos de usted. ¿Y qué nos enseña? Nos enseña que en el hombre habita la tendencia al bien y la tendencia al mal. Que estas tendencias luchan incesantemente entre sí. Que a veces vence una y que otras veces vence otra. Y yo... Entonces yo, ¿cómo puedo saber ahora qué tendencia vencerá en mí el día en que encuentre yo la cartera con dinero? ¿Qué sabe uno de sí mismo?

"No fue esa mi intención..."

Debes cotejar el *quiero* con el *puedo*, con el *hago* y con las consecuencias del hacer.

El fin de la educación no es transmitir qué debes pensar, sino qué debes hacer y cómo has de encarar tu conducta.

El fin de la educación es la responsabilidad. Del verbo responder. Si te preguntan:

— ¿Por qué rompiste el vidrio?

No contestes:

— En realidad no quise romperlo, arrojé una piedrita y el viento la desvió hacia el vidrio y no sé cómo se rompió.

Hay que objetar:

— No, estimado amigo, no se te ha preguntado qué quisiste hacer. Se te ha señalado lo hecho. Y no digas que el vidrio se rompió contra tu voluntad. Tu voluntad es un misterio, y el vidrio se rompió. La piedrita arrojada lo rompió. Acéptalo. Y de aquí en adelante ten cuidado, y más vale que no arrojes piedritas graciosas y de buena voluntad.

Responder.

Nuestro mundo actual es excesivamente palabrero

El mundo actual es muy palabrero, excesivamente hablador y explicador, y da vueltas y vueltas en las interpretaciones de los hechos.

Creo que debemos recuperar la brújula para educarnos y educar a nuestros hijos en eso de la responsabilidad.

— ¿Lo hiciste o no lo hiciste?

— Es que yo no quería...

Ese diálogo debe, en principio, ser descartado porque conduce al caos.

No es que pretenda yo quitarle a nadie el derecho a la palabra, sino que considero indispensable retomar el ordenamiento lógico de las vivencias: primero consideraremos los hechos, lo que tenemos a la

vista. Luego consideremos las causales, interpretaciones, motivos, errores, querías o no querías, qué hay detrás o al costado de los hechos.

Se me ocurre que viviríamos mejor. Y es lo que deseamos todos, para nosotros, para nuestra familia y para nuestros hijos, vivir mejor.

Con la voluntad y la declaración no basta. Hay que reprender a vivir desde la responsabilidad.

Los antiguos decían: "*Primum vivere, deinde piloso-phare*". Primero vivir, luego filosofar. Primero la responsabilidad frente a los datos evidentes, luego la discusión filosófica de cómo fue, de cómo podría ser, del inconsciente que presiona al consciente y...

Primero vivir. Y mejor vivir mejor.

El miedo a los hijos

Les tuvimos miedo a los hijos, a las huellas que él NO podría dejarles; espanto a equivocarnos, a marcarlos.

Nos equivocamos y los marcamos, fundamentalmente con el vacío, con la ausencia, con otro NO, que es la privación de límites, tradiciones, costumbres, maneras, modos.

Por cierto que todo eso no es lo más importante. Como el marco del cuadro. Para nada importante, quizá. Eso aprendí, desde mi rebelión juvenil a mi rebelión de adulto: el marco no vale nada, pero sin él no tiene posibilidad de exponerse la tela que vale tanto.

Lo importante, se dijo, es el sentimiento. Y se creyó que el sentimiento, si se lo deja solo, fluye e irradia flores. Se lo dejó solo e irradió tempestades.

Algo falló, indudablemente. Fallamos todos en nuestro romanticismo acerca del alma humana, que lanzada a una libertad sin límites, sin demarcaciones de territorios, sin educador de maneras, podría —no nos cabía dudas— dar lugar a un mundo mejor, más sincero, más poético, más bello.

No se dio, lamentablemente.

Lo nuevo es que sabemos por qué no se dio: la demolición de los límites, o su mera ignorancia, produjo el caos, que nada tiene que ver con la libertad.

Que cada uno haga lo que le parezca, hijo mío, no es libertad; es capricho, neurosis y caos. Su producto no es la felicidad; es la incomunicación y la angustia.

Ahora que lo sabemos debemos, conjuntamente, poner manos a la obra. La tela, la hermosa tela del alma, de los ideales, del bien, de la fraternidad y de la ecología universal, la tenemos. Nos falta tan sólo el marco para sostenerla, para darle presencia y realidad de vigencia.

El marco es deber, compromiso, acción.

Capítulo Diez

El facilismo

Frankenstein y el amor

Lesuento la historia, la vera historia de Frankenstein, la narrada por Mary W. Shelley; y es de 1818 y no es terrorífica; es sumamente educativa y para meditar.

Victor Frankenstein, un científico, llenó su cabeza con lecturas de magia y transmutaciones de origen medieval (como lo había hecho don Alonso Quijano, luego Quijote enloquecido de fantasías) y alcanzó la quimera que le inflamó la imaginación de crear un hombre.

Primero ensayó con otros elementos inertes de la naturaleza, una piedra por ejemplo, y logró darle vida. Se dijo, en su arrogancia, que también podría hacer un hombre.

Y lo hizo. Un gigante, poderoso hombre, que al nacer causó el estupor de su propio padre o hacedor. Victor quedó aterrorizado al verlo y escapó de él, y nunca más supo de su existencia.

El hijo de Victor Frankenstein, ese hombre hecho por el hombre, vagaba por el mundo alimentándose de frutos naturales. Luego fue aceptado como siervo en una familia de gente muy pobre, de campesinos; de esa manera adquirió los rudimentos del habla, y luego de la lectura, y luego de la conciencia y del saber.

Este Frankenstein, el del libro de Mary Shelley, por así decir el auténtico Frankenstein, era todo un hombre. Nada que ver con ese bruto y estúpido ser del terror que la historieta y la filmografía consagraron. Era pensante. Tenía plena conciencia y total desarrollo de la razón. Le faltaba — no confundir— cultura, educación. Lenta y progresivamente las fue adquiriendo.

A medida que fue creciendo en alma como en cuerpo, Frankenstein tomó conciencia de su soledad. Veía y observaba las relaciones humanas, el amor, la amistad, y se sentía muy solo y abandonado.

El hijo malquerido

Frankenstein era un hijo no querido. No querido por su padre, no querido por los demás. Eso lo desesperó.

No era malo. Nadie es malo. Uno se vuelve malo y cae en malas actitudes, en destrucciones. No hay ser malo, no hay ser bueno. Hay actuaciones y éstas, motivadas por factores detonantes especiales.

El resentimiento lo hizo malo. Había amor en el mundo, pero no para él.

Frankenstein, el auténtico, es un ser plenamente humano y por tanto plenamente angustiado por la ausencia de amor en su vida. El horror de su figura espanta a la gente. La soledad sentimental lo espanta a él. Hasta que se encuentra con su creador, su hacedor, Víctor, y le dice:

— Soy malvado porque soy desgraciado. ¿No me odia y me rehúye la humanidad? Lo que pido de ti es razonable y modesto: te exijo una criatura de otro sexo, pero horrenda como yo. Es cierto que

seremos monstruos y viviremos lejos del resto del mundo, pero por esa razón nos sentiremos más unidos el uno al otro....

"Si carezco de lazos y de afectos, el odio y el rencor serán mi destino; el amor de otra criatura eliminará la causa de mis crímenes.

Victor se resiste. Primero le promete que cumplirá su pedido, pero luego renuncia a ese proyecto. Le basta con haber hecho un monstruo, de lo cual se arrepiente; no hará dos.

Victor conoce el amor. Victor está enamorado de Elizabeth, la dulce, maravillosa, romántica, excelsa, purísima Elizabeth. Para él hay amor. Para su hijo Frankenstein ni hay ni debe haber. Así lo decreta Víctor.

Frankenstein no resiste esta injusticia. Toma su venganza: mata a Elizabeth el día de la boda. Luego elimina a su creador, a Víctor. Luego se elimina a sí mismo.

La necesidad de amar y ser amado

La novela del personaje de Frankenstein fue escrita más de ciento setenta años atrás. Sin embargo, fíjese el lector cuánta actualidad tiene.

Frankenstein es pervertido por la falta de amor. Criado en el odio y la repulsa, ese hijo no tiene más escapatoria que el crimen y el suicidio.

La sociedad ha de revisar constantemente quiénes son sus hijos dañinos y por qué motivo lo son.

Nadie, repito, es malo ni es bueno. El hombre es todo lo que puede ser y lo que puede hacer, en concordancia con la educación, el medio ambiente, y sobre todo las posibilidades de amor que pueda ejercer.

El que ama y es amado ve en el mundo su casa. El que se cría en el resentimiento y el rechazo ve en el mundo su guarida.

La ciencia de Victor Frankenstein puede hacer un hombre. No estamos hoy muy lejos de esa posibilidad. En la probeta están ocurriendo hechos que antaño serían calificados de milagros o magias portentosas. Es ciencia que da vidas, que hace vida.

¿QUÉ hará luego esa vida? Eso no lo decide la ciencia sino la educación. ¿Y QUÉ es la educación? La relación humana, el modelo, mi bien y tu bien, nuestro bien. Que el mundo no sea una guarida, que sea una casa.

Estas reflexiones vienen al caso porque nuestra realidad de este fin de siglo sólo conoce y reconoce el saber de la ciencia que concluye en realizaciones tecnológicas.

Debemos recuperar el otro saber, el del sabor, el de la sabiduría de la vida, el de la comprensión y el de la renuncia, es decir el del amor.

Historia, triste historia, de alguien que fue creado para ser hombre pero lo dejaron sin amor, y en consecuencia lo condenaron al crimen y a la muerte.

Progenitores que no son padres

El mensaje es claro: ese ser era el hijo de su autor, de su creador. El padre fue progenitor pero no

fue padre. Le dio vida, le dio movimiento, le dio todo, menos la posibilidad de amar. Para la autora de la novela lo que sobra es maquinaria de vida y lo que falta es sentimiento.

Sin amor, la existencia no tiene sentido. Se puede tener éxito, pero no sentido, es decir dicha.

Hemos endiosado tanto al éxito, que nos olvidamos del porqué de nuestra estadía en la Tierra, de nuestro paso por la vida: el sentido, vivir por algo, para algo, para alguien. Ese es el defecto de Frankenstein; defecto significa ausencia.

Concluyamos con este monólogo de Frankenstein delante de su padre Victor:

"En todas partes veo la felicidad, de la que sólo yo me encuentro irrevocablemente excluido. Yo era afectuoso y bueno, y la aflicción me ha convertido en demonio. Haz que sea feliz, y seré virtuoso otra vez."

Gran tema este para la meditación. La metáfora es clara: el ser progenitor y no ser padre puede desencadenar tragedias.

El progenitor produce la física simiente de tu nacimiento. El padre — debería ser la misma persona, claro está— es el modo en que el sujeto aquel no mira hacia el pasado, hacia el acto de procreación realizado, sino al futuro, ese que te corresponde, hijo, y por tanto te ama en cuanto procura tu crecimiento, tu desarrollo afectivo, intelectual, espiritual.

Amar es apoyar y exigir el crecimiento ajeno.

Tu hijo es único

"El arte — dice Marcel Schwob en *Vidas imaginaria*— se opone a las ideas generales; describe lo individuad, desea lo único."

Tu hijo es único, tú eres única. No existe *el hombre*, existe este hombre, esta mujer, de esta talla, con estas referencias.

"Buscad una hoja exactamente igual en todos los bosques de la Tierra: no la encontraréis. No existe ninguna ciencia (...) de las reacciones intempestivas de un carácter. Que un hombre haya tenido la nariz torcida, un ojo más alto que el otro, que acostumbrara comer pechuga de pollo a tal hora, son cosas que no tienen paralelo en el mundo."

Todos somos, cada uno, únicos. Einstein y el verdulero de enfrente, tu hijo y el hijo del presidente de la nación.

"Al igual que Sócrates, podría Tales de Mileto haber dicho la frase conócete a ti mismo, pero no se hubiera frotado la pierna de la misma manera en la cárcel antes de beber la cicuta", escribe Schwob.

La paranoia de la estimulación

Los padres modernos no confían en que los hijos puedan crecer solos y ser ellos mismos, en su unicidad. ¿Qué hacen? Los estimulan. Desde que nacen están ahí, encima de los bebés, para que crezcan libres y bien formados, estimulados.

Pobres chicos, me digo yo: cuando abren los ojos y ven todo eso pintado en las paredes, colgando de los techos, saliendo de los roperos, emergiendo por debajo de la cuna, qué sentirán, qué pensarán.

No podemos criar hijos como se crían pollitos, engordando a unos con habilidades, con estimulaciones y a otros con alimentos balanceados. Es hacer de ellos Frankenstein, Golem, Cyborg, productos de fabricación.

Les digo esto: nadie dormiría con ositos de peluche si no tuviera amables papis que le enseñan, es decir, le meten un osito de peluche bajo las narices, y de esa manera los fuerzan a amar ositos de peluche. Los psicólogos de la escuela de Pavlov llaman a esto "reflejo condicionado".

El afán moderno por estimular a los hijos desde que nacen deriva del miedo, de la desconfianza, de ¿será mi hijo todo lo inteligente que debe ser?, ¿tendrá el éxito que debe tener?, ¿no conviene cuanto antes meterlo en la pista, en la carrera?

De ahí todo un mundo que invita a estimular. Las manitos, los bracitos, los piececitos, los ojitos, los oídos, los sentidos, y luego la inteligencia. Y en consecuencia se nutre la industria del mundo psicodidáctico y psicopedagógico que, lo digo rápidamente, convendría evitar.

La vida no es esas figuras pintadas en la pared para que el nene crezca feliz. Tampoco se ha demostrado que crece mejor con esas figuras de un tal Disney que sin ellas. O de otro famoso. O de la inventiva de papá y mamá.

¿Por qué papá y mamá no los dejan en paz, que sean esos ellos mismos, eso que papá y mamá tanto ansían que sean? ¿Por qué tanta neurosis educativa, al comienzo de la vida, si luego, cuando realmente necesiten guía y diseños, pero no de dibujos, sino de rutas, los padres se borran detrás del miedo a establecer límites y a expedirse con claridad?

La paranoia estimuladora es pavorosa. Los siguen, los persiguen, les compran, los llevan, les ponen delante de las narices cosas, como si fueran animalitos con los que se experimenta. Y como todos son inteligentes, tremadamente inteligentes, responden como animalitos a los requerimientos de los padres, para ver si de ese modo se los quitan de encima.

Recuerdo que Amir andaba todavía en gruesos y abultados pañales. Estábamos en casa de mis suegros, en el campo. Era una noche de verano. Estábamos relajados y aburridos.

Decidí divertirme un rato. ¿Cómo? ¿Qué problema hay para divertirse cuando tienes a mano a un niño de once meses? ¡Ninguno! Para eso sirven los niños de once meses, y hay que aprovecharlo.

De modo que me dije: practiquemos las teorías de Pavlov y del reflejo condicionado.

— Amir, mírame, Amir — le dije.

Finalmente logré captar su mirada.

— ¿Te gustaría leer a Aristóteles, Amir?

Amir me miró, como el animalito al amo, para averiguar qué respuesta se requería.

— ¿Te gustaría leer a Aristóteles, Amir?

Entendió y reaccionó rápidamente. Sacudió la cabeza de arriba abajo, para significar eso que nosotros llamamos SI y que tanto nos alegra. Todos se rieron y aplaudieron.

Evidentemente el chico ese era muy pero muy inteligente.

Acerca de los hijos que no hablan

Y algo más quería decirte: si tu nene o tu nena no te habla demasiado, no es que tiene problemas. Es que no quiere hablar. Es que no necesita hablar. El problema, perdón por la expresión, lo tienes tú. Tú, como yo, como todos, hemos sido tan mal educados por tanta receta callejera y tanto consejo autoritario, disfrazados de ciencia, que requerimos que se cumplan reglas que no existen.

¿Quién te dijo que es bueno hablar? Cuando se quiere hablar es bueno, y es bueno que alguien te escuche. Pero en sí y por sí ni es bueno hablar ni es genial bailar ni hay cosa que sea absolutamente imprescindible.

¿Diálogo? Cuando se da, se da. Y si estás siempre, quiero decir si cuando estás, estás, entonces sucederá el diálogo, normalmente, con la fluidez del agua.

Y si no te habla, el nene, la nena, no angustiarse. No te necesita. Puede sonar ofensivo. Pero a lo máximo que puede aspirar un padre, una madre, es a no ser necesitado. Significaría que has hecho una gran obra: lo dejas crecer y está creciendo, sin muletas, sin ti.

Pero estate listo y dispuesto. Alguna vez, algún día, alguna noche, te necesitará. Estate listo para recibirla, para abrir ojos y orejas y otros sentidos.

Porque cuando te necesita, te necesita en serio.

La educación de Emilio

Jean Jacques Rousseau pretendía volver a la naturaleza. Decía que si criáramos a los niños según su naturaleza, serían felices. En 1762 publicó su libro *Emilio*, que trataba de este tema.

Rousseau, como mucha gente que conozco, de educación sabía cualquier cantidad, pero él mismo era un padre pésimo. A sus hijos los depositó en un hospicio.

Pero vayamos a la teoría, ya que tuvo una influencia decisiva en las ideas de la modernidad. Decía Rousseau que hay que alejarse de la vida de la ciudad. En la ciudad están todos los males, en la civilización y en los progresos de las máquinas y de la tecnología.

Hay que educar a los niños en el campo, lejos de la sociedad urbana. Al principio nada de libros, nada de instrucciones. El maestro no enseñará, solamente acompañará al niño, quien agudizará los sentidos frente a la realidad y hará preguntas.

Aprender se aprende a través de la experiencia. Por ejemplo: una vez, Emilio, el protagonista de esta teoría, el sujeto de la nueva educación, plantó arvejas en un jardín. Al día siguiente vio que sus plantitas estaban arrancadas. Vio a la persona que había arrancado sus plantitas. Era el jardinero.

— ¿Qué pasó? ¿Por qué hiciste eso? — preguntó Emilio.

— ¡Ese jardín estaba cultivado por mí con melones y viniste tú con tus arvejas! — explicó furioso el jardinero.

Entonces aprendió Emilio, por experiencia, qué era la propiedad privada, qué estaba prohibido y qué permitido.

Interesante es consignar: Rousseau sugería postergar el uso de libros y otros elementos semejantes hasta edad tardía. A los doce años comienza el aprendizaje de los grandes temas de la

vida, del pensamiento, de la reflexión, del cosmos. Entonces se le enseña a trabajar con las manos, carpintería por ejemplo. Sólo a los quince años comenzará a estudiar religión y a leer textos.

La idea de Rousseau era poner al niño en contacto directo con la vida, con la naturaleza, antes de poner en él ideas acerca de la vida y de la naturaleza. Por eso postergaba hasta muy tarde la lectura y otras artes del intelecto porque, decía, en éas el joven no aprende ya que no son la realidad sino ideas sobre la realidad.

La metodología y el contenido del proceso educativo

Rousseau es considerado el padre de la pedagogía moderna. Ésta, en efecto, tiene como motivo central la idea del desarrollo autónomo del alumno y de su experiencia como generadora de sentimientos y reflexiones.

La idea es que cada cual llegue a ser lo que puede ser. No manipulado por padres y maestros, sino ayudado por ellos a crecer. Este es el ideal.

No obstante, como en todo ideal, hay sectores de luz y otros de falencia. El ideal de la autonomía de crecimiento es sostenido por todos nosotros, pero desde Rousseau hasta hoy hemos avanzado, sobre todo en el conocimiento del hombre como ser de la cultura, no de la naturaleza.

Que cada uno realice su naturaleza, eso es bueno. Que esa naturaleza puede realizarse solamente en marcos pre establecidos por otros, es algo que debe ser conocido, aceptado y por lo tanto considerado.

Eres el tú mismo que otros te dejan ser, te hacen ser, a partir de tu propio ser. Algo tuyo, y el resto de los demás. Sin lo demás de los demás lo tuyo no puede crecer.

En la escuela moderna se pone todo el énfasis en la metodología, en el cómo se educa. Y es bueno pensar en las vías que se usan, porque han de ser estimulantes, para no producir eso que Paulo Freiré denominaba la educación bancaria.

La llamada "educación bancaria" merece ese calificativo porque deposita en el alumno el conocimiento, en lugar de motivarlo para que él mismo salga en busca del saber, lo conquiste, lo elabore.

La bancaria es educación totalitaria. El maestro, o el padre, son los dueños de la verdad y la imponen a los niños.

La versión contraria, que nace con Rousseau, considera que el niño es un sujeto activo y por tanto hay que darle lugar de actividad creadora, de pensar, de imaginar, de encontrar, de asombrarse con su propio trabajo.

Aquí es donde la metodología cambia. Antes, en la educación bancaria, el niño crecía pasivo ante la imposición del conocimiento; ahora crece activo, es protagonista del proceso.

Pero hemos de tener cuidado, padres y maestros, de no entender que la metodología por sí sola produce educación.

— Siéntate aquí conmigo, vamos a charlar.

Es un principio de diálogo. El diálogo debe tener algún contenido. Si no le ponemos contenido habrá mucha actividad mental por parte del niño, pero no aprenderá nada ni progresará nada.

La actividad sola no es un fin ni es un bien. La actividad es el motor que ha de conducir a algún lado.

Por eso nos compete a nosotros, padres, maestros, gente mayor, ofrecer contenidos, relatos, temas, historias, valores. Sin ello, como ha ocurrido últimamente, la educación se vuelve vacía, y el educando, sumamente activo, pero para nada.

Contenido adecuado para la metodología adecuada. Metodología adecuada para el contenido adecuado. Uno es el continente, la metodología; el otro, el contenido. Por eso se llama así, contenido.

Entre ambos también se logra que el niño cree su propia metodología de pensamiento, es decir los límites de sus investigaciones, tanto en uno como en otro horizonte del proceso de crecimiento.

¿Encontraste alguna vez un brillante?

Los sábados al atardecer reunía el maestro a sus alumnos y les contaba historias para promover la reflexión.

Los sábados al atardecer, decía, es la hora más propicia, porque la santidad del séptimo día anuncia su despedida y la rutina de los seis días de trabajo se vislumbra con pesadumbre, entonces hay que pensar, hay que pensar.

— ¿Y hoy qué nos va a contar, maestro?

— Hoy es la historia de un finísimo brillante. Sucedió en una familia muy pobre de la vieja y antigua Europa, una familia judía que escasamente tenía para vivir. El padre encontró un brillante, en la puerta de su casa. ¿Qué hizo?

— Seguramente lo vendió y alimentó a su familia.

— No. Lo ocultó para tiempos aciagos. Vendrán días peores, pensó, y lo necesitaremos. Entonces fue y lo enterró en el baldío que estaba al lado de su casa. Y para no perder de vista el lugar donde lo había ocultado, le puso encima una piedra. Y no le contó a nadie. Temía que a alguien se le escapara el secreto y rápidamente los bandoleros de la zona se enteraran y viniesen a robar el brillante.

Su mujer salió y vio, al día siguiente, la piedra.

— ¿Qué es esta piedra? La quitaré de aquí, molesta.

— No la toques, mujer.

— ¿Por qué?

— Porque trae suerte.

— ¿Suerte? ¿Esta piedra?

— Sí, trae suerte, y déjala en su lugar.

La mujer, de las mujeres de antes, acató la voluntad de su marido.

Al día siguiente junto a esa piedra había otra piedra.

— ¿Quién puso más piedras? — preguntó el esposo.

— Yo — dijo la mujer —, yo la puse, porque si una da suerte, dos dan más suerte.

Él no replicó nada, la dejó hacer y la dejó creer. Los hijos le preguntaron a la madre por las piedras.

— Traen suerte.

— ¿De dónde lo sabes?

— De papá, y papá sabe lo que dice.

El brillante y la confrontación de las generaciones

Entonces fueron ellos y pusieron más piedras para que trajeran más suerte. Pero no hubo suerte, hubo hambre y desgracia, de más en más.

No obstante al brillante nadie lo veía. Y sólo antes de morir el padre llamó a su hijo mayor y le contó la vera historia del brillante enterrado, que esperaba salvara a la familia de la desgracia en el futuro.

El hijo guardó el secreto. Y le puso más piedras. Y así los hijos de ese hijo.

De generación en generación pasaba el secreto a una sola persona, y el resto creía que en las piedras había santidad. Todo se llenó de piedras. La gente creía en la tradición de las piedras que traían suerte. Los jóvenes se rebelaban.

— ¡No queremos más piedras! — gritaban.

— ¡Queremos trabajar y luchar por una vida más digna! — exclamaban.

Los viejos los obligaban a callarse la boca.

— Hay que respetar la tradición — decían —. Si nuestros abuelos anunciaron que las piedras traen suerte, hay que seguir esa senda y ese derrotero.

Los más rebeldes se fueron de la aldea a buscar mejor destino en otros parajes. La mayoría se quedó con las piedras. Las piedras crecían en número, y los muertos de hambre y de enfermedad también crecían en número.

El maestro dejó de hablar.

— ¿Qué nos enseña esta historia, maestro?

Piensen, piensen, qué nos enseña. Ante todo enseña a pensar. Y eso lo tienen que hacer por cuenta propia.

Releo y pienso la historia

La historia la escuché en mi infancia. Y me quedó grabada. Y la pienso y la repienso.

Sábado al atardecer, cuando laantidad del séptimo día comienza a replegarse, cuando la creación retoma el primer día para el trabajo, para la vida productiva, o en el caso de esta civilización, para enloquecerse de placer y diversiones el domingo, contra viento y marea, a ser felices, a tirar penas a un lado y a conquistar frutos del paraíso por el otro, entonces, en estos atardeceres, releo mentalmente esa historia y la pienso y la pienso.

Yate digo qué pienso: pienso que el brillante está, pero está enterrado. No está a la vista. Hay que desenterrarlo, descubrirlo, quitarle toda la hojarasca que lo encubre, que lo tapa.

Pienso, como el Principito, que lo importante es invisible, pero está y lo podemos hacer visible.

¿Cómo? He aquí el problema: ¿cómo se hace? Es tan fácil decir frases brillantes; pero es tan difícil vivir con un brillante, hacer de la vida un brillante, de un momento, de una relación, de lo superficial de los seis días de trabajo, hacer de todo ello algo que dé luz, que tenga valor propio. Es tan difícil...

¿Cómo se hace, maestro?

No está el maestro. Este ya no es tiempo de maestros. Cada uno debe pensar solo, está condenado a pensar solo, pero podemos inspirarnos en los grandes maestros de todos los tiempos, apoyándonos en ellos para pensar, claro está, por cuenta propia.

¿Qué enseña la historia? Enseña que nos encanta ir detrás de lo fácil y transformar cualquier piedra, cualquier cosa en la solución definitiva de nuestros problemas. Una frase. Un principio. Una palabra, un lugar, una cosa. Eso es lo santo. Eso trae suerte.

Yo, no trae suerte. Trae desgracia creer que trae suerte y no hacer nada por desenterrar el brillante.

Nada trae suerte. La suerte es lo que uno hace con su suerte, hijo mío. Cada cual tiene su suerte, sus dones y sus carencias o falencias. Una vez conocido eso, haz de tu suerte, tu suerte. Si me entiendes, estoy hablando de desenterrar tu brillante.

Eso es tuyo, el tuyo, no sirve para los demás, no se vende ni se compra, pero sí se encuentra. Y se lo hace ser brillante si se lo pule, se lo depura de todas las escorias y de todas las piedras que le caen encima.

¿Y qué más aprendo?

Que nos encantan las rutinas. Se dice: esto es lo bueno, esta receta. Y se duerme la siesta. El domingo seremos felices. El sábado descansaremos. ¿Y mientras tanto? ¿Por qué no todos los días? ¿Por qué no los brillantes de las horas, de los momentos, de este instante?

¿Por qué no?

¿Por qué luchan los jóvenes contra los viejos? ¿Por qué se les impone piedras, en lugar de dejarles encontrar su propio diamante?

Sin embargo, pienso, la primera piedra tenía valor para localizar el brillante.

Sin embargo, pienso, la tradición es buena, cuando te da un apoyo, un sustento. La primera piedra era buena, porque tenía un valor de indicar dónde estaba el brillante. Es la buena tradición.

La otra es la falsa tradición. La que falsifica todo y dice que las piedras en sí valen; y no, no valen

si no significan nada. Los viejos quieren que su mundo valga, porque simplemente es suyo. Y no, cada generación debe tener el suyo, su brillante.

No obstante, hay que conectarse con la primera piedra. Esa es auténtica. Esa marca una línea, una flecha, un camino, una orientación.

No puedes empezarlo todo de ti mismo, hijo. Hay otros que pueden mostrarte caminos. A ellos debes atenderlos y respetarlos. Luego podrás rebelarte y apartarte en busca de tu propio brillante.

De todos modos, un brillante hay, aunque depende de mí que lo haya.

Y así, de tiempo en tiempo, en atardeceres de otoño y otros de verano, frente a mi ventana o frente al mar, cuando llega esta hora de sábado que se va y una semana que viene, recuerdo ese cuento y pienso, y sigo pensando.

Capítulo Once

Entre el placer y el deber

Somos problema

Platón pintaba el alma como un carro tirado por múltiples caballos, cada uno de ellos con ganas de emprender otro rumbo.

El Yo está ahí, con las riendas en las manos, procurando compaginar y conciliar todas esas tendencias, esos rumbos. Y no es fácil. Si fuera fácil no tendríamos problemas. Seríamos de una sola pieza, y tampoco tendríamos problemas con la pareja y con nuestros engendros llamados hijos. Cada uno sería cristalino en cuanto transparente, unidimensional.

Hay problemas porque somos problema. Estamos hechos de mundos compaginados, a veces antagónicos, a veces superpuestos, a veces separados y desconectados.

El gran descubrimiento de Sigmund Freud consistió en haber vislumbrado que eso que denominamos Yo, y que parece ser tan firme, tan fuerte, es endeble. El Yo, enseña el creador del psicoanálisis, es el conductor de la máquina, pero no siempre logra dominarla.

La máquina, que sería el Ello, es la suma de impulsos o pulsiones, en lenguaje freudiano, que quieren brotar dentro de ti y buscan satisfacción fuera de ti, en la realidad.

Ese es el principio del placer. Se llama Ello porque es un algo que está en ti pero es ajeno a ti, una especie de fuerza neutra que busca lo suyo y lo anhela y desea a toda costa.

Satisfacción, pide el Ello. Como el bebé cuando dice "quiero" y no atiende a razón alguna.

No hay razones para el Ello. La razón está en el Yo cuyo deber es compatibilizar el principio del placer radicado en esa fuerza oscura que vibra dentro de él, y que es el Ello, con el principio de realidad.

El Ello quiere ya, ahora. El Yo debe manejarlo, postergarlo o, si fuera necesario, reprimirlo.

El principio de placer y el principio de realidad

Principio de placer y principio de realidad encuentran en mí su campo, a veces de coincidencia, otras de contradicción y combate.

No hay debate, que sería diálogo de argumentos entre ambos horizontes, el placer y la realidad, que es realidad social, realidad física, económica, toda la realidad en todas sus facetas.

El Ello es QUIERO, QUIERO satisfacción, placer. La realidad es PUEDO.

Qué se puede y qué no, qué debe posponerse y qué no debe realizarse nunca.

Ahí aparece el horizonte del deber, el Súper-Yo, el que marca los límites. No basta con quiero ni con puedo; soy hombre porque DEBO. El deber es lo prototípicamente humano en todas las culturas, en todas las religiones, en todos los tiempos. Se vive entre deberes, por deberes, para deberes.

Hippie o conservador, uno se maneja por deberes.

Eso siempre y cuando se maneje.

O te manejen.

Ahí anda el Yo presionado por el Ello, por la realidad y por el Súper-Yo.

La mujer de Putifar, famosa ella

En el relato bíblico que narraré a continuación se muestra de dónde proviene el Súper-Yo, el mundo de los límites.

José era un joven esclavo hebreo que fue conducido a la casa de un hombre muy rico, en Egipto, llamado Potifar, o Putifar. Digamos Putifar, es más poético.

La mujer de ese señor, entre aburrida y fatigada de tanto lujo inútil, encendióse en deseo por ese joven extranjero. Aprovechando una ausencia del marido convocó a José y quiso seducirlo. José se abstuvo de caer en los lazos y maquinaciones de esa señora, tan desesperada sexualmente.

Y aquí viene el momento que quiero comentar. Preguntan los sabios:

— ¿Cómo hizo José, un hombre joven, lleno de libido (en lenguaje actual) para contenerse, para controlarse?

Respondieron:

— De repente, cuando estaba con ella y escuchaba sus almibarados ruegos, apareció delante de él la imagen de su padre.

Ese es el Súper-Yo. ¿De dónde viene? De los padres. Esa es, explica Freud, su función natural. Poner límites, enseñar controles, establecer pautas.

"Este Súper-Yo — explica Sigmund Freud — puede oponerse al Yo, tratarlo como un objeto, y lo trata, en efecto, muy frecuentemente con gran dureza. Para el Yo es tan importante permanecer en armonía con el Súper-Yo como con el Ello. Las disensiones entre el Yo y el Súper-Yo tienen una gran importancia para la vida anímica.

"Adivinará usted ya que el Súper-Yo es el sustentáculo de aquel fenómeno al que damos el nombre de conciencia moral. Para la salud anímica es muy importante que el Súper-Yo se halle normalmente desarrollado; esto es, que haya llegado a ser suficientemente impersonal, cosa que precisamente no sucede con el neurótico, cuyo complejo de Edipo no ha experimentado la transformación debida.

"El Súper-Yo del neurótico se enfrenta aun con el Yo como el severo padre con el hijo, y su moralidad actúa de un modo primitivo, haciendo que el Yo se deje castigar por el Súper-Yo."

El final de la historia de Putifar y los demás

Un amigo mío que leyó estas páginas me dijo:

— ¿Y qué pasó con la mujer de Putifar, digo, con José?

Lo miré extrañado:

- ¿Pero a vos Freud no te interesa y el Súper-Yo tampoco? — le pregunté asombrado y ofendido.
- Sí, pero cómo terminó el asunto ese, no me podes dejar así colgado.
- Anda a leer la Biblia — le dije.
- #(§>*+& ^" — me replicó iracundo.—!

Entonces, por él y por otros lectores de ansiedad erótica y poco afectos a leer la Biblia, les cuento:

La mujer esa le insistía, le insistía, y José se negaba, se negaba. Hasta que esa putifarina señora se le fue encima, como una fiera. José no sabía qué hacer. Sentía que su padre, el Súper-Yo, lo miraba y le decía:

- No, no...

Entonces, para eludirla y puesto que ella lo tenía alargadísimo de la camisa, se la desabrochó y le dijo:

- ¡Toma, te la regalo!

Y salió corriendo. Ella se puso a gritar como una descosida. Todos los mayordomos, esclavos, mucamas, se allegaron a la casta habitación de la señora.

- ¿Qué pasa?
- ¡Me quiso violar!
- ¿Quién?
- ¡Ese degenerado hebreo!

(Usted se preguntará: ¿por qué dijo "hebreo"? ¿No bastaba con decir "degenerado"?

Pregunta inteligente. Respuesta: Cuando una persona se odia profundamente se vuelve antisemita.

Historia de Edipo

Sigmund Freud descubrió que el bebé es libidinoso, sin ofender a nadie. Es decir, tiene libido, deseo. Y no cualquier deseo sino en particular un erótico deseo de poseer a la madre, para lo cual lo que más le conviene es desprenderse del padre.

Parece ser que la beba también pasa por ese trance, sólo que cambiando por cierto los protagonismos de sus progenitores: ella prefiere al padre y a la madre preferiría no verla.

Freud encontró para este descubrimiento una base en la mitología griega. Ahí aparece el personaje Edipo, que dará nombre en el psicoanálisis a esta teoría de un padre querido y de otro odiado.

La historia de Edipo es más o menos la siguiente: Había un rey Layo, que gobernaba a Tebas, y que obtuvo un día el anuncio de los que vaticinaban el futuro y que le dijeron:

— Un hijo tuyo y de tu esposa Yocasta pretenderá tu muerte y luego se casará con su madre.

Cuando nació Edipo ya se supo qué había que hacer con él. La que toma iniciativa, como siempre, es la madre, Yocasta, quien para eludir el triste destino que le esperaba según el oráculo, toma al niño y lo entrega a un pastor para que lo abandone en el bosque, entre las fieras, y ahí desaparezca del mapa de toda existencia.

El pastor se lo lleva, pero luego le da pena sacrificar al niño, y lo regala a un criado del rey de Corinto. El mentado criado a su vez lo entrega a su rey.

Ahí se cría el niño y, como nunca faltan chismosos, se entera de lo dicho por el oráculo:

— Matará a su padre y se casará con su madre.

La adivinanza

Edipo crece, y entiende que lo mejor es abandonar su casa donde creía que habitaban sus veros padre y madre, y alejarse de esa situación dramática.

Se va.

En el camino su carro se cruza con otro carroaje. Hay un problema entre ellos, se arma una trifulca, van a las armas y Edipo mata al señor que iba en el otro carroaje.

Ese señor era Layo, su verdadero padre.

Pero Edipo no sabe a quién mató y sigue su rumbo. Ese rumbo sin rumbo lo conduce a la ciudad de Tebas. En Tebas había una esfinge, una especie de monstruo intelectual — monstruo porque se comía a la gente e intelectual porque hacía preguntas—, y era tan fanática que castigaba con la muerte por ingesta a las personas que no le respondían debidamente.

En realidad sus preguntas se reducían a una:

— ¿Qué es lo que primero anda en cuatro, luego en dos y finalmente en tres patas?

La gente iba cayendo sucesivamente en boca del implacable interrogador, y de ahí ya no salía. Hasta que apareció Edipo. Escuchó la pregunta y de inmediato proporcionó la respuesta.

— Es el hombre — dijo—. Cuando nace camina en cuatro patas, crece y anda en dos, y finalmente de anciano tiene tres patas, las suyas y el bastón.

La esfinge, indignada porque se le terminaba la carrera de esfinge, decide suicidarse y desaparece.

iA Edipo lo premian y lo casan con su madre!

Edipo, porque salvó a la ciudad de tamaña calamidad, es coronado rey y como premio lo casan con la reina, es decir Yocasta, es decir su madre.

Así se cumplió el oráculo: mató a su padre, se casó con su madre.

Pero nadie se entera, por ahora.

Sólo que tiempo después toda suerte de desgracias se abaten sobre la ciudad. Una plaga va diezmando a la población. Hay un vidente, Tiresias. Es ciego, pero tiene luz interior y ve la causa de ese tremendo azote que destroza las vidas de la ciudad.

Si eso pasa — razonan los griegos— es un castigo. ¿Castigo por qué culpa?

Tiresias lo sabe:

— Alguien cometió el crimen del parricidio y el otro crimen, el del incesto, y por su culpa sufrimos ahora todos.

Se lanzan a buscar al culpable. También Edipo, claro, está abocado a esta tarea. Alguien le dice:

— Ojalá nunca sepas quién eres.

Entonces se le revela la verdad. Sabe quién es. Él es la causa de todo el mal. Fue un crimen inconsciente, pero lo cometió él. No quiso matar a su padre, pero lo mató; no quiso tener relaciones sexuales con su madre, pero las tuvo.

El resto de la historia de Edipo es triste. Sale al exilio, abandona el reino, se arranca los ojos, como castigo que se impone a sí mismo.

¿Amor o rebelión?

Erich Fromm, uno de los grandes discípulos de Freud, disidente de la interpretación del maestro.

Freud sugería que el hijo se enamora de la madre y en consecuencia mata al padre, para que no haya competencia ni cercenamiento de sus derechos a la madre.

Según Freud, este es el problema triangular básico que todo ser enfrenta al nacer y que debe superar, frenando justamente esa pasión por el progenitor de sexo opuesto y desarrollando sentimientos de amor hacia el otro progenitor, el que en principio se presta al odio.

Erich Fromm, lo dijimos, no está de acuerdo con esta interpretación.

Ante todo, sugiere, si Freud tuviera razón, debería Edipo primero enamorarse de su madre y luego, en consecuencia, matar al padre. Pero no obra así sino al revés: primero mata al padre y luego se une a su madre.

El tema — insiste Fromm en su libro *El lenguaje olvidado*— no es el incesto. El tema es otro.

"El mito puede ser entendido no como un símbolo del amor incestuoso entre madre hijo, sino de la rebelión del hijo contra la autoridad del padre en la familia patriarcal; que el matrimonio de Edipo y Yocasta no es más que un elemento secundario, uno de los símbolos de la victoria del hijo, que toma el lugar del padre y todas sus prerrogativas."

El resto de la historia parecería corroborar este punto de vista. En el camino de Edipo lo vemos luego, ciego, con dos hijos que se rehúsan a ayudar al padre. Lo odian. Y del mismo modo Edipo odia a

sus hijos. Se repite el conflicto entre padres e hijos, entre autoritarismo imperativo y la nueva generación que quiere — la palabra lo dice— generarse a sí misma y desligarse del omnímodo poder del padre.

E inclusive, opina Fromm, podemos encontrar en estas tragedias resabios de otra oposición, la guerra entre dos regímenes, el matriarcado y el patriarcado.

En el principio fue la mujer

En efecto, se supone que en el comienzo de los tiempos no se necesitaba del movimiento feminista, porque gobernaban, regían, ejercían el poder — igual que entre las abejas y las hormigas y tantos más— las mujeres.

Las madres eran la madre reina. Y en esas sociedades las que prevalecían eran las diosas, y los dioses eran todos de segunda.

Estas tesis, la de la preeminencia cronológica e histórica del matriarcado sobre el patriarcado, es de Bachofen y de 1861.

¿En qué se diferencia la cultura de un sistema de valores de la cultura del otro?

"La cultura matriarcal se caracterizaba por la preeminencia de los lazos de sangre y los lazos del suelo, y una aceptación pasiva de todos los fenómenos naturales. La sociedad patriarcal, en cambio, se caracterizaba por el respeto a la ley del hombre, el predominio del pensamiento racional y los esfuerzos del hombre para modificar los fenómenos naturales."

Esta es la apreciación de Fromm. La Madre, como paradigma, impone la ley del Amor. El Padre, en cambio, establece el amor a la Ley.

Ahí, el afecto, el sentimiento, la sangre. Aquí, la razón fría, la Ley, el orden, la obediencia.

Edipo es el transgresor contra la cultura de la Ley del Padre. Él elimina al padre para quedarse con el otro sistema, el de la ley pero del Amor, de la Madre. En el drama posterior, que también es el del ciclo este al que pertenece la leyenda de Edipo, en *Antígona*, de Sófocles, se oponen ambos mundos.

Antígona, por amor a su hermano muerto, está dispuesta a transgredir la ley del Rey contra ese hermano, que debe ser sepultado fuera de la ciudad por haber traicionado a la patria.

Antígona rechaza la ley. Ella tiene otra ley, la ley natural, la del amor. Es un ejemplo más de rebelión contra la sociedad patriarcal, regulada, ordenada, divinizada.

Cábala: los dos lados de la vida

La civilización es de la Ley. La comunidad humana es del amor.

En Occidente, se han cruzado ambos horizontes y gran parte de nuestros conflictos derivan de esta oposición de sistemas y de valores. Amamos de corazón pero debemos vivir de razón.

Cuando el corazón, el amor, predomina, no es menester apelar a la ley, al orden, al consenso social, a la disciplina, a la regla. Pero cuando el corazón está desplazado o sofocado o eclipsado, entre tú y yo solamente la regla y el ritual de la costumbre pueden comunicarnos.

Ese es nuestro problema, porque es nuestro dilema pero no tiene solución. La solución hay que

buscarla diariamente. Diariamente debemos revisar qué estamos haciendo de corazón, maternalmente, y qué de razón, paternalmente; qué de afecto y qué de ley.

En presencia del afecto, auténtico, puro, inteligente, sobra la ley. En ausencia del afecto antes descrito, somos hostiles, enemigos, cainitas, odiosos y envidiosos, y la ley es requerida urgentemente.

Creón, el rey que es enemigo de Antígona, la hermana de sangre y de amor, ese Creón formula el principio autoritario y patriarcal en estos términos, como bien cita Fromm:

"Sí, hijo mío, ésta debe ser la ley fija de tu corazón: obedecer en todas las cosas la voluntad de tu padre. Por eso todos los hombres oran pidiendo que los rodeen en sus hogares hijos obedientes... A impulsos del placer, hijo mío, no destroces la razón por una mujer; sabiendo que es un placer que no tarda en enfriarse en los brazos apretados de una mala mujer, que comparta tu lecho y tu hogar....

"Pero la desobediencia es el peor de los males. Es lo que arruina ciudades, devasta al hombre, las filas de los aliados se quiebran... Por eso debemos sostener la causa del orden, y no tolerar de ningún modo que una mujer nos derrote."

El placer postergado

El principio del orden por encima del principio del placer. El placer está simbolizado en la mujer. Es por eso, piense el lector, que el tema del pecado en la Biblia comienza por Eva.

Ella es la primera que acoge en su seno a Serpiente. Ella es la que transgrede la Ley. Su esposo, Adán, la acompaña posteriormente y se adhiere. Pero la rebelión contra la ley y en nombre del placer es de Eva.

A Eva le asegura Serpiente que el árbol es encantador, prodigioso en sus posibilidades placenteras. Los términos relativos al deseo prevalecen ahí en forma notoria, exuberante.

La libido se impone.

Es la guerra entre ley y placer, entre padre y madre, entre razón y amor, entre intereses de la sociedad y pasiones de los individuos. Vieja guerra, eterna guerra, porque la llevamos dentro y nunca podrá aquietarse.

Es la guerra de individuo, YO QUIERO, y sociedad, YO DEBO. Si el quiero coincide con el debe, no hay guerra, hay paz. Si quiero contra lo que la sociedad quiere, hay guerra.

La conciliación se produciría, según Fromm, entre las ideas de trabajo, que es sometimiento a la ley, y shabat, que es reconciliación entre hombre y naturaleza. Como reconciliación también podría verse *Isaías 11*.

Así, se puede seguir trabajando todo el texto de Fromm que es fantástico, y analiza la creación y varios otros temas fundamentales.

Las luchas interiores

Aquí encuentra el lector un brevísmo compendio de la problemática del ser hombre.

El Ello quiere realizar sus pulsiones, sus instintos, sus deseos.

Imaginemos el deseo sexual del niño ante su madre. Imaginemos comernos todo el pastel que

hay en la mesa. Imaginemos golpear a nuestro hermano en plena cara.

El Súper-Yo enseña que el incesto está prohibido. Es un límite, una norma. El Súper-Yo enseña a compartir la comida. Es un límite, una norma.

El Súper-Yo enseña que el hermano es alguien que debe ser querido y no golpeado.

En estos ejemplos, por mí imaginados, el Yo debe manejarse entre el deseo y el control del deseo, entre el Ello, impersonal, y el Súper-Yo, que también ha de ser impersonal para funcionar debidamente.

El Súper-Yo es la consecuencia de límites impuestos por los padres y el resto de la sociedad. Pero empieza en casa.

Una buena educación no elimina al Súper-Yo, pero sí le da características universales, impersonales. El deber, del cual hablamos, es impersonal.

El incesto es prohibición universal. No está en la naturaleza humana, enseña Freud. Es producto de la cultura. Y la cultura es, a su vez, producto — en cuanto moral, costumbres, rituales— del Súper-Yo.

Un buen crecimiento toma las enseñanzas de los padres como normas objetivas, impersonales y las internaliza con el crecimiento, y luego, con el crecimiento también, si hubo buena educación, buen estímulo del pensamiento crítico y de la libertad creadora, incluso puede enfrentarse con los límites para reemplazarlos por otros.

La fraternidad

¿Por qué hay que amar a los hermanos?

"Los hermanos sean unidos porque esa es la ley primera", enseña Martín Fierro.

Sean unidos porque no son unidos. No nacen con la tendencia natural a unirse. Más bien lo contrario.

Según la Biblia — y según la psicología más elemental— la tendencia natural de Caín es la de matar a su hermanito Abel. Y no hay que enojarse en nombre de los altos sentimientos que la palabra hermano provoca.

Cuando oigo a los políticos que nos hablan a todos nosotros y nos dicen HERMANOS, no sé, un estremecimiento me recorre la columna vertebral porque no capto exactamente el mensaje, a qué se refieren y a qué tipo de hermanos aluden.

Por naturaleza los hermanos no son unidos, no. Son competitivos, envidiosos entre sí y por tanto lo mejor que desean para el otro... no es lo mejor.

Los hermanos, como los padres, como los hijos, son categorías humanas que surgen de la educación, de la formación, de los límites de lo permitido y de lo prohibido.

Al crecer, dice el psicólogo Laurence Kohlberg, uno no le pega al hermano no porque sea su hermano, sino porque asciende al escalón superior de que no se debe golpear a ningún ser humano, porque en última instancia todos somos hermanos. Ese es el punto superior de eso que Freud denomina lo impersonal.

La *neurosis*, dice el psicólogo, radica en el individuo que mantiene una relación personal con los límites, con la ética, como si su padre lo estuviera persiguiendo a él personalmente.

La *salud* es crecer con la internalización de los límites, superando al propio Súper-Yo, por medio de una captación racional de ese mismo mensaje pero a través de la autonomía personal, de la decisión propia.

El misterioso uno mismo

"Curioso que la gente crea que tender una cama es exactamente lo mismo que tender una cama, que dar la mano es siempre lo mismo que dar la mano, que abrir una lata de sardinas es abrir al infinito la misma lata de sardinas. 'Pero si todo es excepcional', piensa Pierre..."

Así comienza *Las armas secretas*, el relato de Julio Cortázar. Todo es excepcional, nada se repite, ni nos bañamos dos veces en el mismo río, al decir de Heráclito. La vida es una aventura, donde rutina y azar, saber e imprevisión se cruzan, se alían, se fecundan y nos producen felicidad y también problemas.

Ese ser uno mismo que tanto se declama en sociedad, es ser lo más profundo y auténtico, y nadie debe pretender de otro, inclusive de la más amada de las personas, que alcance a atisbar lo que ese yo mismo eso significa o contiene.

Es el límite. Tú eres límite. El otro es límite. Infranqueable. Hasta ahí llegas. Hasta las puertas del ser, las más superficiales y exteriores, de tu hijo, de tu esposa, de tu novia. *Non plus ultra*, no más allá.

En términos de Winnicott, cada ser humano contiene dentro de sí un núcleo, donde está el uno mismo oculto, no por misterioso sino porque en eso consiste ese núcleo, en su soledad interior, en su incomunicación con todo lo exterior y ajeno.

Cada uno es conocido y ajeno, al mismo tiempo. Inclusive tú para tus hijos, tus hijos para ti. Es bueno saberlo. Es bueno entenderlo y es bueno divulgarlo. Nos mataríamos menos entre nosotros si supiéramos renunciar a conocer totalmente al prójimo, aun cuando fuera, insisto, el ser más adorado y amado y acariciado del mundo.

Sólo en la regla que sobre-flota al límite podemos comunicarnos. En la gramática establecida para todos, sea del lenguaje, sea de los gestos, sea de los modales, sea de las costumbres, es decir de la ética que compartimos, de los valores que nos ligan, impersonales. De todos y de nadie en particular. Por eso pueden ligarnos, por su universalidad.

Yo lo llamo lo tercero. Algo que no es yo ni es tú. Algo que nos contiene a ambos, que no depende de nosotros, pero que nosotros, para ser nosotros, dependemos de ello.

Gracias al semáforo podemos todos circular por la calle, en diferentes direcciones.

Cada uno, hijo mío, no puede inventar su propia regla

Cada uno, he aquí el punto, el eje de la rebeldía inútil, cada uno, hijo mío, no puede inventar su propia regla. O mejor dicho, sí puede hacerlo, claro está, pero si vive solo, solo en su casa, solo en la calle, sin otras gentes, solo en el mundo, como único habitante. No bien está con otro, ya necesita de alguna regla común, que es el límite para el invento personal y privado.

— ¿Y lo privado? ¿Dónde queda lo privado? ¿Lo anulamos? ¿Qué hacemos con el yo mismo? ¿Lo arrojamos al cesto de los desechos?

— Para nada. Eso está siempre ahí, intocable, puro, inasequible, incomunicable, y por tanto ahí es donde la rebeldía individual cobra su capacidad de ser plenamente lo que es.

Lo privado es el uno mismo, que es para sí mismo y para nadie más, el núcleo profundo de la personalidad.

Dice Winnicott:

"En estado de salud, hay un núcleo de la personalidad que corresponde al verdadero yo. Sugiero que este núcleo nunca se comunica con el mundo de los objetos percibidos y que la persona individual sabe que ese núcleo nunca puede comunicarse con la realidad externa o ser influido por ella. Aunque las personas sanas se comunican, se complacen en hacerlo, hay otro hecho igualmente cierto, a saber, que cada individuo es algo aislado, permanentemente no comunicado, permanentemente desconocido, en realidad, no descubierto."

Enseña el psicólogo que el individuo procura, desde temprano, desde el nacimiento para decirlo más claro, defender ese núcleo de injerencias exteriores, y entonces lo oculta más y más. El problema, considera Winnicott, consiste en la siguiente pregunta:

"¿Cómo aislarse sin tener que insulizarse?"

Ese es el tema.

Aislarse pero no insulizarse

Aislarse es estar solo. La soledad es indispensable. Una parte de nuestro ser requiere su recreo de soledad, sus vacaciones, por así decir.

Insulizarse es volverse isla, un continente separado de los demás, y contra ellos o sin ellos. Eso es empobrecerse, y caer en una imposibilidad existencial. Yo me alejo de los otros, pero esos otros son parte de mi ser.

Si los quito me muelo.

El núcleo incomunicable ha de permanecer aislado. Pero no es lo mismo el aislamiento que el volverse ínsula, isla separada de todos los demás, porque entonces la estructura de lo humano, que es estructura social, se quiebra, se enferma. Es válida esta distinción para los tiempos actuales.

Tanto individualismo ha conducido, en nombre del uno mismo, a la insulización de las personas y su total despreocupación de los demás.

La incomunicación del núcleo se transfiere a la incomunicación total por la incapacidad de compartir límites, reglas, ética, es decir mundo.

Si algo que no sea yo que no sea tú, no nos contiene, no podemos relacionarnos. Así de sencillo, hijo mío. Así de difícil, hijo mío.

La revolución Montessori

María Montessori fue una de las revolucionarias de la educación en el siglo XX en su concepción del niño, de sus necesidades y de la mejor manera de educarlo, ayudarlo a crecer.

Quien toca al niño toca el punto delicado y vital donde todo puede aún decidirse, donde todo

puede renovarse, donde todo late con vida, donde yacen ocultos los secretos del alma.

Trabajar conscientemente por el niño y profundizar, con la tremenda intención de entenderlo, sería conquistar el secreto de la humanidad, tal como se han conquistado tantos secretos de la naturaleza en el mundo que nos rodea.

El siglo XX ha sido llamado el Siglo del Niño. Sólo en este siglo ha sido fijada la mirada estudiosa en el ser llamado niño, para verlo en lo que es. Antes era un pasaje, un puente hacia el hombre, hacia el adulto y como tal había que tratarlo.

En nuestro siglo el niño recuperó su status, por así decir, de ente independiente de cualquier proyección futura conveniente para la sociedad en curso.

María Montessori fue una de las grandes precursoras de este movimiento de reivindicación del niño, de su mundo, de su ser propio, más acá de los intereses jugados por la sociedad de los mayores.

"Observo a los niños, vivo con ellos, juego con ellos para conocer su mundo, qué son realmente, y no qué queremos que sean."

Y de esa experiencia suya surgió su método educativo, el método Montessori, en cuyo centro cordial está el respeto a las auténticas necesidades del niño y de la veracidad de su mundo y de sus valores.

¿En qué se diferencia un niño de un adulto? Desde luego que largas páginas podrían redactarse para ir señalando esas diferencias más que obvias.

Sin embargo, María Montessori pregunta por la diferencia capital, y su respuesta es la siguiente:

"El niño se encuentra en un estado de transformación continua e intensa, tanto corporal como mental, mientras que el adulto ha alcanzado la norma de la especie."

Sigamos los pasos de María Montessori.

¿Por qué repiten los niños una y decenas de veces la misma operación, como ser ordenar cubos de distintos tamaños en sus respectivas cajitas? Porque disfrutan haciéndolo. Porque ejercer una capacidad, un saber, un aprendizaje produce placer, el placer de hacerlo bien, de lograrlo.

Advertencia a maestros y padres

La Montessori advierte a maestros y padres:

"Toda ayuda que se da a un niño y que él no necesita detiene su desarrollo."

Dar de más puede ser tan dañino. Y más aún que no dar.

Abstenciones, padres, absteneos de dar tanto. Digamos que abstenerse es la tarea más ardua que debe realizar el adulto frente al niño. La tendencia a dar y a darse, a ayudar, a hacer el trabajo por el otro, puede dañarlo profundamente. El niño debe encarar su trabajo solo, pero en condiciones favorables.

Nuestro deber es adecuar las circunstancias para que las condiciones sean favorables. Y déjalo hacer.

Nunca hagas por tu hijo lo que tu hijo puede hacer solo.

El ambiente es el que forma

El ambiente es el que estimula, el que provoca las apetencias, el que desarrolla posibilidades de actividad — tradúzcase creatividad— del niño.

El ambiente es el creador de límites, y de los límites emerge el orden y dentro de ese orden están dadas las condiciones para el crecimiento de tu hijo, de tu alumno.

De modo que la mirada de Montessori está centrada en el ambiente.

Dejemos, padres, maestros de enseñar. En este método somos apenas guías. Pero esto de apenas, es más bien irónico.

Abstenerse de enseñar, de imponer el saber propio sobre la ignorancia ajena, de dejar correr nuestras ganas de hacernos ver y demostrar nuestra importancia y nuestro conocimiento, renunciar a todo ello para ser solamente guía, alguien que ayuda al otro cuando el otro lo necesita, es ardua tarea.

En ella deberíamos educarnos los padres.

Tu objetivo, enseña el método, no es el niño; fíjate en el ambiente, en el mundo dentro del cual crece, para qué lo estimula y hacia dónde lo conduce. Es tu mundo el que lo educa, y no lo que directamente haces sobre él.

En mi lenguaje, los niños vienen bien hechos de fábrica.

Los problemas surgen luego, cuando se encuentran con los mayores, en un mundo que no está preparado para ellos, que es solamente de los adultos y para los adultos y en función de los intereses de los adultos.

Un niño no puede crecer sobre la base de intereses que no corresponden a su edad, a su ritmo interno, a sus estipulaciones, en fin, a su mundo.

¿Por qué fracasan?

¿Por qué fracasan los niños, muchos de ellos, en la escuela, o tienen problemas, o caen en pozos sin redención para el resto de su vida?

¿Son defectuosos?

Imaginemos que hablamos de niños normales, totalmente normales en la variedad de sus aspectos, y, sin embargo muchos de ellos están en dificultades, lo pasan mal en la escuela, o en el hogar, o en ambos. ¿Por qué?

La falla no está en ellos, responde María Montessori.

Está afuera, en los padres, en los maestros, en el medio que ellos configuran y que configuran mal porque no atrae a esos niños, no les interesa.

Así de sencillo: no les interesa.

Y no pueden conciliarse con temas, hechos, actividades que no les interesan. Se quedan desenganchados y entonces entran en un proceso de neurosis de fracaso, de culpa, de rebeldía, de histeria, y de castigos directos o indirectos.

Un niño es un explorador

Dice Desmond Morris que al nacer somos exploradores.

— ¿Qué es un niño?

— Un explorador.

Todo el mundo es una gran aventura, la luz, los colores, la pared, el osito, el chupete, la mamá, la jarra, el hermanito, todo, todo es extraño, ajeno, fantástico, y todo merece ser estudiado, explorado, reconocido.

Su relación con el mundo es descubrirlo. Pero claro está, tiene pautas internas, intereses que lo guían en ese descubrimiento. En principio está listo a saborear, con la lengua, el gusto del osito, y sólo más tarde, mucho más tarde, alcanzará el nivel de avance intelectual y de modificación de intereses, para decirse este es un osito.

¿Qué es explorar? Conocer. Por medio de la lengua, del paladar, del oído, se conoce, reconoce, y se va armando el mundo.

En su nivel, atado a sus intereses, el niño quiere lo mismo que el científico: conocer.

¿Qué es conocer? Conocer es ordenar, establecer un orden, una jerarquía, una serie de límites, de estantes mentales, de encuadres donde todo lo que percibo se vaya colocando cada cosa en su lugar. Esa es mamá, este papá, éste el sonajero, éste el cubo y ésta la caja donde el cubo encaja perfectamente una y otra vez.

El aprendizaje del lenguaje es aprendizaje del orden.

El orden, que es conocimiento, es arma para dominar el mundo, ya que no puede todos los días ponerse a explorarlo de kilómetro cero.

Orden, ordenamiento, estructura, norma, ley. Eso busca la ciencia, eso busca el niño.

En el método Montessori, que es método de aprendizaje en la libertad, hay orden y hay ambiente para que el orden pueda ser hallado.

"No se le permite que vague sin rumbo, ahora aquí, ahora allá, juntando impresiones inciertas e incoherentes de acuerdo con la fantasía o la curiosidad. Esta es la razón por la que no se le permite a ningún niño ocuparse con ninguna parte del material didáctico hasta que haya sido instruido plenamente sobre su uso adecuado, ya que el uso correcto del material forma el sendero que conduce de lo conocido a lo desconocido. ¿Qué valor tendrían, para un explorador que no supiera su uso, un teodolito o un barómetro o un compás magnético?"

Los buenos modales, ¿para qué sirven?

Interesante es descubrir que esta revolucionaria de la educación, del enfoque sobre el niño, la doctora María Montessori, entendía que los buenos modales, las buenas costumbres, la manera de relacionarse debidamente con el próximo son elementos fundamentales en el crecimiento de la persona.

Desde temprano debe ser educado el niño en este orden, que también es orden, el orden de la manera de relacionarse con el otro, y que se manifiesta en los modales.

Los modales no son un fin en sí, son un medio, una especie — decía Montessori— de aceite que contribuye al funcionamiento suave de la maquinaria social.

En nuestro tiempo este tema, el de los modales, fue considerado como totalmente arbitrario, tonto, absurdo, imbécil, y se dejó a menudo a crecer a los jovencitos en un caos de manifestaciones personales mientras toda la dedicación se cargó sobre su mundo intelectual o sobre su problemática psicológica.

Los modales, las buenas formas, las buenas maneras, que parecen ser temas de María Castaña hoy vuelven al tapete, por su total ausencia. Ocurre que si no te enseñan modales, tú no eres capaz de inventártelos solos. Simplemente porque los modales no dependen de tu creatividad subjetiva.

Los modales son siempre ajenos, por cierto.

Son siempre banales, es cierto.

Son siempre superficiales, también es cierto.

Por eso precisamente son valiosos, porque no requieren de ninguna profundidad, ni comprensión ni estudio de posgrado universitario, por eso mismo surgen en las primeras etapas de la existencia con ninguna finalidad sino, meramente, la de ser mediadores en las rutinas de la existencia (¿qué tal, cómo te va? hola, dar la mano, plegar la servilleta, un beso en la mejilla, un beso en cada mejilla, la ropa limpia, el cabello aseado, saludar al que se despide y se va, sonreír a los amigos o a los que parecen serlo o a los que queremos que crean que nosotros los consideramos amigos, y así sucesivamente).

Nadie piensa erigirle un monumento al semáforo ni al inventor del semáforo. Son totalmente intrascendentes. Pero cuando faltan, uno tiene cierta sensación de vacío, y de peligro, y una zozobra de cómo hago para cruzar la calle.

Así son los modales, las buenas formas conectivas.

Son, justamente, para que no tengamos que mirarnos, para que no tengamos que inventar qué te digo cuando te encuentro, ¿te ladro, te grito, te miro en silencio, no te miro?

Para eso existen los modales.

— ¿Qué tal, como te va?

Dar la mano. O el beso. O el abrazo.

A partir de ahí, nos conectamos y hasta podemos comunicarnos en profundidad.

Capítulo Doce

El mundo mago

La mentira de "hacer lo que quieras"

George Steiner (*Extraterritorial*) nos hace pensar en lo siguiente:

"El culto actual de lo 'inmediato', es decir, de la exigencia de que cada ser humano 'haga lo que quiere' con la vehemencia completa de su persona es, efectivamente, un elitismo a la inversa. El número de individuos que tienen algo que hacer que sea nuevo y contribuya a embellecer la vida es muy restringido en cualquier momento y en cualquier nivel de la sociedad."

Buena reflexión.

Ante todo léase la traducción de Steiner del hacerlo que quiera:

Hacer algo nuevo, algo que embellezca tu existencia o la de otros, aportar, enriquecer, crecer.

En efecto, ¿si no por qué lo harás? ¿Por nada?

La libertad no consiste en hacer lo que quieras sino en hacer lo que consideres adecuado para ti. Ese es tu querer. Algo previamente pensado y ensamblado en un plan de vida, de hermosura, o de placer.

Lo que quieras no es un capricho, es una consecuencia de saber lo que quieres y para qué lo quieres y cómo lo insertas en el programa de tu vida.

Ahora bien, pregunta Steiner:

"¿Cuántos hay que saben qué quieren y saben hacer lo que quieren?"

Muy pocos.

¿Quiénes son?

Obviamente los mejor educados, los que mayor variaciones de experiencia ejercida o aprendida han experimentado, los que más han pensado, o los que más se han sensibilizado ante la realidad y sus mutaciones.

Muy pocos.

Elitismo, dice Steiner.

Me parece excelente su análisis. Va en contra de la aparente democracia y falsa igualdad de esta predicción: *Que cada cual haga lo que quiera.*

Porque cada cual termina queriendo lo que puede querer, lo que sabe querer, y en consecuencia será el reino de los más fuertes, de los elegidos, de los más cultos o de los más refinados, y todos los otros harán igualmente nada, la nada que llevan puesta.

Esta fue la gran mentira del siglo cuando derribó barreras y exigencias y deberes y le dijó a la muchachada:

— ¡Adelante, hagan lo que quieran, sean libres!

Se arrojaron por la borda libros, disciplinas, saberes, dignidades, jerarquías.

¿Los clásicos? ¿Quién los necesita? ¿Para qué Hornero, para qué Sarmiento, para qué Shakespeare, para qué...?

No leas. Haz lo que quieras. Mejor escribe. Escribe lo que sientes. Si tú puedes ser escritor para qué leer a otros escritores. Si tú puedes pintar para qué ir a los museos o mirar láminas. Si tú puedes ser, para qué conocer vidas ajenas e imitarlas o aprender de ellas.

El lema: ser uno mismo

Sé tú mismo, fue el lema, y haz lo que quieras.

Se hizo nada. El tú mismo resultó un fiasco de aerosoles que escriben signos ininteligibles u otros inteligibles en parques, plazas y calles de la ciudad y del mundo.

Y ninguno de esos niños o niñas, eso es lo lamentable, fue feliz.

Al buscarse ¿qué encontraron?

Nada, y el resentimiento por encontrar nada.

Lejos de expresar alegría y gusto por ser ellos mismos, los jóvenes gritan la ferocidad de su insatisfacción con su insatisfacción. Causada por los viejos, claro está que los engañan con frases altisonantes y huecas.

Los jóvenes son siempre cosa de viejos.

Habla Steiner:

"Para la mayoría de la gente, lo derivativo de las experiencias dentro de una cultura clásica significa una igualdad de participación en los tesoros de sentimientos definitivamente más grande de la que las sensibilidades ordinarias podían descubrir por su cuenta."

La educación de antes, dice Steiner y explico yo, con el perdón de Steiner, la educación de antes, la que obligaba a todos por igual a leer Hornero y recitar Darío y contar Quiroga, permitía que todos por igual cultivaran dentro de sí una sensibilidad que en principio les venía prestada por otros autores, por otros tiempos, por otras circunstancias, por otras vidas.

La vida propia ampliaba así el perímetro de su experiencia y aunque fuera de prestado vivía más, sentía más, se preparaba más para eventuales sentimientos o emociones.

La fuerza de Romeo y Julieta, de Paolo y Francesca se trasladaba a la propia experiencia cuando estabas presto a dar el primer beso de amor de tu vida. Era tu amor dentro del Amor.

La vida es como el agua, es cauce. No me fatigo de repetirlo, hasta que yo mismo lo aprenda...

El agua en sí no existe, quiero decir sin cauce.

¿Vio usted alguna vez agua? Usted dirá que sí, pero es una forma incorrecta de expresarnos. El agua que conocemos, que vimos, siempre estuvo dentro de un continente, una jarra, un cauce de río, entre costas, entre montañas, frente a algo, con algo, dentro de algo.

No, el agua así, pura, sin nada más, no existe.

Así es la vida, así el amor, así todos nuestros mayores sentimientos y los más sublimes anhelos.

Algo debe canalizarnos.

El amor no brota de la vida como hongo espontáneo y benéfico. Es una convulsión sentimental que toma forma en conceptos y maneras que una cultura le imprime. La literatura, el teatro, el cine, la religión, le han dado cauce.

Por eso la cultura es indispensable como mediadora para que nuestros sentimientos, las pasiones, los deseos, tomen algún cauce, sigan algún modelo, inclusive para poder luego rebelarse contra el modelo, el cauce, y practicar la libertad de elegir otro rumbo.

Todos los sueños son extremistas

El siglo XX soñó la vida sin represiones, el agua sin cauce, los sentimientos sin maneras, la libre expresión sin continente.

Fue un sueño.

Todos los sueños son extremistas, y no pueden ser de otra manera. Era una revolución contra el autoritarismo de los siglos anteriores, contra la imagen castradora del Padre Súper-Yo que nos perseguía con látigos, tijeras, cadenas.

Supimos romper cadenas. Y luego nos quedamos libres.

Y también vacíos, porque no supimos tejer las nuevas urdimbres dentro de las cuales tu sentimiento y el mío podrían tejerse en busca de un diseño e, inclusive, repito, para que nos rebelemos contra el diseño que los otros nos imponen.

Pero rebelarse es construir, justamente. Es tener contra qué y a favor de qué vivir.

El siglo XX cultivó *el contra qué*. *El a favor de qué* aún no lo supo construir. Esa es su crisis. Por eso los jóvenes se divierten tanto y al mismo tiempo están tan tristes, tan vacíos, y tan desesperados.

¿Qué quieren que esperen? ¿Qué mundo les legaste de esperanzas, objetivos, anhelos, fines, para que puedan esperar o elegir un horizonte?

Los modelos ahora vigentes están en el cine, en el vídeo: fragmentos de sexo ligados con fragmentos de brutalidad y la sangre que se derrama y las tripas que se destripan.

¿Cómo no estar triste entre tanto despilfarro de alegría ruidosa?

— ¿Por qué hay tanto ruido, dime?

— Para acallar el tremendo gemido del vacío.

¿Cómo será el futuro de mis hijos?

Y mientras los padres se preocupan por el futuro de sus hijos pensando constantemente en la tecnología que vendrá, como si todo dependiera de ella, yo comparto la preocupación, pero no pienso en la tecnología que vendrá, porque ahí reposo en la sana confianza que tengo en todos los hijos del mundo nacidos en estos tiempos, que vienen, así como los de antes que traían un pan bajo el brazo, con todas las botoneras bajo el brazo, y nadan en ese su mundo, específicamente suyo, como peces en el agua.

No, a mí no me preocupan los aparatos, que son medios, sino los fines

— ¿Para qué vivimos?

— ¿Qué fines estamos transmitiendo a nuestros hijos?

— ¿Para qué conviene que vivas, hijo?

— ¿Ser uno mismo ha de ser un fin?

Un fin, sí, pero el fin, no, por cierto.

Si el fin, la finalidad, el objetivo, no está fuera de mí, si no aspiro a algo que no sea yo, este yo se consume, como la zarza aquella, en su propio fuego.

Huxley dice que la ausencia de fines conduce a la droga.

La droga crece y tiene vigencia porque llena múltiples necesidades, y una de ellas, la fundamental, es la de que la existencia tenga algún sentido, vivir con alguien para algo, algo que no sea lo mío y no lo tuyos, sino lo nuestro, algo que supere nuestras individualidades y nos remonte a un plano más alto, más allá de nuestras vidas limitadas en el tiempo.

Es deber de padres transmitir a los hijos fines y valores trascendentes, ideales, lejanías que den significado a cada día inmediato.

Y si lo haces ellos, los hijos, luego elegirán, pero les habrás dado un marco de referencia.

Si dejas a la tela sin marco, recuerda, no le otorgas libertad; la privas simplemente de consistencia, la niegas.

— Sé tú mismo, hijo, sí, por cierto, pero inserta ese tú mismo dentro de un mosaico mayor, al servicio de algo que no sea tú mismo, entonces alcanzarás tu plenitud.

Para pensar:

"Desgraciadamente — dice David Viscott— nuestras expectativas sobre cómo son o cómo deben ser nuestros padres no siempre se basan en la realidad. Los padres no son más que individuos que tienen hijos.

"El hecho de tenerlos no los hace automáticamente más responsables o aún más amantes. Ofrece una oportunidad y un desafío, pero no forma, necesariamente, el carácter... No todo el mundo debe ser

padre y no todos quienes lo son pueden ser buenos padres."

Pero uno se encuentra siendo. Y el otro se encuentra con el primero, siendo también. Esta es la vida, encuentros que se desean, y otros que nos desean.

"Si aprendiéramos a rebajar las expectativas que nos hacemos de nuestros padres, de nuestros hijos, de nuestros seres queridos, los conflictos no dejarían de existir pero serían más sobrellevables."

Historia de un hijo y de magia

Te contaré la historia de un mago.

Érase un rey que adoraba a su hijo el príncipe y lo educaba con la didáctica más esmerada.

El rey le enseñó que no existen las islas, que no hay Dios, y que tampoco existen sirenas de mar. El hijo aprendió eso y todo lo demás que su padre le había enseñado.

Cuando creció, su padre lo envió a recorrer el mundo para que acrecentara sus conocimientos y su experiencia de la vida.

Navegando por los mares el barco del príncipe fue a recalcar en un grupo de islas cerca de Australia. Ahí se detuvieron.

El príncipe descendió con su cortejo. Un hombre grande, con una galera alta, y un manto negro de mangas anchas, blancas por dentro, salió a su encuentro.

— ¿Qué es esto? — preguntó el príncipe.

— Una isla — respondió el hombre.

— ¿Y tú quién eres? — Yo soy Dios — dijo el hombre.

El príncipe miró a su alrededor. De pronto avistó, entre la vegetación, mujeres hermosas, con la mitad del cuerpo en forma de pez.

— ¿Y éas quiénes son?

— Son sirenas — dijo el hombre.

— No puede ser. Me has mentido. Mi padre me enseñó que no hay islas ni Dios ni sirenas.

— Vuelve a tu casa y dile a tu padre que él te ha mentido. Dile que lo has visto todo con tus propios ojos y repróchale a él su mentira.

El príncipe se embarcó.

Regresó a su casa. Corriendo fue a ver a su padre y con furia le gritó:

— ¿Padre, por qué me has mentido?

— No te he mentido, hijo. ¿Por qué estás tan agitado?

- Me has mentido. En mi viaje encontré islas, sirenas, y también a Dios.
- ¿Quién era Dios?
- Era el hombre que estaba en la isla.
- ¿Y cómo estaba vestido?
- Con una galera alta, un abrigo negro, grande, de anchas mangas, negras por fuera y blancas por dentro.
- No era Dios. Era un mago. Te engañó con su magia, hijo. Ahora vuelve y dile que es un mago, y que es un mentiroso.

Así se hizo.

Cuando el príncipe retornó a la isla le dijo al hombre:

- Mi padre me dijo que eres un mentiroso, que eres un mago, y que todo lo que has hecho es trucos de ilusión y que...

Estaba tan enojado que las palabras lo asfixiaban y no podía terminar de hablar. El hombre sonrió con dulzura.

- Esta vez tu padre te dijo la verdad. Es cierto, soy un mago. Pero...
- ¿Pero qué? — gritó el muchacho, ansioso, angustiado.
- Pero hay algo que tu padre no te dijo.
- ¿Qué cosa?
- Que también él es un mago...

Desconcertado, cabizbajo, hundido bajo su perplejidad, retornó el príncipe a su casa y le transmitió al padre el mensaje del mago.

- ¡Dice que también tú eres un mago!
- Es cierto, hijo, es cierto...
- Entonces — exclamó con la voz teñida de llanto —, entonces no hay islas, no hay Dios, no hay sirenas, lo he perdido todo, padre, todo...
- No, hijo, no lo has perdido. Estás creciendo. Hasta ahora viviste en el mundo por mí construido. Ahora tendrás que ser tú mismo un mago, y de tu magia dependerá el mundo que tengas...

Todos somos magos

Todos somos magos, ¿te das cuenta? Cuando crezcas, crecerá tu propia magia.

Cuando se nace se rompe el cordón umbilical que te ata a tu madre. Cuando se crece ha de

desprenderse uno de la magia de los padres para ir armando el mago mundo de cada cual.

Sólo que para desprenderse hay que estar primero prendido. Nada romperías, si el cordón umbilical previamente no te ligara a tu madre.

Del mismo modo frente a los límites, las costumbres, la tradición, las normas, de los padres crecen los hijos proyectándose hacia adelante sabiendo de qué se desprenden.

Si no tienes de qué salir, no sales.

Si no hay un marco educativo, envolvente, que diseñe algún mundo, creces en el vacío, y luego adherirás a cualquier elemento que pueda sostenerete.

Crecer es romper el límite del cascarón. En todos los niveles de la vida, vegetal, animal, humana. Sólo que en el hombre el crecimiento más obvio es el animal natural corporal, y el menos obvio es el profundo, aquel que lo hace ser persona y propiamente humano.

En el lenguaje de Joseph Campbell:

"En tu infancia eres educado en un mundo de disciplina, de obediencia, y además dependes de los otros. Todo esto debe ser trascendido cuando llegas a la madurez, de manera que puedas vivir no en dependencia sino con una autoridad responsable de sí misma.

"Si no puedes cruzar ese umbral tienes la base de la neurosis."

Yo me pregunto si la abundancia de neurosis en el mundo actual no se debe a la ausencia de umbral, a la falta de tener qué cruzar.

Si no tienes qué cruzar, no cruzas. Estás siempre en el mismo lugar. Ni estás prendido ni desprendido.

En ese caso estás dependiendo constantemente de otros magos, y el mago no eres tú.

Los límites, bien entendidos, son la frontera que educa para que puedas cruzar esa frontera y ser tú mismo el mago de tu vida.

La historia del hijo pródigo

Un hombre tenía dos hijos. El hijo menor le pidió al padre que le diera su parte de la herencia.

- ¿Para qué la quieres ahora?
- Quiero viajar por el mundo, conocerlo, disfrutarlo — respondió el hijo.
- Mejor sería trabajar ahora, y pasear luego, cuando seas mayor.
- Deseo sumergirme en la vida ahora, no más tarde — replicó el muchacho.

El padre vio que no tenía salida, y le dio lo suyo.

El hijo, llamado pródigo porque supo prodigar y regalar y ofrendar todos los bienes obtenidos de su padre en múltiples aventuras, tabernas, orgías, mujeres, vino y baile, ese hijo se perdió de vista de

su familia y ahí anduvo paladeando el néctar de las aventuras.

Su hermano, en casa, trabajaba a la par de su padre. Un modelo de hijo, disciplinado, ético, formal, de buenas maneras y de encantadora sonrisa.

Un día el hijo pródigo, el disipado, se cansó de vivir en la miseria. En efecto, había despilfarrado todo el dinero, y ahora estaba harapiento, hambriento, cuidando cerdos para subsistir.

Se fatigó. Tomó conciencia de que todo ese placer obtenido no le había causado placer sino mal y sufrimiento. Se arrepintió.

— Volveré a mi casa — se dijo.

Y lo hizo. Regresó. Abrazó a su padre, lloró sobre su hombro, y le manifestó lo que sentía, la culpa, el miedo, el mal, el dolor de haberse desterrado por caminos equivocados.

El padre lo recibió con sumo amor y ternura, lo sentó a su mesa, y le prodigó — pródigo también él, el padre— sus mejores emociones para que se recuperara y volviera a la vida en familia, en afecto, en valores.

El que se puso mal fue el hermano. Estaba de lo más celoso:

— ¿Él se fue, despilfarró todo su dinero, abandonó el trabajo, te abandonó a ti, y ahora vuelve y lo recibes como al hijo más querido? ¿Esa es tu justicia, padre?

Respondió el padre:

— A ti siempre te he tenido a mi lado, tú eres carne de mi carne, contigo cuento siempre. Pero a él lo había perdido. Estaba muerto para mí. Ahora regresa a la vida. ¿Cómo no he de alegrarme, y de agasajarlo y de recibirllo como a un precioso huésped, un regalo del cielo?

Cuándo se llora y cuándo se ríe

Esa historia figura en *Lucas 15*. Ahí, narrada por Jesús, es una parábola del hombre y su alma frente a Dios.

Para nosotros es una parábola de la vida cotidiana, del ganarse y del perderse, del *curriculum vitae* de cada cual que nunca está concluso, que siempre puede rehacerse, para el lado del color rojo o del color verde, rojo sangre o verde esperanza, en términos de folclore.

Nada sabes de nadie, ni de ti mismo.

De ahí la tarea de Sísifo, que antes mencionamos, de subir todos los días a la cima de la montaña. La cima de la montaña nunca se alcanza, pero en el trabajo está la gloria, en el subir mismo.

Decían los talmudistas:

— Cuando un hombre parte a un largo viaje en barco la gente, los parientes, los amigos, van al puerto a despedirlo. El barco se aleja y ellos sacuden pañuelos y lloran.

¿Por qué lloran? Porque no saben qué sucederá en el camino, tantos accidentes puede sufrir un barco hasta arribar a destino.

En cambio cuando el barco alcanza la costa definitiva de su rumbo, ahí esperan al hombre amigos, parientes, gente conocida que grita, ríe, sonríe, satisfecha, contenta.

¿Por qué? Porque ha llegado, sano y salvo.

Así — explicaron los sabios maestros— es la vida. Una travesía en la que hay que estar constantemente despierto, pensando, zozobrando, esperando, luchando, amando, perdiendo. Ignorando siempre, por el movimiento mismo de las aguas, del tiempo, del uno mismo y del otro mismo.

Sólo cuando la vida concluye se sabe qué fue el hombre, porque ya está terminado su período de existencia, y sólo entonces merece una calificación definitiva.

Mientras vive, todo es pasajero, transitorio.

Por eso amor es preocupación, y pensamiento.

Himno de esperanza

¿Por qué y para qué traemos hijos al mundo?

¿Por qué y para qué estamos los dos, tú y yo, la familia, juntos?

Por fe, por amor, por esperanza, lo único que puede dar sentido a esta existencia limitada por el nacimiento y la muerte.

En los hijos, en el amor, cultivamos una suerte de inmortalidad.

Como dice Denis de Rougemont, ya no volveremos ni al hilado a mano ni a la familia de antaño. El tema que nos queda es reflexionar nuestra vida, qué nos falta, qué nos sobra. El misticismo, si ha de ser recuperado, tendrá que darse dentro de estos marcos tecnológicos y no huyendo de ellos.

Aquí estamos, este es nuestro mundo, y en él tenemos que encontrar nuestro sentido, y reencontrar las vías del amor, algo que nos religue.

En eso estamos.

Hacia ello vamos.

Escribe Salvador de Madariaga en su libro *De la angustia a la libertad*:

"De todos los aspectos del medio humano el más importante con mucho es la familia. La familia es la primera célula del organismo social: la primera institución que el hombre encuentra al llegar a la tierra; la institución sin la cual ni física ni psíquicamente podría sobrevivir. La familia hace posible la infancia y la adolescencia del ser todavía incapaz no solo de ser útil a la sociedad sino de asegurar su propia existencia. La familia le transmitirá además la tradición y la cultura que el rincón del mundo en el que nació acumuló en el curso de los siglos."

Yo creo. Creo en la transmisión de valores y creo que deben transmitirse, que es nuestro deber hacerlo porque es un tesoro que no nos pertenece, que lo recibimos, y así como lo recibimos estamos obligados a entregarlo.

El tesoro de la cultura, de los valores, de la humanidad. Luego los descendientes practicarán sobre

ello su libertad.

Y así continuará creciendo y modificándose, el tesoro. Y a su vez lo legarán.

Nosotros, padres, y ustedes, hijos, no podemos quedarnos solos, sueltos, como un eslabón que flota en el espacio. Si somos, somos un eslabón, y un eslabón es si pertenece a otro eslabón que le antecede y se liga con uno que viene después.

En ello radica el sentido de nuestra existencia. Después, que cada cual realice plenitud de sí mismo.

Creo, y por eso soy padre. Es un acto de fe, y no de accidental procreación.

Creo, es decir quiero creer, estoy decidido a creer, al igual que mis maestros que me enseñaron que creer no es poseer una fe, sino ir detrás de ella. Creer es querer creer.

Yo camino. Y sé que millones de seres caminan, quieren caminar hacia algún horizonte superior, más dulce, menos sangriento.

Camino, caminan.

Es suficiente para oír el murmullo de un himno de esperanza que crece, con cada paso que se suma, crece.

FIN